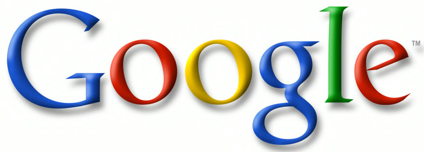
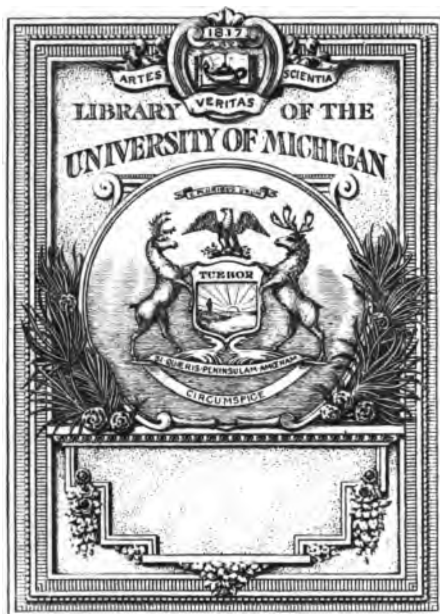
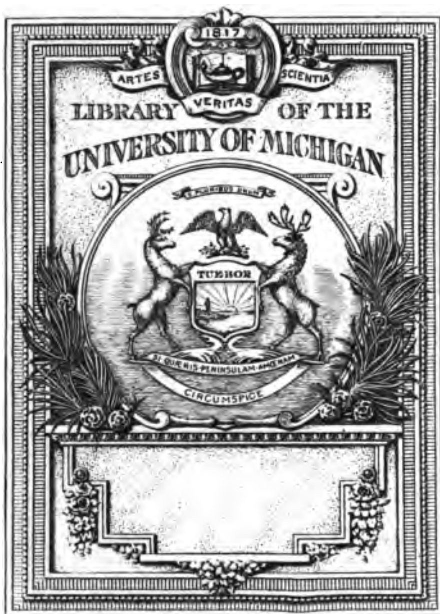



1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

A – 1
L – 9


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

A - 1
L - 9

K.C.



LA PERDIDA

DE

ESPAÑA

REPARADA

POR EL REI PELAYO.

POEMA EPICO

DE D. PEDRO MONTENGON.

NAPOLI

PRESSO GIO: BATTISTA SETTEMBRE

1820.

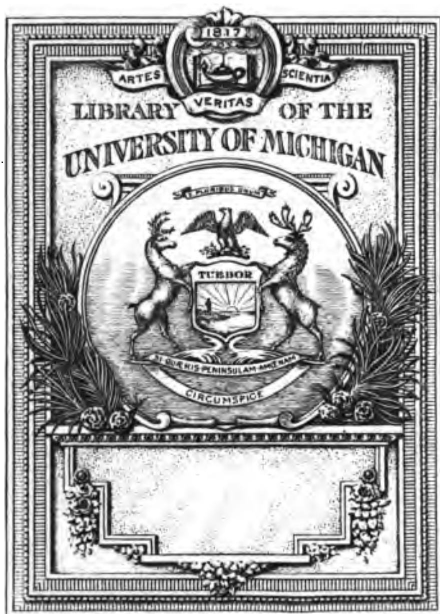


Canto 1.°

LA lamentable perdida de Españia,
I destruccion del reino delos Godos,
Quiero entregar a la armonia del verso
Meonio-ibero; si el señor del Pindo
Da salida a mi intentò; y si en mi pechó
Fortalece el accento, enardecido
Del estro, y son sublime de su plectro.
Tu, qualquiera, que seas, Genio ilustre,
O Deidad invisible, que fomentas
El amor en los pueblos de aquel suelo,
Que les dio cuna, en cuyos fuertes pechos
Enciendes el vigor del entusiasmo,
Conque te secrifican, en defensa
De sus templos, hogares, y familias,
Sus vidas, en gloriosos holocaustos:
Tu, qne a mi vista ostentas las ruinas
De la invicta Numancia, y de Sagunto;
I las que aun humean, de esa augusta
Cindad del Cesar, que una nueva estrella
Ofrece a la corona de tu frente:
Tu, que en el templo guardas dela historia
Los pasados sucesos; Tu las causas

Sugiereme del termino, que puso
Al reino delos Godos su destino.
Tienen tambien el suyo los imperios.
Ocupaba en Toledo el Rei Vitiza
El trono delos Godos, recibido
De su padre el Ègica. Apròbaron
La intercesion del moribundo padre
Los señores del reino, deslumbrados
Delas amables prendas, y apostura
Del ya mozo Vitiza. Pero luego,
Que sobre los demas se vio elevado
En el excelso trono delos Godos,
Creyò le diese antoridad el cetro,
Para regir los pueblos a su antojo,
Como suprema lei a que devian
Someter sus cervices los vasallos.
Asi el decoro, y magestad del trono,
Que sostiene el vigor dela Justicia,
I el egemplo de un Rei humano, y sabio,
Cedieron el lugar a los caprichos,
De la disolucion delas pasiones,
Que solo se aconsejan con los vicios
Coronados de flores, perfumadas
De sabeos olores, que enagenan
La mente, y la pervierten; ni la dejan
Prestarse a los cuidados, y desvelos

Que la inconstancia dela mar, y vientos,
Exige del piloto, que navega
Entre escollos temibles, y vagios
Que a sus ojos encubre la bonanza,
En un govierno, expuesto a la sorpresa
Del canto adulador delas sirenas,
I traidores alagos, con que Circe
Tentò ganar al hijo de Laertes.
No se eximiò de este funesto egemplo
El reino de Vitiza; el que alagado
Del fasto, y resplandor de su grandeza,
En el seno de lubricos placeres,
A grado de ellos, flutuar la nave
Dejò de sus estados, sin cuidarse
Del governalle, que regirla deve,
I precaverla de un fatal naufragio.
Quanto mas licencioso es el egemplo
De un Rei abandonado a sus pasiones
Tanto mas presto el subdito lo sigue;
I lo recibe como lei, esenta
De freno del castigo, que es el solo,
Que contiene los vicios delos pueblos.
Allanò de este modo el Rei Vitiza
La senda a los azares, que devian
Aniquilar al reino delos Godos.
Pagan asi los pueblos infelices


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

A - 1
L - 9

K.C.

Delos vicios , ni siempre en paz se sufre
Él desorden social , ni los abusos
De un poder arbitrario. Noche , y dia
Tenian en continuo sobresalto
La mente de Vitiza las sosprehas
Contra los que el creia sus rivales ,
Ambiciosos del trono , que ocupaba ,
Sin atreverse a proceder contra ellos ;
Bienque lo desease , semejante ,
A un ansioso sabueso , que incitado
Del husma del venado , se apechuga
Contra la trailla , que su ardor contiene ,
I a soltarse se asfuerza , y se debate
Para tener la presa entre sus garras.
No de otra sucrte ansiaba el rei Vitiza
Desacerse de Fávila , y su hermano
Sin jamas atreverse , a egecutarlo ;
Asta que en sueños , pues el alma en sueños
Representa a la humana fantasia ,
Lo que dispierta teme , o que desea ,
Creyò ver don Rodrigo , que era el hijo
De Teodofredo , armado de una daga ,
Que usurparle queria la corona ,
Privandole en la cama dela vida .
Sobresaltado del temor , dispierta ,
I llama ayuda a gritos , a que acude ,

Dispierto Susenando, su Ministro,
I astuto consegero, a quien pregunta
Temblando todavia de congoja,
Si havia penetrado en el palacio
Don Rodrigo? señor, aquel le dice
Tan a deshora sorprenderme deve
Vuestra pregunta: Que ès lo que os sucede?
Me tiene todavia en sobresalto
El sueño padecido, el Rei responde,
Vi en sueños don Rodrigo, que con rostro
Feroz, me acometia con la daga,
I me daba la muerte. Toda via
Pareceme sentir, aunque dispierto
El golpe dela herida, el que rompiendo
A mi funesto sueño, a levantarme
Con precipitacion, entre tinieblas
Me obligò de la cama, y a dar gritos
Para llamar socorro. Recelaba
Que aquella escuridad, fuese la eterna,
En que se hallaba mi alma sepultada.
Mas al fin, buelto en mi del sobresalto,
Me reconoci en vida. Mas me queda
Una viva sopecha, de que pueda
Verificarse el sueño. Son presagios
Los sueños delos males, que tememos,
I que nos amenazan. No tenemos

Hoi dia mas seguros adivinos.
Por lo que, Susenando, id al instante;
No hai tiempo que perder juntad la tropa,
I tened en arresto a don Rodrego.
Señor, le dice Susenando; basta
Que un monarca conciba una sospecha,
Para acertarse de ella. Los delitos,
Aunque no se cometan, precaverlos
Deve un Rei, mucho mas los que amenazan
A su vida; Que importa que perezca
Un reo sospechoso, annque inocente?
Vuestra conservacion asi lo exige,
I la seguridad de vuestros dias,
I de vuestra corona. Esta os dispensa
De pruevas, y procesos que difieren
La egecucion, y que talvez la impiden.
Me ocurre sin embargo, que son siempre
El arte, y el engaño preferibles
Al rigor dela fuerza. El mejor medio
Para obtener el descado intento,
Es siempre el mas seguro. Fallar pueden
La fuerza, y violencia, si estas hallan
Oposicion, temible en qualquier lance.
Ignorar no podeis, que todo el reino
Tiene puestos sus ojos en los hijos
Del Rei Chindasuinto, cabalmente

Porque vè que no reinan: y si asta ora
Callò y estuvo quieto, fue el motivo
Porque Teodofredo de apocados,
I flojos sentimentos, otras miras
No lleva, que la caza, y los placeres.
Mas si este no es temible por si solo,
Deve serlo por su hijo don Rodrigo,
Mozo, aunque disoluto, arrebatado,
I en edad de aspirar a la corona,
I a que talvez aspira, segun oigo,
Pues busca partidarios, entre quienes
Sè, que siembra promesas, que aunque inciertas;
Fuerza tienen de dadivas seguras
En quien aspira al trono. Si ser suele
La traicion indigna, y detestable
En qualquiera vasallo, es mui loable
En todo soberano. Es un derecho
Dela razon de estado, si con ella
Asegura un monarca su corona.
Antes pues, que valeros de la fuerza,
Para libraros delas acechanzas,
Que poneros pudiera don Rodrigo,
Valeos del engaño, que le atraiga
Con su padre a Toledo, sin sospecha
De traicion, sirviendo de pretexto,
Bien que solo aparente, el casamiento

Con vuestra hija Teudila. Io casarla
Con don Rodrigo? asclama el Rei. Ser deve
Le dice Susenando, sola traza
Para darle la muerte, sin sospecha
De traicion, o del menor engaño.
Dara mayor color a la apariencia
Del fingido himeneo, el ministerio
De Opas, el arzobispo vuestro hermano,
Bendiciendo el enlaze. Sorprendido
Al oir esto el rei Vitiza, dice;
Tendra entonces su entero cumplimiento
La union delos esposos; y en tal caso
Quien la disolverà? La muerte; dice
Susenando, del mismo don Rodrigo,
I de Teodofredo: asi de un golpe
Os desharcis de toda la familia
Del Rei Chindesuinto. Oid la traza.
Deven solemmzar al casamiento
Las Justas, y torneos. En la liza
Llevarà don Rodrigo con su padre
Las puntas de las lanzas embotadas;
Mientras quo sus opuestos campeones
Las llevaràn agudas, y afiladas,
Con el bote aparente, que no impida
El efecto mortal al primer choque.
Aunque perezca don Rodrigo, nadie

Creerà en ello traicion; o en duda
Lo dejarà; pero jamas irritan
Al animo las dudas: se hace solo
Resistencia a la fuerza manifiesta.
Sin mas considerar, Vitiza aprueva
El proyecto cruel de Susenando,
Aunque en si tan incierto, y tan temible
En su arriesgada egecucion. Mas todo
Parece siempre facil al deseo
De la ciega venganza, aunque a las veces,
Recae en ella el mal, que hacer intenta.
Asi Vitiza, sin precaver antes
Los riesgos, que corria, determina
Embiar luego a Cordava su hermano
El Arzobispo, a proponer al padre
De don Rodrigo, el casamiento de este
Con Tendila; y llamandole, le dice;
No sè, tengo motivos de dudarlo,
Si aprovareis, hermano, mi designio
De asociar en mi trono, a don Rodrigo,
Teniendo ante mis ojos, mis dos hijos
Ebas, y Sisebuto. A primer vista,
Serè talvez tachado de indiscreto,
O de desnaturado, pues que privo
A mis hijos del cetro, para darlo
A manos de un estraño, o por ventura

De un oculto enemigo, que a èl aspira.
Mas no ignorais que el trono delos Godos
Va sugeto a eleccion, y que son raros
Los hijos de los Reyes, que lo logran.
De que teneis egemplo en Chindasuinto
En Vamba, y en Ervigio, y asi de otros.
Ni el amor proprio, ne el paterno afecto,
Podran lisongearme, en la edad tierna
De ambos a dos mis hijos, que los Grandes
De la nacion, quieran poner en ellos
Sus estraviados ojos. Sobre todo,
Lijonsas, amor proprio, parentezco,
Deven ceder a la razon de estado
Que de mi exige aqueste sacrificio.
Id pues, y proponed a Teodofredo
La mano de Teudila. Reconcilie
Esta union dos famelias resentidas,
Resarza los agravios delas mismas.
Opas, oido aquel estraño encargo,
En que no quiso el Rei manifestarle
Sus torcidos intentos, le responde:
Por mas, que pueda parecerme estraña
Vuestra resolucion, devo aprovarla.
Tal vez el interes sufoca al odio,
I las enemistades reconcilia.
Devo este sentimiento a mi caracter,

Amigo dela paz, y de concordia;
Voi a complir con èl. Parte esto decho,
I se dispone para la ambajada.
Con presuroso bucló le precede
La fama, divulgando entre las gentes
La asociacion de don Rodrigo al trono
Del Rei Vitiza, y su feliz enlace,
Con la infanta Teudila. Monte, y valle
En la Espana no queda, en que no suene
Tan no esperada nueva, que suspensos
Tiene los encontrados sentimientos,
Que suelen fomentar las opiniones
De partidos opuestos; y los mismos,
Que culpaban la vida disoluta
De Vitiza, y desordenes del reino,
Su eleccion aprovaban, con la mira
De ver reinar al joven don Rodrego.
Todos en èl fundaban la esperanza
De mas feliz reinado. Los que sienten
El mal presente, el bien futuro esperan.
Fomentaba en Toledo, especialmente
A esta esperanza el afanado empeño,
Con que la industria, y artes se empleaban
En las disposiones delas fiestas,
I del cortejo de Opas, y en la pompa
Que enoblecer devia a su embajada.

Informado ya de esta Teodofredo ,
Esperabala en Cordova , acia donde
Opas , del fin incierto , se encamina ,
Cortejado de muchos caballeros ,
Que hacian su mision mas ostentosa.
Con pompa no menor , y lucimiento,
Teodofredo en ella le recibe ,
A quien Opas , llegado a su presencia ,
Con rostro hsongero , asi le dice ;
La estrañeza , que yo senti el primero ,
Ilustre Teodofredo , en el encargo
Que me diò el Rei Vitiza , de esponeros
Su voluntad en mi mision , sentirla
Devercis vos tambien , despues de oida.
Se trata de ofreceros , por mi medio ,
La mano de Teudila , con el trono ,
En que asociar desea el Rei Vitiza
Vuestro hijo don Rodrigo. Quan opuestos ,
Lo devo confesar , me parecian
De una , y otra familia los recelos ,
Tanto menos podia prometerme
Comision tan plausible , quanto digna
De vos , y de vuestro hijo , en cuyas sienes
Podrà brillar un dia , la corona ,
De que privò mi hermano sus dos hijos
Ebas , y Sisebuto. Si realza

Tal privacion, sú ilustre ofrecimiento,
Tanto mas digno devere creerlo,
No me quiero engañar, de vuestro aprecio.
Teodofredo, oyendo con sorpresa,
Mezclada de alborozo, estre discurso,
Responde asi; Señor, no hai duda; deve
Cansarme maravilla vuestro encargo;
Ni pudiera cereerlo, ni admitirlo,
Si otro fuera, que vos el que me hiciera,
Por parte del monarca, tan precioso
E ilustre ofrecimento. Que otra prenda,
Pudiera yo admitir, menos dudosa,
Dela mudanza, permitid lo değa,
Del animo del Rei para con migo?
Dadivas de enemigo, jamas fueron
La corona, y la mano inestimable
De una esposa hija suya. En hora buena;
Enlace para siempre la fortuna
Dos reales familias, y consuma
El haz del Himeneo los recuerdos
De todas sus recelos, y sospechas.
Divulgado ya en Cordova el motivo
Dela venida de Opas, todo el pueblo
Exala su alborozo, al ver llamado
A don Rodrigo al trono, en que devia
Ceñir su frente la nupcial guirnalda.

Sin embargo entretanto, no acababa
Teodofredo de salir del todo
Dela sorpresa del ofrecimiento,
Que Vitiza le hacia, no pudiendo
Comprender el motivo, que trocado
Havia de repente sus rencores,
En las solemnes pruevas, que le daba
De paterno cariño, y confianza..
I quien pudiera penetrar los fines,
De aquel tramado engaño, solapado
Con tan brillante velo, que ocultaba
Á sus ojos la muerte, y su ruina?
Asi pues deslumbrado Teodofredo
Del resplandor del don, con que Vitiza
Celaba sus traidores sentimientos,
Ostentaba su goro con regalos,
I profusas largüezas, en combites,
I en las fiestas, con que solemnizaba
La mision, y llegada del ilustre
Hermano de Vitiza; en cuyo oido,
Queriendo que la musas ensalzacen
Los glorias de su padre Chindasuinto,
Por el canto admirable de Tegisto;
Este hermanando a su dorado plectro
Su melodiosa voz, en su concento
Introdujo al Dios Marte, con Minerva

Contribuia al gozo, que animaba
Al pueblo, mui ageno de ver luego
I casi de repente, transformarse
En mortales angustias, y congojas,
Todos sus rigocijos, como suele
Hacerlo la natura, quando ostenta
La grandeza del brazo, que la anima.
Ya estaba destinado de antemano,
El dia en que la ilustre comitiva,
Compuesta delos grandes, y señores,
Que a Opas acompañaban, dar devia
La buelta, acia Toledo, acrecentada,
De la otra comitiva, y del cortejo
De Teodofredo, y su hijo don Rodrigo,
Seguidos de otros muchos caballeros,
Que en sus ricos adornos, y atavio,
Competian en pompa, y en riqueza,
Con la que brillar hizo en su llegada
El hermano del Reì. Ya los caballos,
De preciosos arneses adornados
Tascaban impacientes, frenos de oro,
I por boca, y narices respiraban
El fuego, que animaba à sus pisadas,
Inquietas por partir. Ya el sol naciente
Doraba los verdores, que vestian
A los fertiles montes, y a los campos,

Tambien las ninfas del ameno Betis
Para que tapizasen de arrayanes
El camino, por donde conducia
La gloria con su mano esplendorosa
A don Rodrigo al trono. Ni en silencio
Dejò el cortès Tegisto, con su canto
Las alabanzas de Opas, y Vitiza,
Asemejandoles a los luceros,
Que en el cielo de España difundian
Su resplandor, a par de los ledèos.
No menor entusiasmo de contento
En las pūblicas danzas infundia
Al pueblo el bello sexo, con sus trages
I ricos atavios, ostentando
Sus gracias, y destreza, con los buelos
De las rapidos pasos, y cadencias,
Persiguiendo los sones armoniosos
Con los donaires de sus pies tamaños,
Con que sembrar al suelo parecian
De embelezos; al tiempo, que sus brazos
Torneados, las gracias realzaban,
Con su donoso movimiento, y brio,
I la elegancia de su talle, y seno,
Asiento del hechizo, con que el sexo
Arrebata las almas por los ojos.
Con su sereno resplandor el cielo,

Contribuia al gozo, que animaba
Al pueblo, muï ageno de ver luego
I casi de repente, transformarse
En mortales angustias, y congojas,
Todos sus rigocijos, como suele
Hacerlo la natura, quando ostenta
La grandeza del brazo, que la anima.
Ya estaba destinado de antemano,
El dia en que la ilustre comitiva,
Compuesta delos grandes, y señores,
Que a Opas acompañaban, dar devia
La buelta, acia Toledo, acrecentada,
De la otra comitiva, y del cortejo
De Teodofredo, y su hijo don Rodrigo,
Seguidos de otros muchos caballeros,
Que en sus ricos adornos, y atavio,
Competian en pompa, y en riqueza,
Con la que brillar hizo en su llegada
El hermano del Reì. Ya los caballos,
De preciosos arneses adornados
Tascaban impacientes, frenos de oro,
I por boca, y narices respiraban
El fuego, que animaba à sus pisadas,
Inquietas por partir. Ya el sol naciente
Doraba los verdores, que vestian
A los fertiles montes, y a los campos,

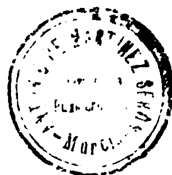
I las alegres aves, con sus cantos,
Participar del gozo parecian,
I del feliz aguero, que la tierra
Prometia a la llustre compañia
Puesta ya en oficioso movimennto,
Para ponerse en marcha; quando al punto
De tomar el camino, de repente
El sol en su carrera luminosa,
Se vè asaltado dela opuesta luna,
Come en funesta lucha, y revestirse
De tetra palidez, que convertida
En tenebrosa noche, parecia
Cederle el disputado señorio
De todo el Universo, y sepultarse
En el pristino caos, ocupado
Del espanto, y terror, de que cubria,
La horrible escuridad al cielo, y tierra.
De aquel terrible horror participaban
Los montes, con los rios, y las fieras,
En los pasmados bosques y las aves,
Aterecidos todos del espanto,
Que imobles los tenia, recelando
La destruccion de todo el Universo.
De igual espanto los humanos pechos
Sobrecogidos, sienten las angustias
Que exaltaban sus culpas, convertidas

En crueles verdugos de si mismos,
I les ponian el dogal al cuello,
Con que las arrastraban al aspecto
Dela divinidad, que nunque invisible
A sus ojos, mostraba la grandeza
De su terrible omnipotencia. El pueblo,
Embuelto asi en tinieblas espantosas,
Iba a exhalar en suplicas, y votos,
En el sagrado asilo delos templos,
El terror, que oprimia sus conciencias.
Mas luego que la mano omnipotente
Parecio, que aplacada de sus ruegos,
Retrataba el amago de su enojo,
I que a su impulso el astro de la noche
Al resplandor solar cedia el campo
Del Universo; el renacido dia
Bolvio a dar alma, y vida al cielo, y tierra.
Alzan de nuevo sus frondosas cimas
Los arboles, y montes; y por ellos
Eyplayan su alborozo, aves, y fieras.
Buelto en si el hombre del pasado miedo,
Su llanto enjuga, y da cabida al gozo,
Que borra la memoria de sus culpas,
I angustias padecidas, y en su pecho
Recobran el imperio sus pasiones
Como en el angustiado marinero

En deshecha borrasca, que a sus ojos
Presenta el rostro horrible dela muerte,
Si llega a recobrar el puerto ansiado,
Sacude los afanes importunos
I alegre buelve a disponer las velas
Que entrega al viento, y en la mar se engolfa.
Asi mismo la ilustre comitiva
De Opas de don Rodrigo, y Teodofredo,
Pasadas las congojas padecidas
A emprender su partida se dispone,
Por el solar eclipse diferida.
I llenos todos de un ufano gozo,
Entre los parabienes, y el aplauso
Del pueblo; que los sigue con los ojos
Se ponen en camino acià Toledo.

Canto 2.°

Aunque ya libres del pasado espanto,
Respirasen los animos del pueblo,
I conociesen ser aquel prodigio
En apariencia, natural efecto,
De las leyes impuestas a los astros,
Por la naturaleza, en el encuentro
Que entre si tienen en sus vastos giros;
No por eso dejaban de idearse



Pronosticos funestos delos males,
I desgracias, que el cielo amenazaba
A la infeliz España. Fueron siempre
Idolatras los hombres infelices
Dela supersticion: su temor solo
Engendrò tantos dioses en la trerra.
No se esentò en su trono el Rei Vitiza
Del terror, que oprimio los corazones
Delos demas mortales, viendo al dia
Mudarse de repente en tetra noche.
Su mente, avasallada del espanto,
Sentia los latidos importunos
Del arrepentemiento, que incitaba
Su timida conciencia a retratarse
De la tramada traicion, y a un tiempo
A revocar los ordines ya dados
Para las Justas. Pero mientras lucha
Con tales sentimientos, se disipa
La lobreguez del dia, y poco a poco
Ve recobar al sol sus resplandores.
Siente entonces su pecho congojado
Desuanecerse todos sus temores,
I renacer su gozo, semejante
Al que descarriado en noche escura
Por un espeso bosque, sin asilo
Ni senda, que lo guie, se abandona

A las angustías del pavor, que siente
De verse acometido de una fiera,
Ansiando el tardo dia, que le alumbre,
I dirija sus pasos: y al instante
Que le muestra la luz la ansiada senda,
Por ella se encamina; y ya seguro
Canta, o silva, y atierra con el palo
Las cabezas del cardo campesino,
Que cruzale el camino, y en el grava
Satisfecho, sus huellas atrevidas.
Ni podia jactarse Susenando
De haverse èl eximido del espanto,
Que infunde a los humanos corazones,
La vista de accidentes, que parecen
Prodigios a los ojos; mas sacando
Fuerzas del temor mismo acude luego
A disipar al de su soberano.
A su vista Vitiza se consuela,
I le dice; esperaba, Susenando,
Vuestra llegada; haveis sentido acaso,
El terror, que aun me tiene congojado,
I que el terrible eclipse me ha infundido?
Que nos querrà pronosticar el cielo?
Nadie señor, le dice Susenando
Se exime de sorpresa, ni aun de espanto,
A vista de accidentes no esperados.

Lo senti yo tambien: es un efecto
Mui natural al hombre; como teme
I se estremece el alma quando truena,
Sin que por eso, amenazarnos quiera
El cielo mal alguno, ni desgracia.
Sin embargo, temiendo que el eclipse
Apremiase a vuestra alma, me dì priesa
A venir, aunque a tiempo solamente
De daros mis devidos parabienes,
Creo vuestras congojas disepadas,
Cesado ya el motivo. Asi lo pruevo,
Le dice el Rei. Mas devo confesaros,
Que en fuerza del terror, sentia impulsos
De revocar los ordines ya dados
Contra Teodofredo, y don Rodrigo,
I de impedir las justas, y torneos,
Como tambien el casamiento. Estraños
No deven parecerme, le responde
Susenando, esos faciles impulsos
En vuestra turbacion. Jamas conserva
El alma contristada, sin sosiego
Los mismos sentimientos. Siguen estos
La alteracion, que el susto causa en ellos.
Mas ora, recobrado el señorio
De vuestro corazon, y sus afectos,
No dudo, que querais, que no se alteren

Los ordenes, ya dados por vos mismo,
Ni las desposiciones concernientes
A la seguredad de vuestta vida
Para mi, y para el reino tan preciosa,
Pues no hai medio, señor; devo decirlo.
O bien os asegura la corona
La muerte del inquieto don Rodrigo,
O la vais a perder con vuestra vida.
Con tales sugestiones, Susenando
En su resolucion al Rei confirma.
I ambos a dos esperan la llegada
De don Rodrigo, de su padre, y de Opas.
Se hallaban todos ellos descansando
A la sombra de un bosque mui ameno,
Cuyas espesas ramas impedian
Al sol en la metad de su carrera
Penetrar en su seno, recreado,
Del murmullo risueño de una fuente,
Que de un alto peñon, precipitaba
Sus cristalinas aguas. Alli entorno
La alegre comitiva solazaba
El calor, y cansancio del camino,
Sobre el florido prado, quando llama
A su atencion la vista repentina
De un caballero, armado a la gineta,
Sobre un bello alazan, cubierto el rostro

Dela visera, y empuñando lanza.
En arnès semesante le seguian
Otros doce lozanos caballeros,
Cuyo gefe, pues iba delantero,
A los demas, pregunta, si se hallaba
Don Rodrigo, entre aquella comitiva.
Sorprendido en extremo don Rodrigo
De su vista, y pregunta, y en tal sitio,
Sin poder comprender el fin, y obgeto
De tan estravagante llamamiento,
Sele acerca, y responde, ser el mismo,
Por quien èl preguntaba. Sì, lo veo
Responde el caballero; os reconozeo:
I aunque mi honor satisfaccion exija
De vuestra traicion, con el acero,
Antes quiero tentar la del discurso,
Pero de solo a solo, sin testigos.
En hora bnena, dice don Rodrigo.
No lo eludo; aqui estoi, como os agrada.
Buelto entonces el lindo caballero
A los suyos, les dice; conformaos
Con mi egemplo; esperad aqui mi buelta,
I entregando la lanza a un escudero,
Se apea del caballo, y continua
Su discurso, diciendo a don Rodrigo;
En esa recodada esta dehesa

Tambien las ninfas del ameno Betis
Para que tapizasen de arrayanes
El camino, por donde conducia
La gloria con su mano esplendorosa
A don Rodrigo al trono. Ni en silencio
Dejò el cortès Tegisto, con su canto
Las alabanzas de Opas, y Vitiza,
Asemejandoles a los luceros,
Que en el cielo de España difundian
Su resplandor, a par de los ledèos.
No menor entusiasmo de contento
En las pūblicas danzas infundia
Al pueblo el bello sexo, con sus trages
I ricos atavios, ostentando
Sus gracias, y destreza, con los buelos
De las rapidos pasos, y cadencias,
Persiguiendo los sones armoniosos
Con los donaires de sus pies tamaños,
Con que sembrar al suelo parecian
De embelezos; al tiempo, que sus brazos
Torneados, las gracias realzaban,
Con su donoso movimiento, y brio,
I la elegancia de su talle, y seno,
Asiento del hechizo, con que el sexo
Arrebata las almas por los ojos.
Con su sereno resplandor el cielo,

Contribuia al gozo, que animaba
Al pueblo, muï ageno de ver luego
I casi de repente, transformarse
En mortales angustias, y congojas,
Todos sus rigocijos, como suele
Hacerlo la natura, quando ostenta
La grandeza del brazo, que la anima.
Ya estaba destinado de antemano,
El dia en que la ilustre comitiva,
Compuesta delos grandes, y señores,
Que a Opas acompañaban, dar devia
La buelta, acia Toledo, acrecentada,
De la otra comitiva, y del cortejo
De Teodofredo, y su hijo don Rodrigo,
Seguidos de otros muchos caballeros,
Que en sus ricos adornos, y atavio,
Competian en pompa, y en riqueza,
Con la que brillar hizo en su llegada
El hermano del Reì. Ya los caballos,
De preciosos arneses adornados
Tascaban impacientes, frenos de oro,
I por boca, y narices respiraban
El fuego, que animaba à sus pisadas,
Inquietas por partir. Ya el sol naciente
Doraba los verdores, que vestian
A los fertiles montes, y a los campos,

Contar dejaba las pintadas chinas
Que engastaban su fondo transparente.
Dispuso la natura entorno de ella,
Otras menores grutas, que en estancias
Convirtio don Rodrigo, y de morada
Comoda, y aseada le servian.
En sus frequentes cazas. Quando un dia
Delinda, acompañada de sus damas,
Entrar en ella quiso, y disfrutarla.
Ageno don Rodrigo, dela vista
Dela doncella ilustre, no esperada
Se presta à la impresion, que en èl hicieron
Sus gracias, y hermosura, pero tiene
Al freno del respeto su incentivo,
Como lo exige en el primer encuentro,
De un atrevido amante, la hermosura.
Pero le rinde con ardiente esmero
Los mas tiernos obsequios, y agazajos,
Que el tiempo, y el lugar le permitian:
Delinda agradecida, y muy prendada
No menos dela gruta, que del dueño,
Se despide no sin algun disgusto,
En que deja tambien a don Rodrigo.
Este, partida ya Delinda, ceba
Su fantasia en la hermosura, y gracias,
No menos que en la herencia, y nacimiento

Ilustre, de Delinda, la que unida
Con èl en casamiento, fomentaba
Las miras de sus ciegas pretensiones
Al trono delos Godos. Raras veces
Anda el amor, esento dela liga
Del interes, aun en los mismos Reyes.
Desde entonces no para, ni sosiega
Don Rodrigo, solicito, y ansioso
De conseguir el carazon, y mano
Dela hermosa Delinda. El mejor medio,
Para obtener su intento, le parece
Gernanda, confidente de Delinda;
A ella acude con ruegos y con dones.
Ella rendida en fin a los obsequios
De don Rodrigo, allana los caminos,
I ablanda el corazon dela doncella,
Que impresa ya llevaba en la memoria
La presencia gentil de don Rodrigo,
No menos, que las prendas del cariño,
Que recibio en la gruta: y empeñado,
Sin hecharlo de ver su tierno afecto,
No supo recatarse dela salva
De los finos discursos, y alabanzas
Con que solicitaba sus amores
La taimada Guntranda, y la exortaba
A dar oido a un nieto tan ilustre

Del Rei Chindasuinto, el que pudiera
Coronarla en el trono delos Godos.
Asi dispuesto el animo inexperto
Dela hermosa doncella, no sugeta
A paternos respetos, ni a resguardos
Permite sin temor, y sin recelo,
La entrada en su palacio a don Rodrigo.
Devia alli tratarse con Gernanda
I disponerse el casamiento; mantò
Con que el amor se emboza, y con que logra
Tantos sceretos, hurtos entre amantes.
Don Rodrigo seguro de su intento,
Ciego, y arrebatado de la fuerza
De su ardiente pasion, apenas quita
Gernanda, con su ausencia meditada,
El freno, que tascaba la impaciencia
Del atravido amor de don Rodrigo,
Enlaza con sus brazos a Delinda,
Si sin otro contraste, que el del solo
Asaltado pudor, sin resistencia,
Arranca de sus ojos, consternados
El velo de su candida inocencia,
I selo lleva en triunfo, por trofeo
De su disolucion; mui semejante
Al ave de rapiña, que teniendo
A la incauta paloma, entre sus garras,

La despedaza, y apacienta en ella
Su atroz voracidad, dejando al viento
Por juguete, el despojo de sus plumas
Ensangrentadas. Mas partido apenas
Don Rodrigo, Gernanda, mui curiosa
Acude a su señora. Deseaba
Saber el resultado del encuentro.
Pero en vez de oir quejas, y lamentos,
Nota su silencioso sonroseo,
Que nada le menciona. Reconoce
Entonces el secreto misterioso,
I se recata de indagarlo, oyendo,
Que esperaba de nuevo a don Rodrigo.
Este, que asegurado de su triunfo
Y no necesitaba del empeño
De intercesor, halla el acceso libre,
Por mano del amor, que le conduce
Por la allanada senda. Ni Delinda
Recela los amores de su amante,
Que atada la tenia a la promesa
De declararla esposa, y reina a un tiempo
En el excelso trono, a que aspiraba.
Mas luego, que con fin tan diferente
I por camino, y modo tan estraño,
Llamaba a don Rodrigo su destino
En apariencia, al trono deseado,

Por medio de la mano de Teudila,
Hija del Rei Vitiza; No contiene
Su indignacion Delinda, y se abandona
Al dolor del asalto delos celos,
Que en ella aviva una rival esposa,
I la perfidia de un perjuro amante
Que la abandona, y ponela en olvido,
Como jugnete vil dela inconstancia
De una pasion, ya satisfecha. Oprimen
Estas ideas su agraviado pecho,
I en llanto, y en gemidos se consume,
Debiles armas del amor del sexo,
Mas buelta en si del fiero sentimiento,
En que, en su abatimiento, la tenia
Su inutil afliccion, abre su pecho
Al deseo, y rencor dela venganza
De su honor ultrajado, y del sonrojo
De su noble pudor violentado.
Pero como vengarse de un amante
Encaminado al trono? Otro partido
Mas noble su dolor no le sugiere,
Que el desafiò, en el que a la venganza
Sacrifique la vida del perjuro
Don Rodrigo, que borre sus ultrages,
O bien la propria sangre de ella misma
Que lave su deshonra padecida.

Arma a este fin los doce caballeros,
Que la seguian, antes como escolta
De su honor, y decoro en el camino,
Que para que tomasen su venganza.
Reservar quiso para sì, este empeño,
Superior a las fuerzas de su sexo;
Mas no a las del aliento, y del esfuerzo
De su honor ofendido. A este fin cela
En morrion dorado sus cabellos,
I cubre la hermosura de su rostro
En celosa visera; Tiene en guarda
El plateado peto, que no ofende,
Los delicados pechos, que respeta.
En trage semejante, pareciera
Mucho mejor la andaz Pentesilea,
Seguida de sus fieras amazonas.
Creia ella encontrar a don Rodrigo
Entretenido eu Cordova, en las fiestas,
Con que se celebraba su Himeneo
Con la infanta Teudila, mas sabiendo
Haverse èl puesto en marcha acia Toledo,
Resuelve con los suyos esperarle
En aquel mismo bosque, en donde avino
Su encuentro, y el propuesto desafio.
Atonito y pasmado don Rodrigo,
Al conocerla; alzada la visera,

Queda mudo, y herido del reproche
Que ella agrava, diciendole; No puede
Seros, por cierto, grata mi presencia:
Mas no vine tampoco con lisonjas,
Ni vanas esperanzas de agradaros:
Antes os miro con igual desprecio
Al que sufro de vos, y que merece
La perfidia, a que estais acostumbrado.
Vine solo a vengar a mi decoro,
I a mi honor ultrajado, otro partido
No me queda, aunque ageno de mi sexo,
Que el de desafiaros. O mi sangre,
O bien la vuestra, borren pasa siempre
La liviandad de mi engañado afecto,
O la veleidad, y la perfedia
De vuestro corazon. Esto diciendo,
Sin esperar respuesta, se encamina
Al sitio, en que los suyos la esperaban.
Don Rodrigo confuso va tras ella,
Diciendola; Delinda, escucha; espera;
Sufre a lo menos justifique un paso,
Que ni mi amor para con otra amante,
Que no conozco, o la ambicion del trono,
Me obliga a dar, sino tu sola, espera.
Io? Le dice Delinda; bella traza
De justificacion! Sugeta engaño



Pude estar una vez: fuè la postrera.
Otra razon no escucho, sino aquella
Que lleva impresa el cuento de mi lanza,
Llega esto dicho al sitio, en que el caballo
Inquieto parecia la esperase
Ufano de aquel peso decoroso.
En èl monta Delinda con denuedo
I pidiendo la lanza a su escudero,
Que este le entrega, a don Rodrigo dice:
Quedais desafiado; aqui os espero.
Sumamente curiosos entretanto,
Teodofredo, y Opas, esperaban
A don Rodrigo, deseosos todos
De saber a que vino el caballero,
Suponiendole tal por su armadura,
I lo que pretendia. Don Rodrigo
Les oculta quien era, y su coloquio;
Ciñiendose a dicirles, que venia
A darle desafio, por agravio,
Sin darse a conocer. Opas se opone,
Diciendo a don Rodrigo; No tenia,
Por ventura, otro tiempo, ni otro sitio
Ese señor, para venir a daros
Tan importuno reto? No lo sufro.
Vamos a partir luego: y al instante
Manda dar la señal dela partida.

Resuena el claro son dela trompeta
Por aquel vasto bosque, y deja herido
Al noble pundonor de don Rodrigo,
Pareciendo eludiese el desafio.
Mas quiso prevenir con un mensage
Al sonrojo, y desaire, en que dejaba
A su amada Delinda, resentida;
Haciendole saber, que, a pesar suyo
No estaba alli en su mano, como ansiaba
Darle satisfaccion: que la daria
En su llegada proxima a Toledo,
O bien allende, donde mas gustase.
No responde Delinda a este mensage.
Mas bolviendo gurupa a su caballo,
Seguida delos suyos, en lo espeso
Del vasto robredal, desaparece.

Canto 3.°

Luego, que el Rei Vitiza, y Susenando
Saben la buelta de Opas a Toledo,
Con Teodofredo, y su hijo don Rodrigo,
Arrojan los recelos, y las dudas
En que el exito incierto les tenia
De aquella comision; y se abandonan
A la satisfaccion, que siempre engendra

El conseguido intento, aunque malvado.
No reputa delito el que sin riesgo
De pena, o de castigo, lo comete.
Con tales sentimientos Susenando
Se apresuraba a dar disposiciones,
Que ennoblecer devian la llegada
De los reales huespedes. Por tales
A los ojos del pueblo, les hacia
Comparecer el meditado engaño,
I la apariencia en su recibimiento,
Cuya pompa, y el fasto desmentian
El titulo, y caracter, que hijo, y padre
Perder devian en la infausta escena.
Tenia esta ocupadas noche, ydia,
Las mal urdidas tramas del Ministro,
Con las pruevas, cien veces repetidas
De los competidores en la liza;
En la que don Rodrigo, y Teodofredo,
Hallar devian la funesta muerte.
Pero a pesar de aquellas mismas pruevas,
Afanado tenia a Susenando
La ciega obstinacion del Rei Vitiza,
En querer combatir con don Rodrigo,
Para tener la fiera vanagloria
De quitarle la vida: sin que el riesgo
De un azar, o siniestra contingencia

Imprevista, pudiesen contenerle.
Mas el destino lleva al hombre a ciegas,
Alegre, y sin pensar a su ruina,
Donde esperaba cercenar laureles
Para ceñir su frente. Otro motivo
De disgusto aquejaba a Susenando
Con la sabida fuga de Cantabria
Del joven don Pelayo combidado
Por el Rei a las Justas, con intento
De que muriese en ellas, como urdido
Lo tenia, con fin de deshacerse
Del linage del Rei Chindasuinto,
J de ocupar los fertiles estados,
De Cordova, y Cantabria, en que heredados
Dejò Chindasuinto sus dos hijos
Teodofredo, y Fàvila; excluidos
De antemano del trono, que otro obtuvo.
Mas Favila instruido delos celos,
Dela razon de estado, que reputa
Delito, todo asomo de grandeza,
Rival proxima al trono; retirarse
Determinò a sus montes en Cantabria
I alli pasar el resto de sus dias,
Lejos delos honores cortesanos,
Que no añadian timbre a su nobleza.
Pero como no puede el alto cedro

Ocultarse en el suelo, aunque remoto,
Donde levanta su frondosa copa,
Que provocar parece los enojos
Delos furiosos vientos, que lo agitan,
Sin poder eludir su violencia,
Ni el rayo, que lo hiere y lo desmocha,
Fàvila provò asi los embidiosos
Recelos de Vitizà, que hallò el modo
De abreviarle la vida con veneno.
Pero no pudo egercitar su saña,
Como lo intentò el mismo en don Pelayo,
Protegido del cielo, que salvòle
Por caminos, y medios, que pudieran
Comparecer estraños a los ojos,
Que no penetran los ocultos fines,
De su destino, el que le reservaba,
Para que fuese el salvador de España,
I restaurase en ella, aquella gloria,
Que ofuscò don Rodrigo, y que hoi reluce
Por aquel en el trono, y en las sienes
De todos sus ilustres descendientes.
En su muerte don Favila encargado
Dejò su hijo al cuidado de Gundrico,
Varon sabio, eminente en las vitudes
Y en la doctrina, en que imbuyò a su alumno,
Como padre, y maestro esclarecido.

Imprevista, pudiesen contenerle.
Mas el destino lleva al hombre a ciegas,
Alegre, y sin pensar a su ruina,
Donde esperaba cercenar laureles
Para ceñir su frente. Otro motivo
De disgusto aquejaba a Susenando
Con la sabida fuga de Cantabria
Del joven don Pelayo combidado
Por el Rei a las Justas, con intento
De que muriese en ellas, como urdido
Lo tenia, con fin de deshacerse
Del linage del Rei Chindasuinto,
J de ocupar los fertiles estados,
De Cordova, y Cantabria, en que heredados
Dejò Chindasuinto sus dos hijos
Teodofredo, y Fàvila; excluidos
De antemano del trono, que otro obtuvo.
Mas Favila instruído delos celos,
Dela razon de estado, que reputa
Delito, todo asomo de grandeza,
Rival p[illegible] al trono; retirarse
Determ[illegible] montes en Cantabria
[illegible]lli [illegible]sto de sus dias,
[illegible]es cortesanos,
[illegible]mbre a su nobleza.
[illegible] de el alto cedro.

Ocultarse en el suelo, aunque remoto,
Donde levanta su frondosa copa,
Que provocar parece los enojos
Delos furiosos vientos, que lo agitan,
Sin poder eludir su violencia,
Ni el rayo, que lo hiere y lo desmocha,
Fàvila provò asi los embidiosos
Recelos de Vitiza, que hallò el modo
De abreviarle la vida con veneno.
Pero no pudo egercitar su saña,
Como lo intentò el mismo en don Pelayo,
Protegido del cielo, que salvòle
Por caminos, y medios, que pudieran
Comparecer estraños a los ojos,
Que no penetran los ocultos fines,
De su destino, el que le reservaba,
Para que fuese el salvador de España,
I restaurase en ella, aquella gloria,
Que ofuscò don Rodrigo, y que hoi reluce
Por aquel en el trono, y en las sienes
De todos sus ilustres descendientes.
En su muerte don Favila encargado
Dejò su hijo al cuidado de Gundrico,
Varon sabio, eminente en las vitudes
Y en la doctrina, en que imbuyò a su alumno,
Como padre, y maestro esclarecido.

Como tal celebrò la edad antigua
Al centauro Chiron, allà en los mantes
Dela Tesalia, a quien la Diosa Tetis
Confiò la instruccion de su hijo Achiles.
Mas el buen don Pelayo no tenia
Porque embidiar la rustica enseñanza
Del Centauro en el hijo de Peleo.
Pues como este curtido en la aspereza
De los cantabros montes, provocaba
Como aquel en los tèsalos, la saña,
Delas temibles fieras en la caza,
I sobre ardiente potro, daba alcance
En su rapida fuga a los venados.
O quantas veces la graciosas nimfas
Delos montes, y bosques, quo èl corria
Ofrecian guirnaldas a su esfuerzo,
I con obsequios de escogidos frutos,
Honraban a sus prendas, y denuedo.
Mas velaba Gundrico, que sabia
El poder delas gracias, y el hechizo
Del sexo encantador; y que rendido
A su Deodamia, retardaba
El hijo de Peleo, la conquista
Del perjuro Ilion. Mas don Pelayo,
En edad de pasarse de preceptos
De su sabio maestro, como a padre

Le respetaba, y como al que devia
Su salvacion; pues el destino acaso,
Se sirviò de èl para evitar el lazo,
Que Vitiza teniale tendido,
Con el embite delas falsas bodas.
Jnstruido Gundrico delas miras
Traidoras de Vitiza, y temeroso
De iguales acechanzas, a las que antes
Abreviaron a Fàvila la vida;
Quiso salir de dudas, consultando
A un celebre adivino, que tenia
En un vecino monte su morada,
En que llevaba vida penitente.
Esta le grangeò el concepto y culto
De la veneracion de muchos pueblos,
Vecinos, y lejanos, que acudian,
A consultarle en todas sus angustias,
I a pedirle remedio de sus males.
Jnterprete del cielo le creian
Cuyos secretos revelar solia,
Teniendo con los genios celestiales,
Segun fama, coloquios mui frequentes.
Jnstruido Gundrico de estas voces,
No duda le revele aquel anciano,
Llamado Gundemaro, los intentos
Del falso Rei Vitiza; y de contado

En camino se pone, en compañía
De don Pelayo, acia la sacra cueva
Del monte, que habitaba Gundemaro.
A su vista, los dos sobrecegidos
De sacro horror, se sienten; semejante
Al que infundir pudiera la presencia
De una deidad en los antiguos tiempos.
Esparcir su cabeza parecia
Un vivo resplandor, que realzaba
La modestia risueña de su ojos
Sumisos en el placido semblante.
Ceñia un cordel tosco la aspereza
De la enea, tegida por sus manos,
Que abrigaba a su cuerpo macilento.
La barba le ondeaba sobre el pecho,
Cana a par dela nieve, y a su aspecto,
Daba visos de sacro, y venerable.
Acàtale Gundrico con respcto,
I le dice; No vengo a importunaros
Respetable varon, movido solo
De un curioso deseo, sin obgeto.
Si acaso lo ignorais, lo que no creo,
Lo dirè sin embargo, que en su muerte
Me dejò encomendado a este hijo suyo
El eminente Favila y las veces
Hicele de amoroso, y tierno padre.

I el solo obgeto fue de mis cuidados.
Hoi temo por su vida, amenazada,
Como la de su padre, con pretexto
De llamarle a su corte el Rei Vitiza
A bodas de su primo don Rodrigo.
Sospecho traicion. Si acaso el cielo
Os concedio prever los venideros
Destinos delos hombres, podeis solo
Disipar mis recelos cuidadosos,
I salvar a este joven del peligro.
Entonces Gundemaro alzando al cielo
Los ojos, y las manos, asi exelama;
Gran Dios! Adoro humilde tus decretos,
Que al fin deven cumplirse. Que catervas
De horribles males, veo que amenazan
A la infeliz España! Derribado
Veo su ilustre trono, y sepultado
Bajo de sus ruinas, su monarca.
Se veran destruidas las cuidades,
Degollados sus libres moradores,
Aterrados los templos, violadas
Las virgenes sagradas, profanados
Sus sacros domicilios, convertidos
En moradas de barbaros soldados.
Forzados a servir los sacerdotes
A un idolatra culto, derribados

Veran sus santuarios, y a ellos mismos
Degollados en ellos; y a los pueblos
Sometidos a dura servidumbre
Arrastrar la cadenas vencedoras.
O Vitiza! O Rodrigo! Pero en vano
Os seran imputados tantos males,
A que vuestras pasiones allanaron
El camino, con vuestros desafueros.
Evita, hijo de Favila su encuentro.
Otro suelo te llama por ahora.
Salvo te quiere el cielo. Èl te reserva
Una nueva corona, un nuevo trono,
En estos mismos montes desde donde
Repararas la destruccion de España.
Deja, esto dicho, atonitos, y hiertos
De admiracion al joven don Pelayo
I a Gundrico, y todos dos absortos
En la luz celestial que se difunde
Por la espaciosa cueva, en que a sus ojos
Desaparece, sin saber por donde
Aquel semidivino Anacoreta.
Mas sin poder manifestar al mismo
Sus gratos sentimientos, determina
Gundrico retirarse, y dar la buelta
A su morada, con su ilustre Alumno,
Repasando en su mente despejada,



Las raras, e increibles profecias
De Gundemaro. Por que quien creyera
La destruccion del reino de los Godos,
I la uneva corona prometida
Al joven don Pelayo? Sin embargo
Las remiten al tiempo, y entretanto
Se atienen a la que les exortaba
A dejar por entonces la Cantabria,
Para evitar los riesgos, que pudieran
Correr en ella, por las acechanzas
Del rei Vitíza; mientras Susenando
Fuese su consegero. Asi inducidos
De estos recelos, ambos determinan
Refugiarse en las Galias, donde esperan
Hallar seguro asilo, y lo egecutan.
Rebosaba entretanto de contento
La ciudad de Toledo en la llegada
Delos ilustres huespedes, agenos
De sospechar la trama meditada,
Cubierta dela pompa, y aparato
En su recibimiento. Don Rodrigo,
A quien interesaba ver la esposa,
I quilatar sus prendas, y su rostro
Ansiaba sumamente este momento.
Pero tenia en freno a su impaciencia
La lei dela etiqueta de la corte,

D

Que vedaba al esposo ver la esposa,
Antes de presentarsela los padres
En ceremonia publica; y Vitiza
La devio diferir, aconsejado
A prevenir primero a su hija amada
Del meditato engaño de la nupcias,
Para que no quedasen engañadas
Sus esperansas, y su amor deluso,
Con la muerte fatal de Don Rodrigo.
E instando ya el momento deseado
De la presentacion, va a verla el padre,
I le dice; Teudila, no quisiera
Que ignoraseis la causa, y el motivo
Que me obligò a ofreceros por esposo,
A don Rodrigo; y a llevar al cabo
Las sacras ceremonias delas nupcias,
Siendo todo fingido; y vuestro padre
Deviera estar del todo despojado
De su paterno amor, para ofreceros
A un loco por esposo, siendo el mismo
Reo de lesa magestad, pues quiso
Acechar a mi vida, y a mi trono.
Pero respetar quise su linage,
Trocandole el suplicio, en una muerte,
Honrosa en apariencia, por mi mano,
Venciendole en la Justa, con mi lanza,

Sin temor dela suya, cuya punta
Le quedara embotada; y asta tanto
Que no acontezca el lance meditado,
Devereis sostener el personage
De esposa verdadera; pues devemos
Los Reyes sugetarnos a las miras
Dela razon de estado. Sorprendida
Teudila del discurso de su padre,
Sensible a las lisonjas concebidas
De una doncella, que esperar no puede
Otro estado en la tierra que el que tiene
Destinado a su sexo el Himeneo,
Se entrega al sentimiento, que le anuda
La voz a la garganta; sin embargo,
A su padre responde con respéto;
Padre, no lo dudeis; vereis cumplido
Vuestros deseos. Deve serme odioso
Un supuesto marido, que intentaba
Usurparos el trono con la vida.
Satisfecho, y seguro el rei Vitiza
De la respuesta de Teudila, acude
A donde ya los grandes, y señores,
Que cortejar devian los esposos,
Le esperaban. No tarda a presentarse
En el real estrado don Rodrigo
Acompañado de su padre y de otros

Ilustres caballeros, respirando
Brio de juventud, y de grandeza
Su rostro, y su presencia, qual pudiera
Parecer a los ojos de Medea
El tèsalo Jason quando llegado
A Colcos, y al palacio de Rei Eeta,
Ciñio de resplandor la diosa Juno
Su gallarda presencia, para abrirle
Mas seguro el camino a la conquista
Del rico Vellocino. Càsi a un tiempo
Comparece Teudila, acompañada
De Sigileda, su turbada madre,
Sabedora tambien de la infiel trama,
Disimulada con el rico adorno
De joyas, y preseas, que no daban
Mayor precio, y realce a la hermosura,
Que escaseò a su rostro la natura.
Apenas vè Teudila a don Rodrigo,
O quan diverso se le representa,
Delo que el Rei su padre deseara!
Mas como defenderse una doncella
Dela linda presencia, y gallardia
De un ilustre mancebo, que le roba
Su aprecio, y corazon? Asi ella herida
Sin querer, del gallardo continente,
De quien quisiera, que le fuese esposo,

No puede concebir, que traidor sea,
Aquel hermoso joven, cortejado
Por su padre en la corte, y que la obliga
A entregarle la mano, como esposo,
En el sagrado altar del Himeneo,
Donde Opas la esperaba, revestido,
Dela sagradas infúlas, fingiendo
Los ritus de su sacro ministerio,
De que el amor reia, agazapado
Tras el altar, despues de haver herido
El seno de Teudila con el dardo
El mas agudo de su aljava. Siente
La doncella la herida, ya incurable,
I con ella la llama inestinguible,
Que consumio su casa, y su familia.
Ella borrò en la mente de Teudila
Los recuerdos del padre, y los convierte
En ansias de salvar a don Rodrigo,
Por cuya vida teme, adolorida
Dela suerte fatal, que le amenaza,
En la flor de sus años, y quisiera
Descubrirle el secreto delas lanzas,
A fin que lo evitase, y qual Medea
Amartelada por Jason, la lucha
Siente delos afectos encontrados,
Del amor a su padre, y al que amaba.

En ella persistia retirada,
Despues dela sagrada ceremonia,
En su secreta estancia, mui agena
De ver comparecer a don Rodrigo.
Mas este ya aburrido delas travas
De tantas etiquetas cortesanas,
Jmpaciente, e insufrido en sus deseos,
Atropella con ellas atrevido;
Abriendole el camino los derechos
Del supuesto Himeneo contraido
I ante ella comparece. Se perturban
A su vista, el recato, y la modestia
Dela real doncella, a quien expresa
Don Rodrigo su amor. ella rendida
A sus demostraciones cariñosas,
Olvidando el encargo de su padre,
Le descubre la trama, que èl le arranca,
Con la impresion ardiente de sus labios.
Como suele enfriarse de repente
El agua hirviente a gruesos borbollones,
Con agua sobrepuesta, asi se hiela
De repente, el amor de don Rodrigo,
Al oir las traidoras intenciones
Del cruel Rei Vitiza, que le obligan
A desprender del cuello de Teudila
Sus enlazados brazos. Mas queriendo

Asegurarse delo que creia
Una ilusion, y sueño, se detiene,
Para que la doncella le confirme
La verdad, que increible parecia.
Ella al querer rendida del amante,
A pesar suyo, y con dolor, le dice;
No lo dudeis, amado don Rodrigo;
Lo tiene asi dispuesto Susenando,
(No quiso atribuirselo a su padre)
Es sola una fincion el desposorio.
Mañana antes que el sol en el ocaso
Oculte su esplendor, os verà muerto
Talvez en el Torneo. Prevenido,
Podeis salvaros, y evitar la muerte.
Si en esto recibis la mayor prenda
De mi sincero amor, talvez culpable,
Del vuestro, don Rodrigo, no pretendo,
Sino que me guardeis un fiel secreto,
Que os deve costar menos, que a mi el mio.
Dudar ya no pudiendo don Rodrigo,
De aquella loca traicion, promete
A Teudila callarla, y acompaña
Su promesa con prenda de su aprecio;
Mas con la frialdad, y con la priesa
Que requiria la malvada trama,
Para correr a prevenir su padre,

A quien dice afanado; Huyamos, padre,
Sobre la marcha. Corren nuestras vidas
Jminente peligro. Se ha dispuesto
Matarnos en la Justa. Me lo acaba
De confirmar Teudila misma. Huigamos.
Oye, no sin horror, Teodofredo
Aquella atrocidad, y en su sorpresa,
Dejar no puede de exclamar; O cielos!
Cubrir un padre con la mano misma
De una hija, traicion tan detestable!
Pero no hai tiempo, que perder, en vanos
E inutiles lamentos. Mas no apruevo
Nuestra huida, hijo mio. Ès un delito
Salvar con ella envano nuestras vidas;
Para quien resolvio privarnos de ellas.
Ya donde hnir, en donde no nos llegue
El traidor brazo? No nos lo permiten
Las circunscancias del lugar, y tiempo.
Otro arbitrio la Suerte no nos deja,
Que el de disimular, y de valernos
Del artificio mismo delas armas,
De que haran ellos uso en el Torneo.
Harase asi comun, e igual la suerte.
Vale por dos el hombre prevenido.
I vale siempre mas, que combatamos
Con esfuerzo, y valor, que nos degemos



Degollar, como reses, sin defensa.
Vamos pues a informarnos dela traza,
Que dieron a sus lanzas. Havra medio
Para saberlo. El interes consigue
Lo que talvez sin èl, jamas se alcanza.
Mientras andan en esto desvelados.
Teodofredo, y don Rodrigo, el pueblo,
Acrecentado con el gran concurso
Delos pueblos vecinos, y lejanos,
Mostraba el alborozo, y alegria,
Que animar suelen las solemnes fiestas,
Ansiosos todos de gozar la vista
Dela pomposa Justa, en que devia
Romper lanzas el Rei con don Rodrigo.
Exigia el concurso dela gente,
Que no cabia en la ciudad, un sitio
Fuera de ella, capaz, en que pudiese
Satisfacer la vista, sin estorvos
Sus curiosos deseos, junto al Tajo.
Entretenido alli todo el gentio
Delos alegres sones de trompetas
Que aclamaban la Justa retardada,
Le sorprende un prodigio no esperado
E increible a sus ojos, pues salido
De su raudal el Tajo, acompañado
De sus nimfas, se muestra a todo el pueblo,

Sobre un carro de nacar, don precioso
De Tetis, a quien lleva los tributos
De sus ricas arenas. Chorreaban
Por el cuello, y espaldas sus guedejas
De fluviatiles hojas coronadas,
Sostenidas de un ancho cerco de oro,
Que de emblema, y corona le servia,
I de pies, como estaba, sobre el carro,
Sosteniendo su diestra alto tridente,
Con ronca voz, y con fruncido rostro,
Asi empieza a decir; O malhados,
I miseros mortales? Seran siempre
Vuestros gozos, y ciegas esperanzas,
Juguetes dela suerte, que las trueca
En llanto, y en lamentos? Quantas veces
Me dieron espectaculos funestos
Aquellos, que insultar en sus placeres
Con orgulloso fasto parecian
A su destino, tardo en sus venganzas
Que les tratò cansado en fin, qual trata
El aquilon al polvo dela tierra,
Disipado en espesos torbellinos.
Igual Suerte amenaza, al que engreido
De su poder, y gloria, en su grandeza,
Os trata, como a timido ganado
Destinado a servir a sus antojos,

Que os tienen sometidos al imperio
Dela supersticion, que os envilece,
I oprime vuestros nobles sentimientos.
Pero veo que el viento allende lleva
Mis inutiles voces, que no puede
Abrazar toda via vuestro oido.
Apenas esto dicho, se zabulle
En su raudal seguido de sus nimfas
Alcipe, Leomesinda, Eliodora,
I Clicie de ojos negros, con Antipe
Qne atonito dejaron al gentio.
Mas este distraido nuevamente
De otros mas densos sones de clarines
I parches militares, que anunciaban
La proxima llegada dela Corte,
Para entrar en la liza, desalados
Corren todos a verla, y en olvido,
Ponen la aparicion del Dios del Rio

Canto 4.°

Resueltos Teofredo, y don Rodrigo
A encarar el peligro en el combate,
Antes que darse a ignominiosa fuga,
Ponen todo su esmero, y disimulo
En apurar la trama, y artificio

De las opuestas lanzas, ideadas
Por Susenando, y lo consiguen. Gana
El interès asta a los mismos Reyes.
Asegurados pues el hijo, y padre,
Disimulando el ideado engaño,
Presentanse en la liza. Resplandece
Por sus joyas, y adorno don Rodrigo
Sobre un potro atezado, rica ofrenda
Del Betis y criado por sus nimfas
En pastos reservados. Por insignia,
Emblema del engaño descubierto
Sobre su morrion dorado lleva
Una esfinge sentada, que sostiene
Las plumas encarnadas del penacho,
Que tremolaba al viento pareciendo
Prometerle segura la vietoria.
Sobre tigrado bayo iba montado
Teodofredo, no menos vistoso,
Que don Rodrigo, por el rico adorno
De los jaeces, y armadura. El hielmo
Daba asiento a una tigre descansada,
Bajò el verde penacho; y en el centro
De su embrazado escudo, se veia
El sol amanecido, con el mote;
(Tiene ya disipadas las tinieblas);
Aludiendo al engaño descubierto.

En todo semejante era el escudo
De don Rodrigo. Superior a todos,
En su rico atavio, se mostraba
Sobre alazan tostado mui ardiente,
El Rei Vitiza, en morrion de plata,
Engastada de joyas, de que el peto
Tambien resplandecia. Una Quimera
Bajo candidas plumas se asomaba
Sobre su hielmo; y un leon rapante
Llevaba impreso en su brillante escudo.
Centelleaba el suelo a las pisadas
De su ardiente alazan. Era Guntrando
Deudo del Rei, y diestro en el combate,
Tambien vistoso por el rico adorno
De su armadura, a quien Teodofredo
Por su competidor reconocia.
La pompa, el fasto, y lujo no podian
Ofrecer a la vista del gentio
Mas lucido espectaculo. En asiento
Elevado, la reina Sigileda,
Con la infeliz Teudila, que quisiera
Congojada, y temblando, hallarse lejos
De aquel fatal conflicto, presidia
Al mismo, acompañada de sus damas,
I dar devia a los competidores
La señal de la Justa. Ya se hallaban

Esperandola aquellos en sus puestos,
Armados de sus lanzas; y ya dada
Por la tìmida mano dela Reina,
Excita el vocerio, y el aplauso
Con que el inmenso pueblo la recibe.
Parten, a par del viento los caballos,
I llevan sus ginetes a embistirse
Con las lanzas en ristre. Presumia
El Rei Vitiza, en el primer encuentro,
Pasar de parte a parte a don Rodrigo,
Mas el impetu ciego del caballo
Le desvia en su rapida carrera,
De su competidor, y ambos trascorren,
Sin herirse, buen trecho dela liza.
Guntrando, y Teodofredo al mismo tiempo,
Sin llevar tanta furia sus caballos,
Se embisten de galope acalorado
I se huvieran herido con las lanzas,
Si uno, y otro mui diestro en su manejo,
No huviesen reparado el fatal bote
Con sus escudos. Sienten los caballos
La resistencia de sus dos ginetes,
I en el aire se empinan con las patas
Encorvadas, en acto de quererse
Acometer con ellas. Sorprendido
Guntrando, hecha de ver, que su contrario

Lleva lanza mortifera igualmente
Que la suya. Lo nota, pero calla,
I disimula. No lo permitia
Ni el pundonor, ni el sitio en aquel lance,
Indagar el motivo; mas le sirve
De precaucion, para el segundo encuentro.
Desprenden pues sus lanzas, y a sus puesto
Buelven, para embestirse en otra Justa.
Disgustado entretanto el Rei Vitiza
De haverle desviado su caballo
De don Rodrigo, sin poder matarle,
Como lo descaba, y lo creia,
Buelve a ocupar su sitio. Esto egecuta
Don Rodrigo tambien; y de carrera
Parten de nuevo para acometerse.
Uno, y otro se aciertan con las lanzas,
Pero con quan diversa suerte! Clava
Su lanza el Rei Vitiza de soslayo
En el peto, y lo pasa, sin herida
De don Rodrigo; mientras este acierta
A clavar en la frente de Vitiza,
Por la visera, el cuento de su lanza,
I le derriba del caballo al suelo.
Asombrado el caballo con el golpe
Dela caida, le arrebata, y lleva
Arrastrando al monarca por la liza,

Quedandole un pie preso en el estrivo.
Recibe todo el pueblo consternado
De tal vista, con gritos, y lamentos,
Aquel triste espectaculo, y se acuerda
Del vaticinio, con que el Dios del Rio,
Pronosticò la muerte del monarca.
Los grandes, y señores dela corte,
En su consternacion, acuden luego
A parar al cavallo en su carrera,
I a soltar al cadaver del estrivo.
No do otro modo vieron los trayanos,
Testigos dela muerte lastimera
Del infeliz Hector, quando a su carro,
Atado por los pies, le arrastrò Aquiles,
Haciendo indigno alarde de su triumfo.
Pero qual fue el intenso sentimiento
Dela infeliz Teudila, y Sigileda,
A vista de un suceso tan funesto!
Privadas una, y otra de sentidos,
Cayeron medio muertas, en los brazos
De sus damas, que casi desmayadas
Se esfuerzan a sacarlas dela liza,
Mientras que don Rodrigo, transportado
Dela satisfaccion de su victoria,
Se arroja del caballo, y le abandona
Las riendas, para ver, y asegurarse,

Si estaba vivo, o muerto el Rei Vitiza.
Havian ya los grandes detenido
Al furioso caballo, y del estrivo
Desprendido al monarca, y alli entorno
Esperaban llegase don Rodrigo,
Como creido esposo de Teudila.
Èl viendo, que el cadaver, no dejaba
Duda alguna en su muerte, se aprovecha
Del suceso infeliz, para abrogarse
Los derechos al trono, que a las ojos
Del pueblo, y delos Grandes parecia
Le adjudicase el falso casamiento,
Que todos reputaban verdadero.
Hace servir a esta opimon, el mismo,
La credula ambicion de aquellos Grandes
Que le obsequian, y como soberano
Le reconocen todos a porfia,
Enjugando sus lagrimas, aun frescas,
Por la funesta muerte de Vitiza,
Mas que a vista del sol amanecido,
Enjuganse bien presto, y le acompañan
Con grande aplanso a su real albergue.
Cesa asi mismo el llanto, y la tristeza
Del consternado pueblo, que acostumbra
A esperar mejor suerte en la mudanza
Del que regirlo deve, y le preclama.

Alli mismo en la liza, Soberano.
Mas mientras se dispone a salir de ella,
Acompañado dela comitiva
De los grandes, hè aqui que se presenta
Un caballero armado ante la liza,
Que pide hablar al Rei. Todos le admiran
No sabiendo quien era. Mas apenas
Lo vè el Rei, que no duda ser Delijada
Por la armadura, misma, que llevaba
Quando fue a provocarle al desafio
En el bosque, camino de Toledo.
Queriendo sin embargo asegurarse,
Manda, que se descubra. Ella obedece,
I alzada la visera, asi le dice;
Sè señor, que no sois aquel Rodrigo,
A quien reconvenir quise en el bosque,
De un desleal afecto. La impensada
Mudanza del stado, en el que os veo,
Tan superior al mio, no permite
A mi ofendido amor, el uso libre
De un derecho, comun a los amantes,
Mas no ya con quien ciñe la corona;
Bien que estraño no fuese entre los dioses
De su amor agraviado la venganza.
Dictabanla los celos, que sufrian
Los mismos en amor; Los sufrio el mio;

Este fue, el que a mi brazo armò de lanza,
I de justos reproches a mis labios,
Para reconveniros de un afecto,
Que pude pretender en otro tiempo,
Pero que ahora vuestro ensalzamiento
Me lo roba, y me deja el solo arbitrio,
De conformarme, con mi adversa suerte,
Qualquiera, que esta sea, que me toque.
Comovida el monarca dela vista
Dela hermosa Delinda, que el recuerdo
De su amor le renueva, penetrado
Del discurso, con que ella le retrata
Su generoso amor, sin sombra alguna
De interès, que desdeña la grandeza
De sus nobles afectos, le responde;
No, Delinda; no devo permitiros,
Que partais por ahora de Toledo,
En busca de una suerte, que pudiera
Acusarme de ingrato, y de perjuro.
Antes fui caballero, que Monarca.
El tiempo, y el lugar no me permiten
Un discurso ulterior. Venid con migo.
Motivo no tendran, segun lo espero,
De tacharme de ingrato vuestros celos.
El pueblo sorprendido en la llegada
De aquel no conocido caballero,

Despues de su coloquio, sè sorprende
Mucho mas, de que el Rei le acompañase
Al palacio, y en èl le destinase
Una real estancia, asta que el mismo
Llamando a junta general, los Grandes
Les presenta Delinda, y les declara
Ser ella la hija ilustre de Ardagasto,
Principe de Agirencia, a la que quiso
Asociar en su trono como esposa,
Por sus prendas, e ilustre nacimiento.
Todos a una la eleccion aprueван
Del nuevo soberano, y reconocen
A Delinda por reina delos Godos.
Mas en medio del publico contento
Estrañan todos la eleccion, sabiendo
Que Vitiza tenia destinada
Teudila por esposa a don Rndrigo,
Cuyas nupcias se havian celebrado.
La veloz fama entonces se apresura
A divulgar el falso casamiento,
I negra traicion del Rei Vitiza;
Pretexto solo para dar la muerte
A don Rodrigo, y a su padre. El pueblo
Ya desimpresionado de estas voces,
No estraña ver Teudila abandonada
A su siniestra suerte. Suelen todos,



Con la timida mano del respeto,
Cubrir con denso velo los secretos
De las resoluciones de los Royes,
Sin atreverse a penetrar en ellas.
Mas se hechaba de ver, que el Rei Rodrigo
Sin mostrarse cruel con la familia
Del que tentò privarle dela vida,
La dejò abandonada a su destino.
No merecia, a la verdad, Teudila
Olvido, y abendono, tan ingratos.
Que pudo ella hacer mas por don Rodrigo?
Expuso su enterera a su osadia
Le descubrio el peligro de su vida,
Le sometio su honor, sacrificòle
La vida, y reino de su proprio padre
I arruinò su casa, por salvarle.
Estas tristes ideas se presentan
A la mente abatida, y consternada,
Por la funesta muerte de su padre,
Dela infeliz doncella, quando apenas
Buelta en si del dolor, y del trastorno
En que la sumergio su desventura,
Comenzaba a prestarse a los reproches
De su arrepentimiento, confundidos
Con las lisonjas de su amor, creyendo
Expiarlo en los brazos de un esposo;

Que el dolor, que nò mata de repènte,
Hace siempre esperar lo que se anhela.
Creia asi la misera Teudila
Ver llegar don Rodrigo a cada instante
A renovarle las ardiendes prendas
Del amor en sus brazos, y aliviarle
El atroz sentimiento, que roia
Su corazon, y entrañas, como fiera
Encarnizada en ellas. Lejos de esto,
Seguir veia, con pesados pasos,
Èl dia amanecido a sus desvelos,
A la noche con pasos mas pesados,
Sin asomo de luz de algun consuelo,
En el triste retiro, en que se hallaba
Con su madre, y hermanos, alejada
De su real albergue. Mas la fama,
Que divulgar complacese los males
Mucho mas, que los bienes, llegar hace
A su oido, la suerte de Delinda,
Reina, y esposa ya del Rei Rodrigo.
Un repentino rayo no consterna,
Ni deja tan pasmada, y aturdida
La mente del que hiere sin matarle,
Quanto a Teudila, aquellas tristes voces
Dela fama, que como agudos dardos
Su corazon traspasan, y le avivan

El arrepentimianto, que le pinta
La traicion hecha a su proprio padre
Con la violacion de su secreto,
Como monstruo feroz, que la acomete;
A cuyo aspecto su pasmada mente
No puede resistir, y se abandona
Al desmayo mortal, que da con ella
En el suelo, perdidos los sentidos.
Al ruido del golpe en su caida,
La madre acude desalada, y viendo
A su hija muerta, como lo parecia,
En el suelo se postra de rodillas,
Deshaciendose en llanto, y en gemidos,
Pareciendo quisiese debolverle,
Con el aliento del dolor, la vida.
I con voces, rompidas de sollozos,
O vida de mi vida, le decia;
Esto faltaba al colmo de mis males,
Que precedieras a tu infeliz madre,
Con muerte tan funesta, y lamentable!
Como me desamparas, hija mia,
En el momento en que esperar pudiera
Mi tierno amor hallar, el solo alivio,
Que prometerme, en mi funesto estado
Pudieran mis horribles desventuras!
Privada cruelmente de tu padre,

I privada con èl, del trono, y gloria,
Que de esplendor ceñia nuestras frentes,
Compensaba tu vida, y la inocencia
De tur tiernos hermanos, los honores,
I los demas, apetecibles bienes,
De que nos priva la alevosa suerte!
Mientras exhala asi los sentimientos
De su dolor, la triste Sigileda
Sus deudos Alberico, y Ademaro
Llamados de sus gritos, la desprenden
Del seno dela misera Teudila;
I creyendo a esta muerta, pues no daba
Ningun señal de vida, le disponen
El funeral, colocanla en las andas,
Creyendola difunta. Quando al tiempo
De llevarla a enterrar, un movimiento
De temblor les advierte, que aun vivia,
Acuden luego todos afanados
A incorporarla en la ataud, y a darle
Los socorros, y alivios, qui exigia
Su lastimero estado, y a la vida,
I a su madre infeliz la restituyen.
Mas ah! quanto mejor huviera sido,
Que la huviese acabado el sontimiento,
En la enagenacion delos sentidos?
Pues aunque recobrò el vital aliento,

Daba con èl señales de locura,
Que convirtiose en frenesi. Veia
A su madre en serpiente transformada,
I en lagartos estigios sus hermanos
I a los demas en furias infernales
Que arrastrarla querian al Averno.
Durar no pudo en tan funesto estado;
Pues a pesar de todos los desvelos
De los que la cuidaban, ella misma
Abreviose la vida con un lazo,
Que le dispuso su siniestra suerte
Al dela Reina Amata semjante.
O miserable gloria de este suelo!
Como antorcha reluces, y como ella
En humo, y en tinieblas desvaneces.

Canto 5.°

No podia la madre desolada,
Con la funesta muerte de Teudila,
Hallar a su dolor alivio alguno.
I si no obtuvo enagenar su mente
El fiero sentimiento, la tenia
Embuelta entre las sombras del espanto,
I del terror temiendo por sus hijos
Ebas, y Sisebuto, solo obgeto

De su materno amor, acibarado
Delos recelos, de que el Rei Rodrigo,
Vengar quisiese en ellos el engaño,
I traicion tramada por Vitiza.
I aunque su muerte graügeòle el trono,
Jamas son reputados beneficios
Ni gracias de un traidor, los resultados
De uña fallada traicion. Ni es facil,
Que el que fue obgeto de ella, la desprecie,
Ni la ponga en olvido. Estos recelos
Hacianle temer, ver arrancados
Sus hijos de sus brazos maternales
Para ser conducidos al suplicio.
En medio de sospechas tan crueles,
Quisiera hallar lugar donde salvarles.
Pero como? I en donde? Le sugieren
Sus continuas congojas el recurso
De Ervigio, mayoral de sus ganados,
Los que por arras de su rico dote,
Le señalò su padre Revigildo,
Con los montes, y pastos, donde Ervigio
Solia apacentarlos. Inducida
De esta ocurrencia, llama de contado
Al mayoral Ervigio, el que no tarda
A llegar a Toledo. Su presencia,
Condecorada del pellico humilde,

I de sus blancas canas, exigia
Respeto afectuoso; y su semblante
Risueño, sin asomos de cuidados,
Que rara vez acercanse a las selvas,
El sincero candor manifestada
De sus imperturbables sentimientos.
Abresele de par en par el cielo,
A vista del pastor a Sigileda,
Que le confia su infeliz estado,
I su resolucion de refugiarse,
E sus bosques dotales con sus hijos.
Apruevasela Ervigio; y confortada
Por èl, concierta el modo de su fuga,
Con el favor de tenebrosa noche.
Luego pues que esta se mostrò propicia
Sn salida apresuran de Toledo
Ervigio, y Sigileda con sus hijos.
Asidos de sus manos les llevaba
La madre, a quien Ervigio precedia,
Apoyando sus pasos al cayado,
Sirviendole de güia, Los dos niños,
Al verse conducidos, por la noche,
Deseaban saber en su inócencia,
Sin recelo, y temor donde la madre
Les conducia. Ella exigiendo de ellos,
Con la voz, y el aprieto delas manos

Silencio delos mismos, temerosa
De ser vista, o seguida, semejante
A la timida fiera, que uno, a uno
Transporta con la boca sus cachorros,
Solo atenta a salvarlos de la manos
Del cazador, que cree la persiga,
Bolviendo a todas partes la cabeza;
Asi la temerosa Sigileda
Llega a ganar el campo, precedida
De Ervigio con sus hijos, sin estorvo,
Dejando la ciudad aun sepultada
En la tinieblas dela noche, y sueño.
Mas rayaba el albor del nuevo dia,
Que esclarecia al campo, y al camino,
Que Sigileda, sosegada en parte
Seguia con Ervigio, y con sus hijos;
Los que libres del lazo delas manos
De su afligida madre, discurrian
Por el campo, olvidados dela gloria,
I grandeza del trono, y de su padre,
Ni atendian a mas, que a solazarse
Ansiosos de llegar a las cabañas,
I de ver los corderos, y las madres,
Entre quienes Ervigio les depara
Un asilo seguro entre las selvas.
Ignoraba la huida dela viuda

De Vitiza, ni de ello se curaba,
El Rei Rodrigo. En su subida al trono,
Tenianle ocupado otros asumtos
Mas serios, e importantes. Llamò entre ellos
Su cuidado mayor la nueva guerra,
Que declarò a Vitiza Dagoberto
Ignorando su muerte, y la subida
Del Rei Rodrigo al trono. Mas como era
El prineipal obgeto dela guerra
La ocupacion de todas las provincias
Transpireneas, que los Reyes Godos
Tenian ocupadas en las Galias,
La quiso sostener, quando le llega
La noticia, de haverse refugiado
En las Galias su primo don Pelayo,
I de haverle empleado Dagoberto
En aquella invasion. Movido de esto,
No duda de dar cargo a un embiado,
Para partìcipar al Rei en Francia
La muerte de Vitiza, y su subida
Al trono delos Godos, e indugese
A don Pelayo a regresar a España.
Por tan raros caminos, y por tales
I tan estraños medios el destino,
Conducia a su fin inescrutable,
Por mano de Gundrico, a don Pelayo.

Aquel, puestòle en salvo con la fuga
De España, delas trazas de Vitiza,
Esperò grangearle la acogida
De Dagoberto, a quien con tal intento,
Se presenta, diciendole; Fue siempre
Condicion, Rei ilustre, inevitable
De todo desdichado, perseguido
Por su adversa fortuna, andar en busca
Del ageno favor, que le proteja,
I le ponga al abrigo de su suerte.
Sin esto, a que sirviera la clemencia,
Que hace solo adorables a los Reyes.
Hallase en este caso este mancebo,
Que aqui teneis presente, infeliz hijo
De Fávila, señor dela Cantabria,
I nieto del ilustre Chindasuinto.
Pero si en sus adversas circunstancias
Que le obligaròn a dejar, huyendo;
Su patria, y sus estados, perseguido
Del Rei Vitiza, experimenta el mismo
Un adverso destino, esperar puede
De vuestro excelso corazon un acto
De piedad generosa, que le ampare,
I le ponga al cubierto delos tiros
De quien quiere oprimirle. I si fue siempre
Admirable virtud en un Monarca

Perdonar al vencido, que le rinde
Las armas, empuñadas contra el mismo,
Quanto mas deve serlo en un Rei justo,
Que protege a un ilustre fugitivo,
Que de vuestro favor esperar puede,
(Pues la suerte es mudable) verse un dia,
Con poder de mostraros, que no siempre
Son los hombres ingratos, y que enseña
La desgracia talvez, a ser mas grande
Con la virtud, en trabajoso estado,
Que la fortuna en la mayor grandeza.
Tocado Dagoberto del discurso
Del buen Gundrico, y del amable aspecto
De don Pelayo, asi dice a Gundrico;
No siempre ocultas quedan a los Reyes
Las miras, y manejos de otras cortes,
Asi lo exige la razon de estado.
Por esto nos velamos. No sue siempre
La cordura, la prenda mas plausible
Del Rei Vitiza; por lo que no ignora
Ni estraña se me hiciera la fortuna
Contraria, que padece don Pelayo.
Por lo mismo el amparo, y patrocinio,
Que deseais lo teneis ya: lo otorgo;
Es derecho de todo desgraciado.
Ni deveis reputarlo favor mio.

Exige mas de mi un ilustre nieto
Del Rei Chindasuinto. Don Pelayo,
Podeis estar seguro en mis estados.
Mi corte os queda abierta. Por mi parte
No quedarà que trueque la fortuna
Su disfavor en glorias, y en obsequios.
No tardò don Pelayo a ver cumplidas
Las promesas del Rei; pues con motivo
Dela guerra movida al de Lorena,
Agregole a su egercito, con cargo,
En que pudiese egercitar su esfuerzo,
I dar de su valor gloriosas pruevas.
Hechò de ver entonces Dagoberto
El militar talento, y valentia
Superior a su edad, que don Pelayo
Mostro en aquella guerra; y acabada,
No dudò de fiarle el mando entero
Del egercito mismo con que quiso
Ocupar las Aquitania, y arrancarla
Del poder delos Godos, para unirla
A sus otros estados en la Galia;
Antigua pretension de aquellos Reyes.
I aunque entonces faltaba a Dagoberto
Justo motivo para hacer la guerra
Al Rei Vitiza, como jamas faltan
Motivos al que quiere promoverla

Pretextò compensar a don Pelayo
Con aquella provincia de Aquitania,
A la dela Cantabria, que Vitiza
Le havia confiscado. Llegò en esto
El tardo embajador del Rei Rodrigo
A dar a Dagoberto justas quejas
Por aquella invasion, que provocada
No tenia su nuevo soberano;
El que por otra parte deseaba
Bolviese don Pelayo a sus estados.
Sintio el Rei Dagoberto este recurso,
Que le quitaba todos los pretextos
De retener aquella ricas tierras,
Cuyo dominio conservar quisiera,
Mas cuya retension le parecia
Por entonces ni justa, ni oportuna.
Mas quiso redundase en don Pelayo
Todo el entero merito de aquella
Restitucion, que hacer determinaba.
Antes pues de entregar al mensagero
Del Rei Rodrigo la respuesta, llama
A don Pelayo, y con real agrado
Le dice asi; No puedo, don Pelayo,
Daros prenda mayor, ni mas segura
De mi aprecio, y amor que la de haceros
Arbitro, y juez delas atentas quejas

Que recibi del nuevo Rei Rodrigo,
Sobre la ocupacion dela Aquitania.
Tales reconvenciones poco importan
A quien puede, si quiere, despreciarlas
Nadie suele con gusto desprenderse
De un conseguido obgeto. Sin embargo
Cederè la Aquitania, ya ocupada,
Si juzgais que me faltan los derechos
Para emprender la guerra, por vengaros
Del Rei Vitiza. Queda sorprendido
Don Pelayo de aquella lisongera
Confianza del Rei, aquien responde;
Señor, el colmo pone a mi confusa
Gratitud, y a mi aprecio, vuestra excelsa
I real dignacion, en consultarme
Sobre un asumto, que interesa solo
A la gloria, y al bien de vuestro reino.
Mas si os dignais oir mis sentimientos,
Que la justicia, y el honor me dictan;
Mientras el Rei Vitiza me tenia
Proscrito de mi patria, y me trataba
Como enemigo declarado mio,
Crei tener derecho suficiente
Para empuñar las armas contra el mismo.
Mi natural defensa lo exigia
I si quisisteis declararle guerra

Por defender a un inocente, creo
Ser este nn nuevo titulo de gloria,
De magnanimidad, y de grandeza
Que os grangea vuestro animo, del mio,
I de mi gratitud; pero ya muerto
El Rei Vitiza, y ocupado el trono
Por el Rei don Rodrigo, este nos quita
A vos, y a mi, señor, todo motivo
Para empuñar las armas contra el mismo;
I a mi solo me deja, el que me dieron
Vuestra munificencia, y vuestro amparo
Para ofreceros, por mas justa prenda
De eterna gratitud, mi sangre, y vida.
Desaprovar no pudo Dagoberto
Tan nobles sentimientos; y llamado,
Presente don Pelayo el mensagero
Del Rei Rodrigo, antes de daros, dice,
La respuesta, que devo, al Rei Rodrigo,
Quisé dar el encargo a don Pelayo
De decidir, si era la guerra justa
Que le movi. Su decision me quita
Todo arbitrio, y derecho en adelante
Para continuarla. Ella me obliga
A retirar mis tropas. La Aquitania
Quedarà libre de ellas. Su dictamen
Al mio prevalece, y sera prenda

Dela amistad, que renovar deseo
Con vuestro Rei. Deseo, Don Pelayo,
Le lleveis tambien vos esta respuesta;
Pues os quiere con sigo vuestro deudo.
Renueva don Pelayo a Dagoberto
Sus gratos sentimientos, y cargado
De sus reales dones, y favores
En camino se pone acia Toledo.
En ella don Rodrigo apresuraba,
Sin conocerlo, su fatal ruina,
I la de todo el reino, avasallado
Por la disolucion de sus pasiones,
Sin que el funesto egemplo de Vitiza
Pudiese contenerle. Publicaba
La fama por España, la hermosura
Dè Florinda, hija ilustre, idolatrada
Del Conde don Julian. Mas competia
Con su hermosura el singular recato,
Conque adargò a su pecho la modestia
Desde sus tiernos años, y crecida
Tenia por defensa insuperable
De su honor, y decoro, la nobleza
De su clara familia, que contaba
Entre sus bisavuelos Suintila,
Monarca esclarecido. Encarecian,
Al oido del Rei sus confidentes

La hermosura sin par dela doncella
De quien decir solian, que la fama
Llevado havia al cielo su modelo,
I que los Dioses todos competian,
Sin excluir a Venus, por tenerlo.
Provocada la ardiente fantasia
Del Rei Rodrigo, con encomios tales,
Sentia arder en llamas sus deseos
De ver, y de adquirir tal hermosura.
Que deja de esperar un soberano?
Mas le tenia en freno la nobleza,
I el honor de Florinda, sostenida
De los fieros, y nobles sentimientos
Del conde don Julian, que le oponian
A su pasion un monte inaccesible.
Mas que no ensaya un disoluto antojo?
Entre las fantasias, y delirios
De su disolucion, el Rei Rodrigo
Erigida tenia una capilla
A Venus, y al amor en su palacio
I un ara en ella, en donde sus efigies,
Como en la antigua Pafos, recibian
Adoracion, y culto, con perfumes,
Por el Rei, y sus torpes confidentes,
Profanos sacerdotes de aquel templo.
Solo obgeto era entonces de sus votos,

I ofrendas, y plegarias, que la Diosa
Hallanase a su amor tantos estorvos,
Para lograr la posesion ansiada
Dela hermosa doncella. Apenas hecha,
Un dia esta plegaria renovada,
Pareciò a su exaltada fantasia,
Que la sagrada efigie dela Diosa,
Ofuscada del humo del incienso,
I velas encendidas, otorgase,
Con amable sonrisa, sus deseos.
No tarda a confirmar a este dilirio
De la imaginacion del Rei Rodrigo,
La nueva no esperada dela muerte
Dela amorosa madre de Florinda,
Que dejandola expuesta al embarazo
Del cuidado; y desvelos de su padre,
Facilitar podia la venida
De Florinda a Palacio. En èl solian
Educarse las hijas de los Grandes
Como damas de honor, y compañeras
Dela Reina. Recibe el Rei Rodrigo
Aquella nueva, como prenda cierta
Del favor dela Diosa, y de esta espera,
Que tambien fâcilite la venida
De Florinda a Palacio, mientras trata
De alejar a su padre, con pretexto

De confiarle el mando tan honroso
Delas provincias de Africa. A este obgeto
Hace llamar al Conde, y revistiendo
De favor soberano el torpe intento,
Le dice asi. Me ha sido mui sensible
Conde ilustre, que al tiempo, en que queria
Confiaros el cargo mas celoso
De mi reino, llegase a mis oidos
La funesta noticia dela muerte
De vuestra amada esposa; pues recelo,
Que ponga ella talvez algun estorvo
Al favor, con que quise distinguiros
Del gobierno del Africa: y si acaso
Lo fuese la crianza de vuestra hija,
Privada del cuidado dela madre,
En la Reina le queda, un otro amparo,
No menos cariñoso, que la cuide,
Si quereis confiarla a sus desvelos.
El Conde sorprendido, y deslumbrado
Del discurso del Rei, como podia
Hechar de ver la liga, solapada
Con aquel generoso ofrecimiento?
Hacense raras veces sospechosos
Los dones, y favores de los Reyes.
Lisongeado el corazon del Conde
De aquella honrosa distincion, y prueva

De su real aprecio, y confianza,
Alegre le responde; Vuestra excelsa,
I real distincion, el colmo pone
A tan grande favor; èl solo puede
Obligarme a rendirle el sacrificio
Dela sensible privacion de una hija
A quien mi amor adora, pues ni el cetro
Ni la rica tiara dela Lidia
A separarme de ella me indugeran,
Si vuestra dignacion no se estendiera
A grangearle el alto patrocinio,
I el maternal afecto dela Reina,
Que mirarà por ella, no lo dudo,
Como la misma madre, que le falta,
I que a mi me dispensa del cuidado
De atender a sus creces, y crianza.
Alborozado el Rei de haver salido
Con su primer intento, ansia el momento
De verlo egecutado, con la vista,
I entrega de Florinda; a cuyo obgeto
La partida del Conde solicita,
Con el pretexto delas varias voces
Del egercito inmenso, que juntaba
El Miramamolin en el oriente
Para invadir al Africa, y la España.
Esto apresura el deseado instante

De ver comparecer en el palacio
La celestial Florinda, a quien conduce
Al fin su padre para presentarla
A la Reina, y dejarsela encargada,
Antes de su partida. La esperaba
La Reina, deseosa de admirarla,
I sobre todo el Rei, el que avisado
De su llegada, corre a recibirla
I a quitarsela al padre dela mano,
Para darle el honor de presentarla
Por su mano a la reina; y para darse
A si mismo el placer de darle indicios
De su ardiente pasion, con tal obsequio.
Porque que no acomete, y que no espera
Un disoluto amor, sin freno alguno
Que pueda contenerlo? Asi la vista
Del rostro celestial dela doncella,
De su hechicero talle, y de su seno,
Que diera embidia al dela misma Venus,
I de todas sus gracias, e incentivos,
Le enagenan el alma, de manera
Que en extasi amoroso le contienen.
Una impresion igual padecen todos
Los que la ven, y admiran, semejante
A la que provar suele el que dispierto
De un sueño apetecido, poner quiere

Sus ojos toda via soñolientos,
En la brillante aurora amanecida,
Sin velo alguno de interpuesta nube,
Que ofusque a su esplendor, con que ella hechiza,
I encanta al cielo, y tierra, que le ofrecen
El devido tributo de su gozo.
La reina, sorprendida dela vista
De su rara hermosura, la recibe
Con singular agrado, y en su entrega
El Conde asi le dice; El sentimiento,
Que no puede dejar un tierno padre
De provar en el lance disgustoso,
De la separacion de una hija amada
Solo aliviarlo puede la grandeza
Del honor soberano, que me llama
A un cargo de su excelsa confianza.
Pero sin la lisonja, que en vos pone
Un padre, que se ausenta de tal hija,
No pudiera inducirme ciertamente
Quanto de mas precioso el mundo encierra
A separarme de ella. Esta es, Señora
La confianza, que mi tierno afecto
Pone en la dignacion, y en el cariño,
Que no dudo os merezca mi Florinda,
En mi sensible ausencia, y que os entrego
Con la efusion mayor de mi ternura,

I con que, como madre, permitidme
Esta expresion, os dejo encomendada.
Conde, no lo dudeis, la Reina dice;
Quando dejase de empeñar mi afecto
I todos mis cuidados, y develos,
En favor de vuestra hija, el sacrificio
De su separacion, que vuestro celo
Hace al Rei, con el cargo, que os confia,
Las singulares gracias, y hermosura
De Florinda, de mi lo conseguieran.
Podeis estar seguro en vuestra ansencia
Que la mirarè siempre como madre
Cariñosa, de que en presencia vuestra
Quiero darle la prueva mas sincera.
Esto dicho en sus brazos la recibe,
I en el celestial rostro de Florinda
La misma imprime sus rosados labios.
El padre enternecido de tal vista,
No puede contener su tierno afecto,
I por postrera despedida imprime
Tambien sus labios, en el bello rostro
De su hija, que las lagrimas le arranca
En su separacion, no sin oculto
Asomo de fatal presentimiento,
Imperceptible entonces a la vista
Del animo, ofuscado, del prestigio

Del resplandor de una ostentosa Corte,
I del brillante empleo, que iba el mismo
A egercitar en Africa, encargado
De su defensa. Libre el Rei entonces
Del respeto, y temor, que le infundiera
La presencia del Conde, se abandona
A los extravagantes devaneos
De su imaginacion; y las lisonjas
De su amor, apacienta en la hermosura
I gracias de Florinda, a quien no duda
Rendir a su pasion, como obtenido
Havia, dela diosa, la llegada
De la misma al palacio, y la partida
Del Conde a la provincia Tingitana.
Celebra en gracia de esto, transportado
De sus locas ideas, una fiesta,
En la capilla a Venus consagrada;
Se renuevan en ella las plegarias
Para obtener su malhadado intento;
Pronto a sacrificar su reino, y vida,
Al goce de un obgeto, que le roba
La razon, que se lo representa
Mayor, que el de una Diosa aparecida.

Canto 6.°

Entretanto Florinda, que tocaba
En su edad tierna, apenas, los tres lustros,
Hallaba en la grandeza dela Corte
I en su magnificiencia, algun alivio,
I distraccion al duelo, que devia
A la reciente muerte dela madre,
I a la ausencia del padre; a cuyo efecto
Suplian los esmeros dela reina
En complacerla, mientras atendia
A preservar ilesa su inocencia
Dela pasion del Rei, abandonado
A los transportes del amor por ella.
Agena de ellos la doncella ilustre,
Como tierna cordera, que comienza,
A divagarse en el florido prado,
Sin recelo del lobo, que la acecha,
Pasaba, con sus nobles compañeras,
Sus inocentes, y tranquilos dias,
Sin nube de temor, ni de recelo,
Que amancillar pudiese su recato
Ninguna tentativa deshonesta,
Ni ofender su decoro. Este adargado
Del nativo pudor, condecoraba
Mucho mas su hermosura, y la servía

De guarda, y de defensa, semejante
A la que la natura oponer suele
En el cepo espinoso dela rosa,
A la mano atrevida, que desea
Apoderarse de ella, y desfrutarla.
Mas el rei, que creia en el delirio
De su impaciente amor, haver la Diosa
De Citera, otorgado sus intentos,
Dia, y noche apremiaba sus deseos
Para satisfacerlos. Mas velaba
El celoso cariño dela reina
La inocente hermosura de Florinda,
I precaber solia su recato
Contra las tentativas amorosas
Del Rei, que qual novillo agarrochado,
Que su dolor espresa con mugidos,
Asi se resentia del sonrojo
De ver desatendidos sus amores.
Mas como el amor mismo cobra fuerzas
Del estórvo, que encuentran sus deseos,
Asi aquel no desiste de su empeño,
Qne ora un medio, ora un otro le sugiere
Para lograr su intento; pero encuentra
Igual estorvo en sus egecuciones.
En esta lucha su impaciente enfado,
Romper quiere con todos los respectos,

Aunque deva ensayàr qualquiera arrojo.
Contiene sin embargo a su despecho,
La idea, que le ocurre, y le sugiere
A culparse a si mismo, como causa
Principal del recato de Florinda,
Por no haverlo cebado de antemano,
Con dadivas preciosas, a que suele
Avasallarse el terco amor del sexo.
No tarda a ver Florinda presentarse,
Los mas ricos productos del oriente
En joyas, y preseas; pero lejos
De recelar los fines de su amante,
En su inocencia, y sensillez las muestra
A sus curiosas compañeras. Estas
Las alaban y miran de reojo
De recatada embidia: ni a la reina
Las oculta Florinda. Pero aquella,
Viendo crecer el riesgo, que corria
La inocente doncella, procuraba
Poner a la pasion de su marido,
Embarazos, y obstaculos mayores.
Pero el amor, que rie delas velas,
I candados de Acrisio, sembrò de oro
El sendero, que al fin, al rei condujo
A sitio cohechado, en donde llega
A sorprender a la doncella sola.

Esta hierta, confusa, y asustada
Al ver ante si al Rei, sin recelarlo,
Qual timida corcilla, sorprendida
En solitario valle, del aspecto
Del lobo, que la asalta, tiembla, y gime;
Asi tiembla Florinda, en los recelos
Que le infundio la reina, y se recata
Dela vista del Rei, el que creyendo
Tener asegurado aquel obgeto
De su ardiente pasion, desvanecida
Vè su tramada traza, con la vista
Repentina de Ersilda, que iba en busca
De Florinda por orden dela reina,
A tiempo sabedora del peligro,
En que incurrir devia la doncella,
I consigue librarla por tal medio.
No se apagan tan presto las lisonjas,
Aunque burladas, del amor. Renacen,
Apesar del enojo, y del despecho.
Fijo el rei en su intento, noche, y dia,
Medita resarcir al primer fallo,
Con mas segura, y acertada traza,
Mas lejos del palacio, y dela Corte,
Donde retoñecian los estorvos.
A este fin èl renueva las ofrendas
De flores y perfumes, en el templo

A Venus erigido en el palacio,
En donde tras los votos le parece
Prometerle la diosa el feliz logro
De su amoroso intento, en el recinto
Dela granja mas proxima a Toledo,
Con el sagaz pretexto dela caza,
A que asistir solia de costumbre
La reina con sus damas, por deporte;
Contiguo a las paredes dela granja
Havia un bosque antiguo, que formabá
Un ameno recinto a la redonda,
De sus añejos troncos, a manera
De un selvatico templo, al que servian
De boveda los ramos delas copas
Entresi enmarañados, y tupidos.
Deliciosa morada en el estio,
Vedada al sol, y a sus ardientes rayos,
Que penetrar en ella no podian;
Mientras las vagas aves, atraidas
Del delicioso ambiente, refugiadas
En sus seguros nidos, recrearlo
Solian con sus cantos, y gorgeos.
En medio de ella un lecho levantado
De blando musgo, y campesinas flores,
Combidaba al descanso dela siesta.
Alli creia el Rei, que Citerea

Prometia otorgarle los deseos
De su ciega pasion, si conseguia
Atraer a Florinda en aquel sitio.
Mas como conseguirlo sin cohecho?
Mas que no tienta una pasion ardiente?
Valerse determina de Delfrida
Amiga, y compañera de Florinda
A quien logra rendir a sus intentos;
I con ella concierta el tiempo, y modo,
Como inducir devia, con engaño,
A Florinda, en ausencia dela Reina,
A disfrutar de aquel selvoso templo.
El aplazado dia dela caza
Despunta en fin. La aurora coronada
De su roseo esplendor, en movimiento
Pone a toda la gente de palacio.
Se ensillan, y aderezan los caballos.
Llevados en la trailla los sabuesos,
Expresan su contento con ladridos.
Dejanse ver en fin el Rei, y Reina
Montados en preciosos palafrenes
I seguidos de muchos caballeros
A la vecina granja se encaminan.
Ya llegados, el Rei ès el primero
A destinar el sitio del ogeo
En busca dela caza. Suena el cuerno,

A que aplauden los perros con ladridos.
Siguenles los monteros, que con ellos
Penetran en el bosque, en que se interna
Tambien la Reina, amante dela caza.
Pero luego que el Rei les ve engolfados
En busca delas fieras, se escabulle,
I corre a rienda suelta acia la granja
I al sitio, en donde conducir devia
Delfrida a la doncella, al sacrificio
De su honor, y decoro. Lo consigue
La traidora Delfrida; y el rei llega
A sorprender las dos, que descansaban
Sobre el mullido lecho; y qual milano,
Que en su rapido buelo se desploma
Sobre la vista presa; asi se arroja
El Rei sobre Florinda. Mas velaba,
Desde el excelso trono del Olimpo,
El destino sobre ella; y como èl rige
Las infinitas suertes, y accidentes,
Que alteran los sucesos dela tierra
De sus pueblos, y reinos, y acarrean
Los bienes, y los males delos hombres,
Contemplaaba, con ceño inalterable,
La funesta pasion del rei Rodrigo,
Como causa fatal de la ruina,
I dela destruccion, que amenazaba

Al reino delos Godos: y apiadado
De los proximos males delos pueblos,
Queriendo diferirselos, y a un tiempo
Ahorrar a Florinda por entonces
El grave ultrage, llama en su presencia
Al primero de aquellos accidentes,
Que suelen impedir deshonras tales;
I dicele; ve luego, y acia el sitio,
En donde el Rei Rodrigo ha meditado
Violar a Florinda, azora, asusa
Al primer javali, que los sabuesos
Levanten en la caza; y se lo impida
En su carrera impetuosa. Parte,
Como rayo lanzado delas nubes,
El veloz mensagero del Destino,
I al ahusmado javali dirige
Al indicado sitio, a donde llega
Al tiempo, en que ya el Rei asegurado
De poseer su presa, se lanzaba
Para impedir, que huyera, sobre el lecho,
En que Delfrida asida la tenia.
Mas les quaja la sangre en en las entrañas
El acometimiento repentino
Dela irritada fiera, que contra ellos
Su curso impetuoso derigia
Con fieros rebufidos. Tiene apenas

Tiempo el Rei, en su pasmo, de ampararse
De uno de aquellos troncos, medio muerto.
Huye tambien Delfrida con Florinda.
No tardan a llegar los cazadores
Los perros, y monteros, que seguian:
El rastro dela fiera. Iba tras ellos
La Reina, que se encuentra con Florinda,
Al tiempo, qué esta en llanto, y desolada
Huia de aquel bosque, y del peligro
A que expuso Delfrida su entereza.
La reina la conforta, y la consuela,
I con sigo a la granja la conduce:
Pero viendo no serle ya posible
Preservar su hermosura delas trazas
De la pasion del Rei, ponerla en salvo
Determina, embiandola a su padre.
Mas como egecutarlo, y conseguirlo,
Sin que el Rei en su amor arrebatado,
Heche de ver la poderosa mano,
Que se atrevio alejarla de la Corte,
I privar a sus ojos dela vista
Del celestial obgeto, por quien diera
El trono, que ocupaba? Ni tampoco,
Como hacerla llegar, desde Toledo,
Asta la playa al Africa vecina,
Donde se hallaba su amoroso padre.

Sin peligro que Rei por el camino,
La sorprenda, y detenga? Mientras luchan
Con estos encontrados sentimientos
Los celosos deseos dela Reina,
Vè no serle posible conseguirlo,
Sin la secreta ayuda, y asistencia
De Tindemaro, tio de Florinda,
A quien dejola el padre encomendada.
Hacele pues llamar secretamente
I asi le dice; Conde, necesito
De luces de consejo, en un asunto,
Que a vuestro honor no menos interesa,
Que al de Florinda, en breve os lo confio.
Hallase el Rei apasionado a grado
Da la rara hermosura de Florinda,
Que tentò por dos veces violarla,
Sin poder conseguirlo. Pero temo;
Que su pasion lo logre tarde, o presto,
Sin que evitarlo puedan mis desvelos;
Mientras Florinda quede a qui en la Corte.
Ausentarla conviene; el solo medio
Que la pueda salvar. Pero recelo
Los transportes del Rei, y sus pesquisas.
Sugeridme algun medio, si os ocurrè,
Para ponerla en salvo, sin peligro.
Grato a la confianza dela Reina,

Le dice Tindemaro; Si deviera
Atender a mis solos sentimientos,
No dudara exponer mi sangre, y vida
Por salvar el honor de mi sobrina,
I arrancarla yò mismo dela Corte.
Mas mientras eludir tentàra un riesgo
En otros incurriera no inferiores,
En tan grande distancia de las playas.
Oigo decir, que el Rei tiene dispuesto
Ir a pasar en Cordova el otoño,
En vuestra compañia; Si asi fuese,
I apresurar pudieseis la partida
Os prometo salvarla sin peligro
En una sola noche, antes que llegue
El Rei a hecharla menos en su Corte.
La Reina aprueva el provido consejo
Del conde Tindemaro, y no dudaba,
Que este obtuviera su atrevido intento
En su llegada a Cordova. Ignoraba
La Reina, que ideado tabalmente
Tenia el Rei Rodrigo aquel viage,
Para llegar mas facilmente al cabo
De su indiscreto, y temerario anhelo;
La desesperacion en que le puso
La perdida ocasion que le ofrecia
Aquel silvestre templo de la granja,

Le recuerda la gruta, en que contrajo
Su pasion a la reina, antes de serlo,
No distante de Cordova, y la escoge
Como lugar mas proprio, y mas seguro
Para obtener su intento, sin estorvos;
Segun los expedientes, y las trazas,
Que forjaba su ardiente fantasia.
Asegurado de ellas, apresura
Su ideado viage, y al fin llega,
Con su Corte, a la gruta suspirada.
Tenia alli dispuesto de antemano
Elegante combite, que devia
Disimular su perfido designio,
Encubierto del gozo, que ostentaba
El Rei de disfrutar, y ver de nuevo
Su predilecta gruta, amenizada
De los diversos cantos delas aves,
Que anidaban en ella. Mas nacia
El encubierto jubilo en su pecho
De la seguridad, que le infundia
La diosa del amor, de ver cumplidos
Sus ardientes deseos, con los medios,
Que havialė la misma sugerido,
Segun en su exaltada fantasia
Se lo ideaba el mismo: Gusta siempre
Hallar, aunque en los Dioses fabulosos,

El amor disoluto inspiradores.
La Reina por su parte, mui agena
De que pudiese ser aquella gruta
El cadalso fatal dela desgracia
Del honor de Florinda, se prestaba
Al placer, y contento, que inspiraban,
En mesas separadas, los manjares,
Aprestados en sitio tan ameno,
Aunque bruteseo, en que se complacia
La real comitiva, en èl unida,
Admirar las labores prodigiosas
Dela naturaleza, que del centro
De un peñascoso cerro, formò un templo,
En un real hospicio convertido.
Mas no prestando para tanta gente,
Oportuno hospedage por la noche,
Aquella vasta gruta, que distaba
Corto trecho de Cordova, lá Reina
Ansiosa de llegar a ella quanto antes,
Para salvar Florinda del ultrage,
Que la pasion del Rei le amenazaba,
Apenas acabada la comida,
Apresura acia Cordòva la marcha,
Sabiendo que ya en ella la esperaba
El Conde Tindemano, resoluto
A sacar su sobrina dela Corte,

En la imediata noche, y a llevarla
Al Africa con sigo a gualquier coste.
Mas los Hados contrarios, al destino
Dela infeliz Florinda, provocados
Dela disolucion del Rei Rodrigo,
Hacen servir las mismas precauciones
Para poner en salvo la doncella,
De mas faciles medios y expedientes
Para impedirlas, y para que al cabo
Sus eternos decretos se cumpliesen,
Sobre la dinastia delos Godos.
Impaciente la Reina es la primera
En ponerse en camino, acompañada
De algunos caballeros cortesanos,
Sin esperar al Rei, que suponia
La siguiese de cerca, con sus damas,
A quienes esperaban las literas
Para seguirla. Mas el Rei ufano,
Al ver, que se hallanaban los estorvos
A su impaciente amor, al cabo lleva,
Rompiendo el freno a todos los reparos,
Su retardado intento, y apresura
El soborno de dos fingidas nimfas,
Cuyo trage llevaban, que salidas
De un secreto recinto dela grutta,
Jnducen con instancias presurosas

A Florinda a seguirlas, con pretexto
De que la casta Diosa de las selvas
Admirar deseaba su hermosura.
I sin dar tiempo, a que se recatase
De aquella adulacion, de los dos brazos
Asenla, y la introducen en el sitio
Donde el Rei la esperaba. Consternada
I atonita Florinda, de la vista
No esperada del Rei, huir intenta,
Mas siendole vedada la salida,
Hecha de ver todo el horror del riesgo,
De su situacion, a que se hallaba
Expuesta su entereza, que al recurso
La obliga de postrarse de rodillas,
I cruzadas las manos, las levanta
Para obligar al Rei, a que desista
De su intento, diciendole temblando:
No querais abusar, señor, os ruego
De mi flaqueza, y de un poder funesto,
Que respetar deviera mi decoro,
I el de mi nacimiento. No se deja
Ultrajar a tal grado impunemente
La hija del Conde don Julian. Sufoca
El Rei, de su pasion arrebatado,
Las voces de Florinda, y sordo, y ciego
A sus vanos esfuerzos, y lamentos,

La sacrifica a su pasion. La gruta
Parecio estremecerse, resentida
De su profanacion. Resonò en ella,
Por la primera vez, el triste canto
Del buho, cuyos ecos repetidos
Pronosticar a España parecian
La caterva de males, que amagaban
La ruina a la goda monarquia.

Canto 7.°

Tenia ya a su grado satisfecha
Su funesta pasion el Rei Rodrigo,
En la que el ciego amor le prometia
La dicha mas cumplida. Pero luego,
O traidoras pasiones de los hombres!
Brotaron en su pecho de repente
El afan, la congoja, y los disgustos
Del arrepentimiento, que taladra
Su carazon, y roe sus entrañas,
Representandole la triste imagen
De Florinda, indignada, y oprimida
Del rencor del oprobrio padecido,
I del ultrage dela flor marchita
De su noble entereza. Estas ideas
Su corazon oprimen, y emponzoñan



A su amor satisfecho, arrepentido
De su temeridad irreparable;
La que le induce a someterse a ruegos,
De si mismo olvidado, y dela excelsa
Magestad de su trono, con lisonja
De aplacar a Florinda, sumergida
En un rabioso llanto. Compelido
De esta lisonja, se presenta ante ella,
I en ademan humilde, asi le dice;
Ora solo conozeo, o viva imagen
Dela divinidad, en que idolatro,
La indignidad del violento afecto,
Que ciego amancillò vuestra hermosura,
Digna de adoracion: Mas estoi pronto
A resarcir mi ultrage. Los honores
Del trono, las riquezas, y los bienes,
De que disponer puedo, aunque tan cortos
A mis deseos, y a vuestra belleza,
De mi dolor, tenedlos por tributo:
I si no bastan ellos, ah! lo veo
Que no pueden bastar, mi sangre, y vida,
Adolarable Florinda, aqui os ofrezeo
Si ellas pueden borrar mi violencia.
Mas Florinda indignada, y oprimida
De su dolor, y sumergida en llanto
Del pudor ofendido, y de verguenza,

Rechaza con despecho las ofrendas
Que le hace el Rei diciendole; devieran
Haveros convencido tantas pruevas
De mi ofendida honestidad, que todos
Esos vanos honores, y riquezas,
I ese cetro, ese trono, y esa vida,
Con que esperais desagraviar mi duelo,
Compensar no podian mi entereza.
Id a brindar con ellos a otras almas,
Igualmente ruines, que la vuestra.
No se aplaca con dones, ni con ruegos
Mi deshonor; dejadme. Solo anhelo
Llegar a la presencia de mi padre,
Tan vilmente ultrajado, a fin que sepa
El peso del agravio, y dela ofensa,
Que han sufrido su honor, y su nobleza.
No pudo la doncella resentida
Tocar mas en lo vivo de su orgullo
Al animo del Rei, postrado ante ella,
Para aplacarla con sumisos ruegos.
Su pasion satisfecha se convierte,
Como suele, en enojo repentino
Que los ultrages de Florinda encienden
En su amargado pecho, como el fuego
Al polvo salnitrado, y le provocan
A un vengativo arrojo en su despecho,

Con que abandona a su resentimiento
A la infeliz Florinda; Que el que ensaya
Una maldad, no puede contenerse
En ella, mas su mismo resultado
Le compele, y le arrastra a otras mayores.
Esto en si, experimenta el Rei Rodrigo,
Tocando con la mano las resultas
Dela violacion dela doncella,
Teniendo alli en la gruta detenida
La demas comitiva dela Reina,
A la que rehusaba en su sonrojo
Acompañar Florinda. Resentido
El Rei de su importuna renitencia,
I temiendo llegasen al oido
De la Reina, sus quesas, y lamentos,
Resuelve detenerla alli en la gruta,
Para llevarla a una ciudad vecina,
I tenerla en arresto, con escolta,
Como al fin lo egecuta, con intento
De precaver la indignacion del padre,
I prevenir con tiempo sus resultas.
Entretanto la Reina, que esperaba
Con ansia, la llegada de Florinda,
Para ponerla en salvo, de concierto
Con su tio, en aquella misma noche,
Oyendo los motivos de su ausencia,

Se abandona al amargo sentimiento
Que le acibàra el corazon, herido
De tan funesto ultrage. Tindemaro
Su tio, que tenia ya seguro
Llevarsela, en aquella misma noche,
Para pasarla en Africa a su padre,
Arrebatado de su fiero enojo,
Del dolor, y despecho, se enfurece,
I se entrega a la rabia, que le incita
A librar a Florinda del arresto,
A riesgo de su sangre, y de su vida;
Y armando aquella gente, que tenia
Ya junta para escolta de su fuga
Con ella se encamina, protegido
Delas tinieblas dela noche, al sitio,
Donde estaba Florinda detenida,
I acometiendo a los que la guardaban,
Pasalos a cuchillo, y se la lleva,
Por caminos, y sendas extraviadas
Para llegar a la primera playa,
Que le pueda ofrecer un pronto embarco.
Descubre en la primera, a donde llega,
Algunos pescadores, que acabada
La saca dela pesca, retiraban
A la playa su barco. A ellos se acerca,
I preguntando por quien era el dueño

De aquel cascado buque, le señalan
A Obar, el mas anciano, a quien con tono
Jmperioso, dispon, dice, ese barco.
Devo pasar al Africa. Admirado
El viejo Obar del tono resoluto
De Tindemaro, le responde; Estraña,
Me parece, señor, esa demanda,
Como de quien ignora, los amagos
Delas olas y vientos, que anegarnos
Pudieran en el golfo. No me importa
Tanto llegar, quanto partir, le dice
Tindemaro; confio a tu experiencia
Mi vida, y mi llegada, en esta bolsa,
Que contiene cien onzas. A su vista
Cede Obar, y dispone de contado
La barca, en que recibe a Tindemaro
I a Florinda con los que la ascoltaban.
Se ven luego erigidas las antenas,
Despleganse las velas, que reciben
Al viento algo propicio, a cuyo soplo
Se alejan al momento dela playa.
En su tetro dolor, y abatimiento
Crecer siente Florinda las congojas,
Que la inconstancta dela mar, y viento
Infunden a su pecho, al paso que ella
Se aleja dela tierra, siempre ansiada

Por los que al mar confian su existencia.
Y ya se hallaba en alto golfo, agena
De verse cortejada delos Dioses
Dela mar, que avisados dela fama,
Querian admirar, y hacer cotejo
De su hermosura, con la dela esposa
Del idèo pastor, que llevò a Troya
Con su fatal belleza la ruina.
A este fin pues, Neptuno acompañado
De Tetis, cortejados de Tritones,
Y de marinas Ninfas, con Proteo,
Se deja ver en su elevado carro.
Sobre èl iba Neptuno en pie, rigiendo
Sus caballos marinos con la diestra,
Apoyado a sus ombros el tridente.
Jba sentada Tetis a su lado,
Adornada de perlas admirables,
Que por cuello, y espaldas le pendian.
En largas sartas; sus curiosos ojos
Puestos todos tenian en Florinda,
La que llamada delos roncos sones
Delas bocinas, que explayar hacian
Por la mar con su aliento los tritones,
Asomòse a la nave, semejante
A la brillante Aurora, amanecida
En dia de apacible primavera,

Que amenizar parece al cielo, y tierra.
Embelesados todos dela vista
Dela hermosa doncella, proseguian
Su hervoroso camino per las aguas,
Quando Proteo, que como adivino
A la nave seguia de mas cerca,
No pudo contenerse, y dirigiendo
A Florinda su voz, asi le dice;
Triste, y fatal aguero te acompaña
O doncella adorable, y desdichada,
Pues acarreas a tu infeliz patria
La destruccion, y la fatal ruina
A su glorioso trono, merecida
De aquel violador de tu entereza,
Que trumfò, con indigna violencia,
De tu noble pudor, con tu desdoro.
O quantos sacrificios de doncellas,
Resarciran el tuyo! Inumerables
Esquadrones de barbaras naciones
Provoca ya el destino a la venganza
De tu honor ultrajado, Ni a tu padre,
Para borrarlo, bastarà la sangre
Delos miseros pueblos degollados,
Ni para sepultarlo, las ruinas
Del trono, ni el incendio delos templos.
Fuè siempre don Funesto la hermosura.

Asi dijo Proteo. Las Deidades
De la mar, satisfechas dela vista
Dela hermosa Florinda, se zabullen
En las olas, y dejan a la nave
Expuesta a la borrasca, que amagaba
El cielo, encapotado de las nubes,
Que a par de excelsos montes, parecian
Disponer el camino a los Titanes
Para escalar el cielo, defendido
De los Dioses opuestos, que contra ellos
Vibraban las centellas, que rasgando
El seno dela nubes, con sus truenos
Hacian retumbar al universo.
Por Inpiter, llamados en su ayuda,
Los enojados vientos, levantaban
La mar embravecida, asta las nubes,
Para tragar los hijos dela Tierra,
Encastillados sobre aereos montes
I para sepultarlos en los senos
Delos abismos, que la mar abria,
Dividiendo las olas, que arrastraban
Tras si el barco, de Obàr, amenezado
De iminente naufragio. Arrepentido
Obàr del oro ricibido, implora
Las Deidades del mar, y delos cielos,
Mientras se afana en recoger las velas,

I a correr la fortuna a palo seco.
Florinda desfallece. El roseo tinte
De su celestial rostro, se convierte
En palidez de muerte. Tindemaro
En vano la conforta. Sus mortales
Congojas, y temores acrecientan,
Las olas, que bramaban, y azotaban
De aquella fragil nave los costados.
Mas no devia perecer entonces;
Reservada el Destino la tenia,
Para mas altos fines. A su soplo
Sosieganse los vientos, y las nubes
Disipadas, al sol dejan el campo
Dela admosfera libre. Su bonanza
La mar recobra; y un propicio viento
Lleva la barca al suspirado puerto.
Jnformado entre tanto el Rei Rodrigo,
Dela sensible fuga de Florinda,
Embia a todas partes mensageros
Para arrestarla. Se lisongeaba
Poder asi impedirle la llegada
Al Africa, y que al padre refiriese
El padecido ultrage. Al mismo tiempo,
Determina embiar un substituto
Al Conde don Iulian, para quitarle
En secreto la vida con el mando.

Impele asi la culpa a una otra culpa.
Indujo al Rei a cometer este acto
De atrocidad la nueva confirmada
De haver llegado, y ocupado Muza,
Con Tarif, sin alguna resistencia,
La Mauritania; y con razon temia
El Rei Rodrigo, que enterado el padre
Dela violacion de su Florinda,
En quien idolatraba, y dela mancha
Jndeleble, que puso a la nobleza
De su ilustre linage, la vengase
Entregando a los Arabes las plazas,
Que le tenia confiadas. Lejos
El Conde don Julian de tal sospecha,
Ocupaba su honor en la defensa
De aquellas mismas plazas, confiadas
A su valor, con el traidor intento
De alejarle de España: quando llega
A herir su oido la increible nueva
De la llegada de Florinda al puerto,
De su tio materno acompañada.
Un tumulto de afectos encontrados
En su pecho suscita de repente
Este improviso aviso, recelando
El mal, que no conoce, y no quisiera
Conocer. Pero el mismo deseoso,

De ver, y de abrazar a su hija amada,
Qualesquiera que fuesen los motivos
De su venida a Tingis, corre al puerto
I en sus abrazos desahoga el gozo,
Que le infunde su vista no espeɹada,
En parte contenido delas dudas,
En las que los motivos ignorados
De su venida le tenian. Crecen
Sus confusas sospechas, advirtiendo,
En el celestial rostro de Florinda,
El triste asomo del dolor, que teme
Descubrir la congoja, que lo oprime.
No de otro modo, el que reconvenido
De involuntaria culpa, aunque se esfuerza
Tenerla oculta, le hace a pesar suyo
Traicion el semblante, a que se asoma
La aleve turbacion, que la descubre.
Que es eso, hija adoraba, exclama el padre;
Que estraña novedad acà te trae?
Pues si me entrego al gozo, al verte salva,
Me asusta ese silencio, que me guardas,
Con asomo de llanto, en el momento,
En que el filial amor pareceria
Dever desahogar su ardiente afecto,
Con tiernas expresiones de alborozo.
Mas que veo? sollozas, hija mia,

I no te explicas? Para que tenerme,
En tan funesta duda? Toma entonces
La palabra su tiò Tindemaro,
I dice al Conde don Julian; Calmaos,
Por un poco. El lugar no nos permite
Sepais, lo que conviene, que os refiera
En vuestra casa, y en secreto. Vamos.
Confuso, y consternado, se encamina
Acia su casa el Conde, con Florinda,
I Tindemaro, con a[illegible]so paso;
I ya llegados, en secreta estancia,
Se encierran, y asi dice, Tindemaro;
Lo que el pudor recela, que se sepa,
I que lo sepa un padre, no es posible
Lo sepais de vuestra hija. El parentezeo
No me dispensa del sensible encargo
De daros tal noticia, y no conviene,
Que os la difiera, Conde; pues se trata
De vuestro honor, y vida, amenezada
Por el Rei, que, abusando, delos fueros
De su poder, en su libertinage
Barbaramente violò a vuestra hija..
No mas; no mas, al oir esto, grita
Levantandose el Conde del asiento
I discurriendo por la estancia, el rostro
Se arañaba, y meciase el cabello



Como un furioso loco, y exclamando,
O furor! O despecho! Mis entrañas
Despedazais. Saciaos en mi pecho;
Devorad mi deshonra. Acorred, Furias
Del Averno acorred en la defensa
De mi honor ultrajado, y sed ministras
Dela venganza, que esperar no puedo,
Sino de mi furor, y de mi rabia.
Todo se arriesgue, Tindemaro. Caiga
A pedazos el cielo, se dest[illegible]a
El universo. Nada, nada basta
Para vengar mi honor, por mas que vea
Aniquilado el trono, y al tirano
Bajo de sus ruinas sepultado.
Todo el horror conozco solo ahora
De su maldad, en esta infame carta,
Que acaba de entregarme el substituto,
Que llegò ayer, para quitarme el mando,
I la vida talvez. La carta es esta,
(Que el muerde con furor, y con los dientes
La despedaza). Mas prevenir devo
Mi ruina total, añade luego;
Ante todo conviene me asegure
Del infame sugeto, que èl embia
Para quitarme el mando. Està en mi mano
El poder toda via. Por el deve

Comenzar mi venganza. Esto diciendo,
Ausentase con paso violento,
I encarga a Tindemaro le esperase.
Mas no tarda a bolver, teñido el rostro
Dela rabia, y furor, que le enagenan,
I a Tindemaro dice; un sacrificio
Tengo resuelto hacer a la Venganza;
Este sera el primero. Existe un templo,
De esa Diosa, agui cerca, segun fama
Erigido por Mario, con su estatua,
Que con el brazo, levantado en alto,
Que hoi le falta en gran parte, manifiesta
Que empuñaba un enchillo, con que a Sila
Amenazaba muerte. El ara existe
Sacrificar tengo resuelto en ella
Al embiado, en vez del que le embia,
Para que en su lugar le represente.
Estan ya convocados mis amigos,
Que deven asistir al sacrificio,
I jurar su venganza contra el torpe
Ultrajador demi linage y sangre.
No podeis despensaros, Tindemaro,
De asistir vos tambien, ni vos Florinda,
Devemos jurar todos la venganza.
Vamos pues; està todo ya dispuesto.
Apenas esto dicho, se encamina

Al templo, con Florinda, y Tindemaro,
Y àlli en presencia delos convocados,
A pesar de los gritos, y denuestos
Del Embiado por el Rei Rodrigo,
I con que reclamaba sus derechos,
Acia el altar arrastrale el verdugo
I le degnella en el. Corre la sangre
Por el suelo; y en ella, los presentes
Tiñiendo sus aceros, juran todos
Vengar a costa de su sangre propria
El vitrage del Rei. El Conde entonces,
Tomando la palabra, asi les dice:
Veo en vuestros semblantes aturdidos,
El horror, qua os infunde ese cadaver,
Por mi sacrificado a la Venganza,
De mi honor, de mi sangre, y de mi nombre.
Mas puede compensar tal sacrificio
Mi padecido ultrage? No; tampoco
Lo puede resarcir la sangre, y trono
De aquel nuevo Tarquinio. Ni me basta,
Como a Bruto bastò, la expulsion sola
De los muros de Roma, del tirano.
Fuera compensacion sobrado leve,
De ofensa tan horrible. La ruina
De su trono, su sangre, el exterminio
De sus reinos, y pueblos, podran solo

Borrar dela memoria delos hombres
Mi deshonor, y su execranda infamia.
Lean los venideros en las frentes
Delos futuros siglos mi descargo.
No vendio el Conde don Julian su patria
La vengò de un tirano en su ruina.
El cielo a mi venganza ofrece el brazo
Del Miramamolin. Determinado
Tengo ya de invocarlo. Hàn precedido
A su llegada sus dos fuertes gefes
Muza, y Tarif, que tienen ocupada
A toda la vecina Mauritania.
Voi a tratar con ellos dela entrega
De todas estas plazas tingitanas,
Que confiò a mi honor, el que ultrajarlo
Queria por tal medio. El que quisiere
Entre vosotros, serme compañero
En mi resolucion, con migo venga.
Tengo arrojado el dado. Todo deve
Ceder a mi feroz resentimiento.
En este interesados sus amigos,
Embainan sus aceros, y le siguen.

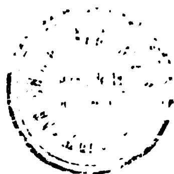
Canto 8.°

Despues que inutilmente el Rei Rodrigo
Quiso impedir la fuga de Florinda
Y su llegada al Afriga, quedaba
A su resentimento la lisonja
De impedir las fatales consequencias
De la venganza de su fiero padre,
Embiandole luego el substituto
Que le quitase el mando con la vida.
Pero no tarda a recibir la nueva
De la muerte de aquel, sacrificado
Por el Conde a su honor, y a su venganza,
I haverse declarado su enemigo,
Cerrandole los puertos, para darlos
En poder delos Arabes. Conoce
Ya tarde en su despecho, las funestas
Consequencias, y el triste resultado
De su ciega pasion, que semejante
A un sueño disipado, que no deja
Sino vano recuerdo de si mismo,
O qual llama apagada, que no deja
Sino de su chamuzco negro rastro,
Su corazon oprime. Sus congojas
Se acrecientan, oyendo que la viuda
Del Rei Vitiza, huida de Toledo,

Con sus dos hijos Sisebuto, y Ebas
Sostenida de muchos partidarios,
En Merida tenia levantado
El estandarte dela gran rebuelta
De que se hizo caudillo Susenando.
Este muerto Vetiza en el torneo,
Viendo ya proclamado el Rei Rodrigo,
Temiendo su venganza merecida,
Escapò de Toledo; y refugiado
En sus nativos montes, con no pocos
Tesoros adquiridos, tuvo tiempo
De concebir, y de poner por obra
La rebelion, en nombre delos hijos
Del Rei Vitiza, a quienes usurpada
Tenia la corona el Rei Rodrigo.
Viendo pues Susenando, que no pocos
En algunas ciudades, se mostraban
Dispuestos a seguirle en su designio,
En favor delos hijos de Vitiza,
Tienta inducir la viuda Sigileda
A dejar el retiro, en que se hallaba,
Con sus dos hijos, y a mostrarse al pueblo,
Dispuesto a protegerla con las armas,
I a reponerla en el perdido trono.
Tentada la indiscreta Sigileda
Delas instancias, e importunos ruegos.

Del ambicioso Susenando, cede.,
I se deja llevar del atractivo
Del resplandor del trono, y su grandeza,
Que no pierden jamas sus alicientes.
O quanto mas dichosa ella se hallaba
En su estado, infeliz en apariencia,
Con sus dos hijos, en el quieto asilo
De sus montes, y selvas, bajo el trage
Humilde de pastores, con que Ervigio
Les tenia ocultados a los ojos
De la Ambicion, y a las temibles miras
Del Rei Rodrigo! Quan tranquilos sueños
Eran los suyos, quan apetecibles,
I sabrosos les eran los manjares,
No comprados, que Pales, y Pomona
Que con el dios Silvano, y con Vertumno
Les tributaban, como a humildes Reyes
De sus ganados, y maternos montes
De sus selvas, y pastos ignorados,
Esentos de cuidados, y peligros!
Mas quien hai que conozca, ni que aprecie
Los verdaderos bienes dela vida?
Fue siempre aborrecida la pobreza,
I todo estado humilde despreciado,
Dela sobervia, y vanidad del hombre.
Que aspiran a elevarse, y distinguirse

De todos los demas. Ni el que ha nacido
En un estado ilustre se acomoda
Facilmente a un estado escurecido.
Asi pues inducida Sigileda
Delas vanas lisonjas, y promesas
De Sisenando, conducir se deja
Del son delos tambores, que a la gente
Incitaba a las armas. Los tesoros,
Por aquel adquiridos, los arriesga
A esta temible empresa, con lisonja
De bolver a reinar, como lo hacia
Bajo Vitiza. Vense arder las fraguas,
Resuenan los ayunques. Se convierten
En mortiferas armas los arados,
I demas instrumentos de labranza.
La rebelion a cara descubierta
Encuentra partidarios, y sequaces
Bajo de sus vanderas. Se declara
Caudillo Susenando, mas en nombre
Del mayor delos hijos de Vitiza,
Que a Merida conduce con la madre.
Se declaran entonces las cindades
De Aràbica, de Oreto, y de Asidonia,
Con Italica, y Basti, y otros pueblos.
El Rei Rodrigo, como quien dispierta
De un profundo letargo, que le tiene



Consternado, se entrega a la congoja,
Que le angustia, como si ya sintiese
Vacillarle en las sienes la corona.
Mas como aquel, que saca del peligro
En que se vè, forzoso aliento, arroja
El temor, y desidia, en que asta entonces
Entregado a placeres le tenia
La larga paz, sin armas, sin soldados;
Juntar resuelve aquellas pocas tropas
Que tenia esparcidas por el reino,
Y acometer con ellas determina
A los rebeldes, antes, que pudiesen
Cobrar mayores fuerzas, y osadia.
Mas falto de experiencia, y de egercicio
Militar, recelando que la empresa
Se malograse, sin un diestro gefe,
Determina llamar a don Pelayo,
Que despues dela buelta delas Galias
Viendo el gran desconcierto del gobierno
Del Rei Rodrigo, y que reinaban solo
Los vicios, y pasiones en la corte;
Con la Disolucion delas costumbres,
Resolvio retirarse con Gundrico
A sus nativos montes de Cantabria;
I alli esperar con èl, lo que el Destino
Tenia de èl dispuesto, si era cierto

Lo que pronosticole Gundemaro.
Mas rindiendose en fin a las instancias
Del Rei Rodrigo, admite el nuevo cargo
De sosegar los pueblos reboltosos,
Mientras el Rei con sus mejores tropas,
En quienes confiaba, se encamina
A poner sitio a Merida, cabeza
Del gran levantamiento, con lisonja
De tener en sus manos Sigileda
Con sus hijos, y al gefe Susenando,
Autor dela rebuelta. Ya la fama
Havia divulgado por la España
Las ilustres acciones, y el renombre,
Que con ellas se havia grangeado
En las Galias el fuerte don Pelayo.
Ora la misma fama, con motivo
De haverle confiado don Rodrigo
El mando delas tropas, destinadas
Contra los sublevados, acrecienta
Su merito, y renombre, y le grangea
El amor, y entusiasmo delos pueblos,
Que le rinden las armas con su afecto,
I por su Rei reconocerle quieren,
Rehusando por tal al Rei Rodrigo.
Recibe don Pelayo estos accentos
Con ademan de indignacion, y pone

Sus mayores esfuerzos, y su empeño
En sufocarlos, como tan opuestos
A la firme honradez, y a la entereza
De sus incorruptibles sentimientos.
Esto mismo declara con ahinco
A las otras cindades levantadas,
Que le abrian las puertas, y mostraban
La misma propension; bien lisongera,
Para quien la recibe, sin sospecha
De haverla pretendido. Es atributo
Dela sola virtud, ganar las almas
Con su adorable aspecto. Se someten
Los pueblos a la fuerza, quo no gana,
Ni conquista jamas los corazones.
Mientras asi extendia don Pelayo
Su gloriosa conquista, el Rei Rodrigo
Adelante llevaba el largo sitio
Dela cindad de Merida, resuelto
A sembrarla de sal, sile oponia
La menor resistencia. En esta solo
Su salvacion ponia Susenando,
Siempre siniestramente aconsejado
De su ciega ambicion, solo ceñida
A los excelsos muros de una plaza
Erigidos por brazos de Romanos.
Asegurado en ello, menosprecia

La intimacion del Rei, y defenderse
Resuelve asta la muerte: con que obliga
Al Rei a darle asalto. Aunque se hallaba
Aquel sin artificios suficientes
Para poner por obra aquel intento,
Sin embargo tentarlo determina
Con solas las escalas, y el esfuerzo
De sus soldados, los que ya dispuestos
Entorno dela plaza, sonar oyen
Las trompas los tambores, y clarines
Que les incitan a ocupar los fosos,
I arrimar las escalas a los muros.
Contra èstos apechugan con ahinco,
Acompañado de altos alaridos,
Mientras, que los sitiados desde arriba,
Con no menores gritos les reciben,
Desplomando sobre ellos toda especie
De instrumentos mortiferos, y pesos
Que machucan escalas, y soldados,
Haciendo aquel asalto infructuoso.
Hecha luego de ver el Rei Rodrigo
La gran perdida, y daño delos suyos,
Que a desistir le obliga del asalto.
I a retirar la tropa. Mas tenia
Dispuesta Susenando una salida,
I egecutarla manda. Los soldados

Del Rei acometidos por la espalda
Se entregan a la fuga. Les acosa,
Haciendo riza en ellos, Susenando,
I buelve a la ciudad, llevando en triunfo
A muchos prisioneros, y vanderas.
Esta sufrida perdida exaspera
Al animo dal Rei, que no por eso
Desiste de su empeño, mas se obstina
En conseguir su intento, acometiendo
Los muros con arietes, y torres,
Que le facilitasen la victoria.
Ve Merida sus fertiles campiñas
Arrasadas, y en maquinas de guerra
Transformadas su selvas, en que ocupa
El Rei a sus soldados. Entretanto
Le llega la noticia apetecible
De haver apacignado don Pelayo
Las ciudades rebeldes, sin apremio.
Quan grata era esta nueva al Rei Rodrigo,
Tanto mas disgustosa sela hacia
La sumision de aquellos mismos pueblos
Que por su Rei querian aclamarle;
Por mas que don Pelayo deshechara
Sus votos, ofensivos a los fueros
De un legitimo Rei. Este disgusto
Faltaba a tantos otros desaciertos

Del Rei Rodrigo, que la entrada diese
En su pecho, a los celos embidiosos,
Contra quien acababa de rendirle
Los pueblos sublevados. Pero nunca
Aprecian los monarcas los servicios,
Que pueden asombrarles. Semejantes
Las pasiones del hombre, en sus embates
A las olas del mar que se suceden
Las unas a las atras, y se absorben,
Segun que predominan las mayores:
No de otra suerte el corazon humano
Siente que se suceden sus afectos,
Los unos a los otros; y que todos
Ceden a los que mas les predominan.
No supo resistir el Rei Rodrigo,
A pesar del amor, que don Pelayo
Le merecia, al importuno asalto
De los celos, que alfin le determinan,
Con pretexto del sitio, y de su ayuda
De que necesitaba, a dispensarle
De mando delas tropas con que el mismo
Halvia apacignado las ciudades.
Hechò de ver la traza don Pelayo.
No se puede ocultar enteramente
La disimulacion, y mal la encara
Un animo sincero, y generoso.



Mas para asegurarse mayormente
Del animo de Rei, viendose ocioso
En aquel lento sitio, le suplica,
Le permita bolver a su Cantabria,
Donde sus intereses le llamaban.
El Rei selo concede y don Pelayo
Sin dudar mas dela desconfianzà
Del Rei para con èl, partc al instante
Con Gundrico y le deja embarazado
En aquel largo sitio, que exigia
A un gefe de talentos militares,
De que el Rei carecia enteramente.
Pero el astuto Susenando, atento
A quanto acontecia en los Reales,
Donde tenia muchos partidarios,
Con quienes por señales se entendia,
Luego que supo haverse don Pelayo
Ausentado del Rei, no sin motivo
De nacido disgusto, ignorar finge
Su ausencia; pero come si estuviera
Alli en el campo con el Rei, resuelve
Servirse de dos hechos prisioneros
Para embiarles al Real, y en nombre
Delos hijos, y viuda de Vitiza,
Prestasen omenage a don Pelayo,
Como Rei, y rindieranle la plaza,

De que medios estraños impensados
El destino se sirve en sus designios
Para llevarlos a sus fines! Luego
Que el Rei ricibe el desleal mensage
De aquellos prisioneros, injurioso
A su real persona, quanto honroso
A don Pelayo, se enfureze, y manda
Cortarles las cabezas; a la vista
Delas murallas, y vengar en ellos
La injuria recibida. Conducidos
Al suplicio, por mas que eran soldados
Del mismo Rei Rodrigo, y prisioneros
De Susenando, pide el uno de ellos,
Teuda llamado, hablar al Rei, y ofrece
Entregarle la plaza, si le otorga
La gracia dela vida. El Rei oido
Aquel tan apreciable ofrecimiento,
Asegurarse quiere de èl, y manda
Traer al prisionero en su presencia
Llevado este ante el Rei, asi le dice;
Soldado vuestro soi, Señor, y sigo
Vuestra vanderas, y uno delos muchos,
Que hace poco, quedamos prisioneros
En la salida dela plaza. Vime
No se porque, ni como, destinado
Por Susenando, a dar el omenage

A don Pelayo, y a reconocerle
Por Rei, y hacerle entrega dela plaza,
En nombre delos hijos de Vitiza,
Crei merecer premio en vez de pena
I pena dela vida. Mas sin duda
Quiso de mi servirse vuestra suerte,
Para ganar a la ciudad sitiada,
Si vuestra misma suerte favorece
La egecucion de mi leal designio,
Que voi a proponeros. Ei Rei quiere
Que lo proponga, y èl asi prosigue;
Con motivo de hallarme encarcelado
Con otros prisioneros en los bajos
De un antiguo edificio, junto al muro
Dela ciudad, hechè de ver acaso
En una cava, un arco, que cegado,
Monstraba haver servido en otro tiempo
A la ciudad, o de desaguadero,
O cosa semejante; y tener deve
Salida al foso externo dela plaza.
Harè experiencia de ello, y si consigo
Verificar del todo mis sospechas,
Merida sera vuestra. Alborozado
El Rei al oir esto, poner manda
En libertad a Teuda, y le promete
Honores, y riquezas si consigue

Salir con su designio. No dudaba
Susenando que fuese al Rei sensible
Su injurioso mensage, y por lo mismo,
No se quiso valer delos soldados
De su partido, sino delos ganados
Prisioneros, afin que lo llevasen,
Sin peligro de verles maltratados,
Suponiendo no verles mas de buelta
Puestos en libertad. Mas luego que oye,
Que bolvian los dos maniatados,
Curioso del despacho, que traian,
Comparecer les manda en su presencia.
Ante èl llegado el advertido Teuda,
Asi empezò a decir; Señor, ahora
Solo podemos respirar del todo,
En plena libertad; libres del riesgo
Del suplicio, a que el Rei exasperado,
Nos condenò, por el odioso encargo
Que de vos recibimos. El aspecto
Terrible dela muerte, sugiriome
Pedir al Rei indulto dela vida,
Con promesa, señor (ah! Me horrerizo
De proferirlo, mas a pesar mio
Lo devo confesar) de asesinaros.
La vida me ha valido esta promesa;
Mas la diera, señor, de buena gana.

Antes que cometer maldad tan grande;
Aunque solicitado con promesa
De riquezas, y honores, si lo complo.
I para mas disimular la empresa,
Nos hizo atar, como lo veis, con arte,
Para quitar al hecho la sospecha.
Hacesele creible a Susenando
El discurso de Teuda, que llevaba
Visos tan seducentes, y plausibles;
Mas en vez de premiarle, se contenta
De mandarle quitar las ataduras,
I de dejarle entre sus compañeros.
Esta la causa fue de su ruina.
Tanto importa a las veces, y conviene
Ser generoso a tiempo. Asi al contrario,
Mas confiado Teuda en las promesas
Del Rei Rodrigo, tienta con los otros
Prisioneros, cavar aquel terreno,
En que suda su empeño; y no dudando,
Que pudiese a la fin verificarse
Su presumcion, embia al real campo
La señal, que tenia concertada
Con el Rei de antemano; el que advirtido,
I asegurado de ella, rebosando
Su corazon de jubilo, destina,
Diez vandas de soldados, que abrigados

De las tinieblas dela noche, esperan
El aviso de Teuda, a fin que puedan,
Por el mismo conducto, introducirse
En la ciudad, y asi ocupar por dentro
Las principales puertas, a que acerca
El Rei mismo en persona, por de fuera
Todos sus esquadrones. Susenando
Confiado en la alteza delos muros,
I abandonado al sueño, no podia
Sospechar ni temer aquel asalto;
Mas de repente rompen el silencio
De la noche los sones militares
I los furiosos gritos, y alaridos
Delos soldados, que en la ciudad entran
Como lobos ambrientos, y las calles
Como un torrente inundan, y acometen
Las casas, y a sus tristes moradores,
I en ellos ceban su codicia, y saña
Sin distincion de edad, de estado, y sexo.
Aumentan las tinieblas el espanto,
I el terror, que se esparcen por el pueblo,
Confundidos las gritos victoriosos
Con los lamentos, y los alaridos
De mugeres de ancianos, y muchachos,
Que imploran la piedad, y la clemencia
Del fiero vencedor, que no la tiene,



I que pasa a cuchillo quanto encuentra.
En vano el Rei Rodrigo, asegurado
Dela victoria, corre por las calles
A caballo, vedando la matanza;
Vivo o muerto, queria a Susenando
I presos los dos hijos infelices
De Vitiza, y la viuda Sigileda.
Mas Susenando apenas dispertado
Por sus deudos, y amigos, que se ofrecen
A defenderle, conociendo cierta
Su desgraciada suerte, asi les dice;
Es vano todo auxilio, amigos mios;
Veo ya decidido mi destino.
Pudiera como fuerte ir a ofrecerme
Al enemigo acero, combatiendo.
Mas en vez de morir, quedar pudiera
Prisionero en las manos de un tirano.
Quien prefiere la muerte a la ignominia,
Asegnrarla deve con sus manos,
I privar del placer de la venganza
Al que a ella reservarme deseara.
Es vil aquel temor, que nos incita
A esperar en la vida; Mas con esta
Todos nuestros azares solo acaban.
Esto dicho, la punta de su espada
Aplica al pecho con sereno rostro,

I apechugando en ella contra el suelo
Cae en èl traspasado; con la sangre,
Huye el alma aburrida de su suerte,
El Rei asegurado de su muerte,
Como dela prision delos dos hijos,
I viuda de Vitiza, no difiere
Contra ellos su venganza. Mas apenas
Recobra la ciudad, ya sosegada
Despues dela matanza, y del saqueo,
Manda erigir en medio dela plaza
El funesto cadalso, destinado
Para todos lo reos principales
De aquella rebelion. No tardò a verse
La Reina, enfeliz viuda de Vitiza,
Derribada del trono, conducida
Por los soldados, a la muerte, a vista
Del consternado pueblo, que plañia
Su lamentable suerte; Por horrible
Que sea un espectaculo, no deja
De empeñar siempre los curiosos ojos
Del pueblo, aunque indignado; que veia
A la desventurada Sigileda
Conducida al suplicio, sin aliento
Para arrastrar su pasos al cadalso
Tendidos sus cabellos sobre el rostro,
Por el terror dela pasada noche,

Dejando apenas entrever al ojo
La tetra palidez de que teñia
El horror dela muerte sus megillas,
I en sus ojos quajado el mortal llanto.
Seguianla sus hijos inocentes
Ebas, y Sesebuto, con las manos
Sugetas al cordel, que las tenia
Cruzadas sobre el pecho, sin valerles
Su tierna edad, esenta de reato,
Para eximerles dela cruel muerte,
A que eran conducidos, arrancando
Las lagrimas del pueblo su inocencia
Consternada, y atonita del miedo,
I del dolor de su tembrana muerte.
A su vista la madre, ya llegada
Al lugar del suplicio, sin poderles
Abrazar, por postrera despedida,
Espresò su dolor, alzando al cielo
Sus casi hiertos ojos, en el acto,
En que el verdugo, puesta de rodillas,
Le inclinò la cabeza, y descargando
Sobre su real cuello la cuchilla,
La separò del busto. Mas apenas
Consumado el suplicio dela madre,
Hechò mano el verdugo, no sin duelo,
Del mayor delos hijos de Vitiza,

Para darle tambien la misma muerte,
Prorrumpe el pueblo en tales alaridos,
Pidiendo por èl gracia al soberano,
Que si la fuerza no lo contuviera,
Su compasion la huviera conseguido.
Tal era su destino, pero siempre
Recaen en los hijos desdichados
Los desaciertos de sus padres. Sombra
De Susenando, si, te invoco. Acude
A ser testigo dela aciaga suerte
A que indugiste a una real familia.
Mira el triste, y fnnesto resultado
De tu ciega ambicion, de que tu mismo
Fuiste tambien la vietima oprimida.
O quanto mas feliz, y apetecible,
I mas segura, y dulce, era la vida,
Que llevaban los hijos de Vitiza,
Aunque obscura, y humile en apariencia,
Siguiendo sus ganados por las selvas,
Que aquella que pudiera prometerles
El importuno fasto en la grandeza,
I el resplandor del trono, de que apenas
Pudieron engreirse en su inocencia.
Huvieran disfrutado sin desvelos,
Sin amargos cuidados, y disgustos,
Los pasageros dias dela vida,

Que come sueños vanos se disipan.
A la sombra apacible delos bosques,
Huviera compensado la natura,
La embarazosa pompa de la Corte,
Con la frondosa, y hechicera, que ella
A los ojos ostenta en las campiñas,
En los montes, y valles, y en las selvas
Amenizadas delos varios cantos
Delas aves, que libres las recorren.
Huvieran a sus sombras disfrutado
La vista de sus placidos ganados,
Por ellas esparcidos, debolviendo
El eco de los valles provocado,
Del son de sus suaves caramillos.
O bien siguiendo a sus leales perros,
Tras el gamo en la caza, o del venado,
Dividieran el ocio dela vida,
Con estos apacibles egercicios;
I a la dicha embidiable de su estado,
Talvez pusiera el colmo la hermosura
De alguna delas ninfas montesinas,
Que empeñase su afecto, y la memoria
Les borrase del Trono, y Real cetro
De que les despojò su adversa suerte.

Canto 9.°

Satisfecha la barbara venganza
Del Rei Rodrigo en las funestas muertes
De los hijos, y viuda de Vitiza,
Y en las cabezas de otros principales
E ilustes conjurados, descargarla
Quiso tambien en todas las ciudades
Que el partido abrazaron de Vitiza.
Vieron asi arrasadas sus murallas
Ilici, Basti, Arabica, Asidonia,
Britonia, Oreto, Italica, con otras
Principales ciudades, que quedaron
Privadas de defensa, expuestas todas
A la invasion del enemigo acero,
Que quisiese ocuparlas, con designio
De impedir otras nuevas rebeliones.
Mas era su destino, y el de España,
El que hacia servir los desaciertos
Del mismo Rei, para hallanar las sendas
A la victoria barbara, ceñida
Del turbante arabesco, armado el brazo
De sarracena cimitarra, pronta
Para rendir, y avasallar los pueblos
Mas facilmente al otomano imperio.
No quedaba por eso descansado,

El animo del Rei. En èl clavado
Llevaba el dardo del resentimiento,
I traicion del padre de Florinda,
I las provincias de Africa perdidas,
Que recobrar quisiera, antes que en ellas
El Sultan asentase su dominio,
I le abriesen el paso para España,
Que por antigua tradicion devia
Someterse a su imperio. Confirmaba,
En tal temor al pueblo, el vaticinio,
Sin saberse su autor, que designaba
A un edificio antiguo, abandonado
A manera de templo, que encerraba
Una arca, y dentro de ella a una pintura,
Que retrataba los estraños trages
Y las diversas armas delas gentes.
Que conquistar devian toda España.
Esta opinion del pueblo, le tenia
En temor, y respeto de aquel templo,
Abandonado al tiempo, sin que nadie
Se atreviera indagar de por si solo,
La verdad del cundido vaticinio,
Ni era tampoco facil a qualquiera
Entrar en èl ni menos acercarse,
Hallandose cegados sus accesos,
Por manos delos siglos, con maleza

De zarzales, y agudas cambroneras.
Era solo seguro, y quieto asilo
De las aves nocturnas, y campestres,
Que anidaban en èl, y que a los ojos
Del vulgo, parecian en su buelo,
Aves de mal aguero. Mas movido
El animo del Rei de aquellas voces
Dela opinion del pueblo, intolerante,
Qual lo era en sus deseos, determina
Penetrar en el templo, y acertarse
De la verdad del arca, y delos trages,
I gente, que expresaba la pintura.
Esto resuelto, ponelo per obra
A vista del concurso dela gente,
Que curiosa de aquel estraño hallazgo,
Acudia a enterarse por sus ojos,
No sin temor de verlo confirmado.
Mas devian abrir primero el paso
Los muchos operarios, empleados
En excavar, y desrozar la tierra
Dela densa maleza, no sin miedo,
De verse acometidos de algun trasgo,
O fiera, que en el templo se abrigase.
Llegan en esto a descnbrir acaso,
Una gruta contigua al mismo templo,
Y teniendo su entrada despejada,

Seles asoma una feroz sespiente,
Que arrojando silvidos entre llamas
Pone a todos en fuga. El Rei presente
No menos asustado, no por eso
Desiste de su empresa. Pero viendo,
Que nadie se atrevia a sostenerlo,
Determina valerse dela tropa,
Que por punto de honor en si sufoca
O disimula el miedo, de ella indigno.
Ella penetra en la temible cueva,
Donde acocota a la feroz culebra,
Y la entrada asegura al Rei curioso,
Que armado de rodela, y dela espada,
Seguido, de sus muchos cortesanos,
Penetrar quiere, en ella, y enterarse
Dela verdad dela pintura, y arca.
Pero qual fue su pavoroso asombro,
Quando entrando en el templo, sobre el ara
Descubre el arca? Esaminarla quiere,
Y hallandola cerrada, sin indicio
De llave, o de cerrojo, manda abrirla.
En espanto su asombro se convierte,
Al descubrir el lienzo, en que recelan
Poner todos sus manos, no dudando
Ver ya verificado el vaticinio.
Pero impelido el Rei delos deseos

De su curiosidad, es el primero
A tomarlo del arca, y a los ojos
Lo desenrrolla de sus cortesanos
Que ven delineadas las figuras
I trages delas gentes, con letrero
Abajo que decia; Estos el trono
Ocuparan de España con sus reinos.
Todos quedan pasmados, y aturdidos,
Viendo ya confirmada el vaticinio;
I el Rei como de rayo repentino
Herido, queda átonito, y privado
Del uso de razon, y de sentidos;
Ausentase del templo, y se abandona
A un tetro abatimiento, que le oprime
Ni admite algun alivio, ni consejo.
La vista evita de sus cortesanos,
Ni a las solicitudes dela Reina
Se presta, ni a sus ruegos cariñosos.
En las solas tinieblas se complace
De su retiro, en que se esconde, y donde
Prorrumpe en maldiciones, y blasfemias
Contra si mismo, y contra el traidor Conde,
I contra su pasion desenfrenada,
Que a su fatal ruina le conduce.
En tal estado de afliccion, rehusa
Prestarse a los asumtos de su reino,

Que no puede arrostrar, y que abandona,
A las combinaciones dela suerte,
Que no puede evitar. Asi su reino,
Semejante a una nave sin piloto,
Que la rija, sentia el desconcierto
De su administracion, especialmente
En la funesta entrega delas plazas
Del Africa, ocupadas por las tropas
Del Miramamolin, sin que el monarca,
En su enagenamiento, se acordase
De poner en defensa sus estados.
La Reina entonces, viendo deshechadas
Sus representaciones, recelando,
Que los Grandes del Reino, disgustados
Del enagenamiento del Monarca,
Tomasen el partido violento
De deponerle, y de nombrar a un otro
En su lugar; pues la nacion entera,
Mostraba tener puestos de antemano
Sus ojos, y su afecto en don Pelayo,
Llamar a este resuelve, y darle el mando
Del egercito, ó bien de aquellas tropas,
Que entonces existian, cuyo aumento
Hacialo del todo necesario
La entrega delas plazas Tingitanas
Que hizo a Tarif el padre de Florinda,

Para vengar su honor amancillado.
Pero como inducir a don Pelayo,
Retirado en Cantabria, y resentido
Con el Rei, a tomar de nuevo el mando
De aquellas mismas tropas, que quitado
Le havian sus recelos? Mas cediendo
A las solicitudes dela Reina,
I al riesgo que corria todo el Reino,
En el funesto estado de abandono
En que el Rei lo tenia, amenazado
De proxima invasion; al fin resuelve
Dejar sus patrios montes, que el refugio
Devian ser delos fatales restos
De la nacion en su total ruina.
Apenas se divulga por el Reino
La buelta del ilustre don Pelayo,
Encargado del mando delas tropas,
Los pueblos con transportes de contento,
Mostraban el aprecio, y el concepto
Que puesto en èl tenian, y a porfia,
Corrian a ofrecerse a sus vanderas.
Mientras pues don Pelayo se empleaba
En reparar las plazas, y en ponerlas
En el mejor estado de defensa
I atiende al mismo tiempo a formar tropas,
I aumentar al egercito, y armarle,

Para que encarar pueda la grandeza
Del iminente riesgo, que le amaga
El Conde don Julian; Èste resuelto
A llevar adelante su venganza,
Despues de haver sacrificado a Ubaldo,
Por el Rei embiado a sucederle,
I a quitarle la vida con el mando,
Quiere hacer a Tarif solemne entrega
Delas plazas que entonces gobernaba.
A este fin informado, que se hallaba
En Utica Tarif, quiere ir a verle
Para escusar su desleal arrojo,
Antes de cometerlo. Recibido
El aviso del Conde en su llegada,
Admitele Tarif en su presencia.
Le acata el Conde don Julian, y dice;
No vengo a entreteneros, gefe ilustre,
Del indeleble ultrage, cometido
Contra mi honor, y sangre. Interesaros
Deve poco una ofensa recibida
En deshonor particular; mas deve
Jnteresaros mucho la venganza,
Que exige de èl su honor. Tarif, ès esta,
La que vengo a pediros. Vuestro brazo
Es solo digno de ella. Confiadas
Me tuvo el Rei Rodrigo, estas provincias

De su dominio en Africa. Mi sangre
Huviera yo vertido en su defensa,
Si el mismo Rei la huviera respetado.
Mas por èl ofendido en lo mas vivo
Del honor, tal ultrage me dispensa
De toda obligacion, y justifica
Mi devida venganza, que me obliga
A entregaros las plazas Tingitanas,
Que tengo en mi poder; ellas el paso
A la conquista os abren dela España,
I de su trono, del que se hizo indigno
El que lo ocupa sin que tacha alguna
Puedan ponerme los venturos siglos
De traicion, pues mi feroz venganza
De ella me absuelve; y la cruel ofensa
Lugar no deja en mi ofendido pecho
A sombra de interes, o de cohecho,
Indignos de mi honor, y de mi sangre.
Tarif oido el liberal discurso
Del Conde don Julian, asi responde;
Infiel, quedan gravados en mi oido
Tus deseargos, y quejas; tienes pronto
Mi alfange vencedor para vengarte.
Puedes partir seguro de mi empeño.
Van a seguir tus pasos las vanderas
Del glorioso Sultan. Caen ante ellas

Los tronos dela tierra. Destinados
La victoria los tiene a la gran gloria
De mi sacro Profcta. Las tinieblas
De la infidelidad, que los cirçundan,
Deven ceder al resplandor del rayo
Dela triunfante Luna, ilustradora
Delas escnras sendas de los cultos
Profanos dela ciega Idolatria.
Puedes partir seguro del amparo,
Que promete mi brazo a tu venganza
Asi dijo Tarif. Este, partido
El Conte don Julian, dispone luego
Sus esquadrones, para apoderarse
Delas playas, y puertos, que le allanen
La conquista de España, y participa
Tan fausta novedad a su Califе.
Se hallaba este en Damasco, centro entonces
De sus conqnistas. La del griego imperio
Solicitando estaba los anhelos
De su vasta ambicion, quando le llega
La nueva dela entrega delas plazas,
I puertos Tingitanos, que le abrian
El paso para España. Cede entonces
A los deseos dela mayor gloria,
Que le ofrecen los reinos de Occidente
I quiere grangearsela. Al instante

Al Trueno de su voz, arden las fraguas
Dela Siria, y Fenicia, y del Egipto,
I sudan noche, y dia las faenas
En los montes, y puertos, que devian
Tributarle las naves, que exigia
El egercito inmenso, destinado
Para tan grande empresa. Pero luego,
Aconsejandose con la impaciencia,
Que no sufria dilacion, resuelve
Encaminar su egercito por tierra,
Mientras se construian en los puertos
Del oriente las naves necesarias,
Que conducir devian a las playas
Del Africa los otros muchos pueblos
Que asegurar devian su conquista.
Mas entretanto, con las muchas naves
Que tenia dispuestas, determina
Le precediese Muza, con el orden
De ocupar la Numidia. Esto sabido
Por Tarif, que tenia ya ocupadas
Las plazas tingitanas, impaciente,
I ambicioso de gloria, ganar quiso
A Muza, y al Calife por la mano
Tentando de ocupar alguna plaza
Delas costas de España, por sorpresa,
No ya con pretension de conquistarla,



Faltandole las fuerzas suficientes
Para tan grand designio , pero solo
Para facilitarlo. La llegada
De Muza a la Numidia , con las naves
Que traia de oriente , le ofrecia
Oportuna ocasion para su intento.
Pero Muza , celoso dela empresa ,
Que Tarif meditaba , sin su ayuda
Satisface a sus celos , y el deseo
De Tarif dando el mando delas naves
A su hijo Abdalasid , mozo esforzado ,
Ambicioso de hazañas , y de gloria ,
A que aquellas aspiran. Ocultarse
A los pueblos de España no podian
Las pretensiones de Tarif ; funesto
I deplorable efecto dela entrega
Del Conde don Julian ; y abandonados
Los pueblos , al terror qu precedia
Las amenazas de Tarif , no dudan
Ver ya verificado el vaticinio
De la fatal pintura , cuyo hallazgo ,
Tenia al Rei del todo enagenado.
En tan funesto estado , todos ponen
La esperanza , que sola les quedaba ,
En don Pelayo. Su favor , y brazo ,
Como a su salvador , imploran todos ,

I bajo sus vanderas se recobran,
Como en un sacro asilo. Èl informado
Dela amenaza de Tarif, dispuesto
Para pasar a las vecinas costas,
Mueve todo el egercito allegado,
I en alguna distancia delas playas,
Lo atrinchera, y espera al enemigo,
Para acudir a donde le llamase
El peligro mayor en su defensa.
Entretanto Tarif teniendo prontas
Las naves, y el egercito, lo embarca,
Dejando solo la precisa gente
Que la defensa delas nuevas plazas
Le permitia, y embarcado el mismo
Sobre la capitana, circundado
De sus sacros Ulemas, y Dervises,
Aturbantados, con devoto fasto
Al esperitu invicto de Mahoma
Jnvoca con respeto, y le dirige
La plegaria pidiendole con ella
Tenga en freno las olas, y los vientos
Mientras pasa sobre ellas coronada
Dela bicorne luna, la victoria,
A tributarle un otro nuevo imperio.
Con devota algazara, aquella chusma
De barbaras naciones, la plegaria

Recibe de Tarif, y al fresco soplo
Del austro dan las velas desplegadas,
Que las hincha, y las lleva en breve tiempo
A vista delas playas enemigas,
Con general lisonja de ocuparlas,
Y las dejan cubiertas del asombro
Que cunde, y se dilata por los pueblos,
Que creen su ruina inevitable.
I todos apremiados del espanto
Acuden al asilo delos templos
En donde imploran el divino auxilio
Destituidos de socorro humano,
Abrazando con llanto los altares,
I las sacras efigies, que invocaban
En su desolacion, con pios votos,
Con que siempre creyeron los mortales
Merecer los favores celestiales.
Mas la fortuna entonces, que no siempre,
Ni a todos favorece en todos tiempos,
Mostrandose contraria a los anhelos
Del ufano Tarif, contra èl despide
Al aquilon, montado sobre nubes
Armado de relampagos, y rayos,
Que acomete a las naves, y las trata,
Como el robusto labrador en la era,
La ventilada paja, y las disipa

Por las bramantes olas, que las tragan
En parte, o las arrojan a las playas,
De donde procedieron tan ufanas.
Tuvo Tarif la suerte de acogerse
De una abrigada cala, con gran parte
De su armada: Mas el infeliz hijo
De Muza, que mandabala, embistiendo
Contra un vagio con su capitana,
Quedò victima infausta delas olas,
Que le robaron glorias, y esperanzas.
Este accidente antes propicio, y fausto,
Para la nacion goda, que del todo
Irreparable para el enemigo,
Parecia dever atribuirse
Al favor delos cielos apiadados,
Que tomar parecian la defensa
Contra los enemigos de su culto,
I de su sacra Religion, y templos.
En ellos explayaban su alborozo
Con canticos los pueblos, y con fiestas
Conque solemnizaban la ruina,
Y destruccion dela enemiga armada.
Siempre abulta el deseo, o desminuye
Lo que teme, o desea. Mas apenas
El furioso Tarif, junta, y rehace
La perdida sufrida, comparece

De nuevo sobre aquellas mismas costas,
En busca de una cala, que pudiese,
En caso de forzosa retirada,
Asegurar su embarco, si fallaba
La toma dela plaza de Asidonia,
En que puesta tenia su esperanza,
Por hallarse sin muros de defensa
Como las otras plazas, por el orden
Fatal del Rei Rodrigo. Confiado
Tarif de sorprenderla, desembarca
Sus tropas, y acia ella se encamina.
Don Pelayo, avisado del intento
Del gefe Musulman, resuelve darle
Antes de su llegada, la batalla,
I a fin de contenerle, embia luego
Con la caballeria, al buen Gundrico,
Para obligarle a detenerse, mientras
Èl le seguia con la tropa. Llega
Gundrico a tiempo de inquietarle, y trava
Con el escaramuzas, asta tanto
Que vè comparecer a don Pelayo
Con su tropa. Tarif se para, y junta
Las vandas de Masilos, de Getulos
De arabes, y Numidas; los que puestos
En orden de batalla, contenian
A la caballeria de Gundrico,

Mientras, que la atrasada infanteria
De Tarif se juntaba, no pudiendo
Evitar la batalla. En esta espera
Taifar, deudo de Muza, que mandaba
A la caballeria sarracena,
Y acomete a la goda. Mas los Godos
Amedrentados delos fieros rostros
De aquellos pueblos barbaros se entregan
A vergonzosa fuga. Tienta en ella
Contenerles Gundrico, y obligarles
A bolver cara al enemigo. En vano
Gundrico con reproches, y amenazas
Les obgeta el peligro, a que exponian
Sus casas, sus familias, y sus templos;
El miedo a sus consejos prevalece,
I le atrapellan en su fuga. Cae
Gundrico del caballo, y se maltrata,
Al tiempo que Taifar, que perseguia
De cerca a los que huian, vè al caido
I se lanza contra èl, con el alfange,
Con que la frente le divide. Queda
Gundrico alli sin vida: mas eterna
Quedara su memoria, y esculpido
Su nombre en el sagrado monumento,
Que le alzaron las musas de sus manos,
No de preciosos jaspes, mas de cesped



Siempre vivo, y de flores, que regadas
Por la fuente aganipe, la corona
Conservaran devida a su memoria,
Como al institutor de don Pelayo,
A quien èl allanò la ilustre senda,
Que dispuesta teniale el destino
Para la gloria, y salvacion de España.

CANTO 10.°

Luego que don Pelayo vio a los suyos
Puestos en fuga ignominiosa, acude
A sostenerles, penetrada su alma
De fiera indignacion, y de despecho,
Y logra rechazar a los Numidas.
Mas al saber la muerte de Gundrico
El dolor despedaza sus entrañas,
Y a pesar de sus fuertes sentimientos,
Le arranca el llanto, el que jamas indigno
No fue de un grato, y generoso afecto.
Veron asi los Griegos en la muerte
De su amigo Patroclo al fuerte Aquiles
Abandonado a todos los transportes
De su resentimiento. Persistia
Don Pelayo en el suyo, retirado,
Sin consuelo, en su tienda, meditando

Decimar a los viles fugitivos,
Para escarmiento general. El duelo
A ello lo incita, y manda egecutarlo
A vista del egercito, al que pone
En orden de batalla. Perecieron
Los decimados, como en sacrificio,
Destinado a la sombra de Gundrico.
Mas Tarif confiado en la victoria,
Viendo tan facilmente puesta en fuga
Por sn caballeria, a la enemiga,
Se apresura a formar sus esquadrones,
Para dar la batalla a don Pelayo.
Puso en la diestra Abalcazir, compuesta
De arabes, y Masilos; la siniestra
La obtuvo Arregazar, que conducia
Los pueblos Garamantes, y Barceos.
Guardò para si el centro, en que tenia
Confundidos cien pueblos del oriente,
Siros, Fenicios, Persas, Galogriegos.
Su egercito dispuso don Pelayo
Casi en orden igual: puso a la diestra
A Vitimiro, a la siniestra Alcandro.
Se reservò para si el centro. Estaban
En tal orden dispuestas, y ya prontas
Para embestirse las dos huestes, quando
Uu venado, vistoso por sus hastas,



Azorado. del miedo dela grita
De tantos pueblos barbaros, unidos,
Atraviesa con rapida carrera,
El espacio intermedio en llanura
Del uno, y otro egercito, y se acoge
En las filas del centro, en que se hallaba
El gefe delos Godos. Qual portento,
Pronostico feliz dela victoria
Lo reciben los Godos. Don Pelayo
Para mas animar a sus soldados,
Se vale de èl, diciendo; Sois testigos
Del aguero feliz, que nos presenta
La fugitiva fiera. Asi como ella,
A rendiros vendran tambien su armas
Esas barbaras gentes. La fiereza
Que muestran en sus trages, y en sus rostros
Es fiereza de brutos en las selvas,
Que no por eso evitan las heridas,
Ni la muerte en batalla. En ella solo
Triumfa el valor. El miedo jamas vence.
Pagaron vuestros viles compañeros
La pena de su infamia. Resarcirla
Deve vuestra valor. Asi lo exigen
De vuestro esfuerzo, vuestros tiernos hijos
Vuestras madres, y esposas, vuestros templos.
Vuestro sagrado culto, que entregados

Van a quedar al hierro, y a las llamas
De esos barbaros pueblos, y a su saña.
Medio no os queda. O vais a ser tratados,
Como bestias de carga, o de atahona,
En dura, y oprobriosa servidumbre,
I a dar culto sacrilego, y profano
A un profeta embustero dela Arabia,
O a eximiros de suerte tan funesta
Con la victoria, que al valor precede,
Toca, pues a vosotros conseguirla.
Tenia igual discurso a sus soldados
Mui ufano Tarif, armado el brazo
De damascena cimitarra, el rostro
Falto de un ojo, con que remedaba
Al vencedor del Lago Trasimeno;
I a caballo las filas recorria,
Diciendo a sus feroces batallones;
Vencedores del Africa, y del Asia,
A quienes sometisteis al imperio
Del Rei de Royes, vuestro gran Calife.
En el lindar gravasteis dela España
Vuestras gloriosas huellas. Como el viento
Disipa al polvo dela tierra, visteis
Disipados caballos, y ginetes,
Por el terror, y espanto, que preceden
La segura victoria. Esta os señala

Con el dedo, esos montes, esos rios,
Esos fertiles campos, y esos reinos,
Que os van a dar por premio, y por tributo
Los preciosos metales, de que abundan.
Que tiene mas que apetecer el hombre
Que la gloria, y el oro, que le elevan
Con el valor a su mayor grandeza?
Id pues a conseguirla con las armas,
I hace dar la señal dela batalla.
La recibe con barbara algazara
Aquella feroz chusma de naciones
Mezclada con los sones de lilies,
De cuernos, y atabales. Resplandece
La vasta mies mortifera de aceros
Herida de los rayos, con que al campo
Doraba el sol naciente, pareciendo
Quisiese ser testigo del combate.
Mueve tambien su campo don Pelayo
Al eco de sus trompas, y clarines
I llegados a tiro los dos campos
Comienzan la batalla los flecheros.
Densas nubes de dardos se suceden,
En su encontrado buelo. Los mas hieren
Al aire, o los reciben las rodelas,
Raros son los heridos. Pero luego,
Que exhaustas las aljavas, hechan mano

Delas dagas, de estoques, y azagayas,
Con ellas a pie quedo, cara a cara
Hieren la parte, que se presta al golpe
Caen muertos, y heridos en el suelo,
En que expiran hollados de los suyos,
Que a herir, o a defenderse solo atienden
Del enemigo acero. Ni son solas
Las armas, y los brazos, con que todos
Combaten entre si. Las estocadas
Animan con los ojos, con los rostros,
Que centellean de furor, y rabia,
Que respiran sus pechos, y que expresan
Con feroces accentos, y dicterios,
Con que sin entenderse ellos se ultrajan.
Muestranse acà los unos vencedores,
Otros alla, y se impelen, y repelen
Remedando el embate delas olas
Contra la playa, sin cesar los gritos,
Y lamentos de tantos combatientes,
Que atronaban los valles, y los montes.
Impaciente Tarif, viendo indecisa
Por largo tiempo la victoria, espera
Romper los esquadrones de los Godos
Con su caballeria, a que dà el orden
De acometer. Lo advierte don Pelayo,
I embia tambien orden a los suyos,

Para que puedan contener el choque
De los desenfrenados Alabares,
I Numidas que a par delas centellas
En su rapido buelo, no pudiendo
Sin freno, contener a sus caballos
Van a precipitarse entre las filas,
I a dar frente con frente de carrera
Con los caballos godos, que resisten,
I contienen al impetu enemigo.
Tarif, viendo burladas sus lisonjas
Se mezcla en el combate, con su egemplo
Con su voz, y presencia dar espera
Mayor vigor, y aliento a sus soldados.
Jnstaba por su parte don Pelayo
A los suyos, al tiempo que recibe
El aviso de haver llegado al campo
Artemio con un cuerpo mui crecido
De infanteria. Lo destaca luego
Don Pelayo, para que por rodeo
De un tendido collado, a las espaldas
Del enemigo, lo sorprenda. Cumple
Artemio felizmente con el orden,
I embiste por la espalda al enemigo.
Al frente de su centro combatia
Tarif, como un leon, asegurado
Del collado eminente, que la espalda

Le defendia; pero el gran desorden
Que el acometimiento repentino
Jntroduce en el centro le transtorna,
I acude a repararlo; pero en vano
Encendido de rabia, y de despecho,
Sostener tienta a lor acovardados
Que ceden a los Godos vencedores
Que les apremian por la espalda. Vese
Forzado de su suerte desgraciada
El furioso Tarif a refugiarse,
Para salvar su egercito, distante
Del sitio del embarco, sin dejarlo
Expuesto a su exterminio; y deja al campo
Cubiserto de cadaveres, y de armas.
Viendo ya decidida la victoria
Don Pelayo, y completa con la huída
Del enemigo egercito, resuelve
Impedir su evasion con el embarco,
I manda perseguirle y darle alcance,
Deseando tener, o vivo, o muerto
A Taifar en sus manos vencedoras,
Para sacrificarlo, si podia
Tenerlo vivo, a los ilustres manes
De Gundrico, y vengar asi su muerte.
De esta viva esperanza compelido
Apremiar manda al enemigo en fuga,

E impedirle el embarco. Pero el cauto,
I esforzado Tarif, que de antemano
Precavio el lance, tuvo en emboscada
Dos fuertes cuerpos de caballeria,
Protegida de fertiles collados,
Que cerraban la playa, en qué las naves
Esperaban al exito dudoso
Dela batalla. Pero confiados
Los Godos de apremiar sin resistencia
Los fugitivos arabes, en ellos
Cebaban sus aceros, sin sospeha
Dela emboscada; quando de repente
Ven sobre si, con impetu furioso
Desplomarse las vandas de caballos,
Que hacen en ellos riza, y los rechazan.
Satisfecho Tarif de haver salvado
Gran parte de su egercito; su embarco
En orden apresura, semejante
Al toro exasperado, que vencido
Por su rival en lucha, al bosque lleva
Su abatida verguenza y su despecho
Expresa, con inutiles bramidos.
Aunque colmar deviera la victoria
Dela mayor satisfaccion, y gozo
Al pecho del gloriose don Pelayo,
Selo vedaba el grave sentimiento,

Que de su grato afecto le exigia
La muerte de Gundrico. A esta consagra
Los primeros instantes, que le ofrece
La obtenida victoria; en cuyo campo
Haviendose encontrado su cadaver,
Manda erigerle en tumulo elevado
Cubierto de un trofeo con las armas
Y enemigos despojos los mas ricos,
Honrado de un letrero, que decia;
Al cantabro Gundrico, don Pelayo
Su grato alumno, ofrece estos despojos,
Quitados a las barbaras naciones.
A estas honras, añade las de luchas,
I de funebres juegos con que quiso
Honrar tambien a los demas soldados,
Que ilustraron al campo de batalla
Con sus gloriosas muertes. Entretanto
La fama arrebatada del contento
Que le daba victoria tan insigne,
La esparcia al sonido de su trompa
Por ciudades, y pueblos, excitando
Los mas vivos transportes de consuelo
En los pechos ya libres del espanto
Poco antes concebido, en el retorno
Del egercito barbaro, exhalando
Su alborozo en los templos con solemnes

Fiestas, y regocijos destinados
A la gloria, y virtud de don Pelayo.
Dandole en sus transportes el renombre
De Salvador de España, que devian
Conservarle los siglos venideros.

CANTO II.°

Havia ya Tarif asegurado
Los restos de su egercito vencido
En los puertos del Africa, y qual suele
Un guerrero magnanimo que sufre,
Sin abatirse, un accidente adverso,
Pues nadie es superior a su fortuna,
Resarcir esperaba su desastre,
Con otra nueva, y mas segura empresa,
Quando le llega aviso, que el Calife
En persona, entretanto que formaba
Armada conveniente a la conquista
Delos reinos de España, conducia
Su inumerable egercito por tierra
Sin que los arenales dela Libia,
E inhabitables hiermos contuvieran
A su ambicion, que avasallar creia
A su imperio despotico la tierra.
Obediente Tarif a la suprema

Voluntad del Califе, sobresee
A su segunda empresa contra España
Y espera su llegada. La retarda
La multitud de tan diversos pueblos
I entre si tan distandes, que devian
Tributarle los reinos del oriente,
Poco antes sometidos al imperio
De su alfange, y del culto de Mahoma.
Mientras Tarif espera su llegada,
I con el Conde don Julian se emplea
En rehacer su egercito vencido
I èl lo quedò dela admirable vista
Dela hermosa Florinda que arrebata
Su amor con la ocasion de verla un dia
La vez primera en casa de su padre.
I que mortal dejàra de admirarla
I de sentir por su hermosura, y gracias
Una pasion ardiente? Desde entonces
La fomenta Tarif con las lisonjas,
De merecer el adorable afecto
Dela hermosa doncella, y de rendirla
A su pasion por ella concebida.
Pero sugeto al freno le tenia
Del respeto del padre, y de su sangre;
I dela parte que tomaba el mismo
Para con el Califе en la conquista

Del reino delos Godos, que encargada
Igualmente el Calife le tenia,
Que a Tarif, con que quiso distinguirle,
I agradecerle su estimable entrega.
Mas no menor obstaculo oponian
A su pasion, el culto, las costumbres
I ritus diferentes, que uno, y otro
Profesaban; porque si alla en Asia
Adquirirse solia la hermosura
Al precio del antojo, todo el oro
Que ofrecen a Neptuno por tributo
El Pactolo, y el Tajo, no compraban
Aqui la honestidad, y mucho menos
La de Florinda. Su caracter noble,
E inflegible, el concepto concebido
De su clara nobleza, su recato,
I singular, modestia, se lo vedan.
Pero como podian poner freno
A la pasion de un musulman los ritus,
Que no conoce, y que desprecia? O como
La pasion de un amante desespera
De poseer aquello que desea?
De esta lisonja arrebatado, tienta
Tarif con atenciones, y presentes,
Merecer el afecto de Florinda.
La quisiera tener siempre presente,

I endiosarse en su divina vista.
Ansia bolver a verla, y con la misma
Entretenerse en familiar discurso,
Para poder manifestarle a un tiempo,
I declararle su pasion ardiente.
Resistir no pudiendo a estos deseos,
Va a visitar al Conde, y propenerle
Las ansias, que en su pecho alimentaba
De obsequiar a Florinda. Condesciende
El Conde a sus deseos; mas precave
Con el noble decoro, que exigia
De su nobleza, aquel atento obsequio
De Tarif, presentandole Florinda,
Acompañada de sus damas. Nada
Contiene al gefe Musulman, ni atiende
A respeto, que a su pasion contenga
En cortès disimulo. Comparece
A sus ojos Florinda, qual la Diosa
De Gnido a los de Paris sobre el Ida,
I a pesar dela vista delas damas,
I presencia del padre, y del modesto,
I recatado porte de Florinda,
Le expresa su pasion diciendo; El cielo
No puede contener Uris alguna,
Con tu divino rostro comparable.
Si el imperio del suelo fuese, mio,

Solo en su solio hallara digno asiento
Tu hermosura, Florinda. Declararos
No puedo de otro modo, el voraz fuego
Que arde en mi pecho, y que porti lo abrasa.
Sonroscado el rostro de Florinda
Con tales espresiones, se contiene
En su modestia, y nada le contesta;
Como derecho, que su honor le otorga,
Y el aborrecimiento que en su culto
Le inspiraba Tarif. Mas toma el padre
La palabra por ella, y agradece
A Tarif sus corteses expresiones,
Sin que dege con ello satisfecha
Su pasion, y ni bien desengañada.
No la apaga jamas la cortesia.
Ni tampoco destruye sus lisonjas.
Con ellas Tarif parte. Mas no tarda
El Conde a ver entrar en su demora
El pomposo aparato de camellos
I palafrenes arabes, vistosos
Por sus ricos jaeces. Quanto ofrecen
De mas precioso a todos los sentidos
Las selvas dela Arabia, o bien al lujo
La industria delos Seres, y sabeos;
Quanto ocultan las conchas eritreas
En sus avaros senos, a los ojos

Se expone de Florinda, a quien devia
En nombre de Tarif ser presentado.
Solicitar pudieran tales dones
Al agrado, y aprecio de una reina,
Mas no a los de ella, en el abatimiento
I dolor, en que siempre la tenia
El padecido ultrage, y como agena
Del mundo, de sus pompas, y grandezas.
Quanto mas el amor de un sarraceno,
Por mas, que ilustre gefe del Calife!
Mas como los regalos de un amante,
Llevan la pretension no declarada,
Dela correspondencia del aprecio
Y gratitud de aquel, que los recibe,
Asi Florinda lejos de abatirse
A tales sentimientos, mui agenos
De su decoro, y singular modestia,
Rehusa recibir aquellos dones
De un sarraceno, y a su padre ruega,
Selos debuelva, y que le desengañe
De sus vanas lisonjas concebidas.
Tales eran tambien los sentimientos
Del Conde don Julian; pero temia
Agraviar a Tarif; pues tambien sienten
El sonrojo las barbaras costumbres.
Pero prevaleciendo en êl los timbres

De su honor, y nobleza, y el decoro
De su amada Florinda, determina,
Debolverle el regalo, y escusarse,
Lisongeandose, que sus razones,
Aplacarian su resentimiento.
Va pues a verle el Conde, y admitido
En su presencia asi a decirle empieza;
Prendado, como estoi dela grandeza
De la munificencia, que os destingue
A par dela victoria, vengo a daros
El devido tributo de mi aprecio,
Que el reconocimiento de mi exige;
No menos, que los gratos sentimientos
De mi Florinda, a las demostraciones
Del generoso afecto, de un Rei dignas.
Mas si su aprecio, como el mio, iguala
A vuestro generoso ofrecimiento,
Una lei superior a las del suelo;
Le veda recibirlo. Ella aburrida
Del mundo, y de su suerte lastimera;
I os dire mas, de su hermosura misma;
Que le fue tan aciaga, consagrarla
Quiere al cielo, y al culto del recato,
I dela honestidad, que le prohiben
Inclinar su cerviz al duro yugo
Del Imeneo. I como fuera en ella

Delito, si acceptase vùestros dones,
Vengo en su nombre a preveniros de ello,
I a pediros la escusa, que merece.
Tarif escucha con severo ceño,
El discurso del Conde, al que responde;
Tarif no admite don, que una vez hizo.
Puede ella dispensarlo, si le agrada,
Con quien bien le parezca, mas no sufro,
Ni sufrire, que ella consagre al cielo
Su divina hermosura. A marte mismo
Sela disputarè, si el mismo Marte
La pretendiera. Io no reconozco
Esas desnaturadas pretensiones
De un culto; que aborrezco, y que no deve
Oponerse a la lei dela natura,
Que mi pasion reclama en favor mio.
Florinda sera mia, o bien la muerte
Podra sola extinguir mi ardiente afecto.
El Conde resentido del discurso
De Tarif, ofensivo a los derechos
De su honor, y decoro, aunque excusable
A una ciega pasion, apenas pudo
Tener en freno su resentimiento,
Y no poco alterado, asi le dice.
Tarif, escuso vuestro ardiente afecto;
Mas Florinda con dones no se compra

Ni se adquiere con vanas amenazas,
Mientras su padre exista, yo no puedo
Violentar su libertad. En Tingis
Nos hallamos, no en Asia: aqui no nacen
Las mugeres esclavas, ni dependen,
Sino dela lei sacra de su culto,
Que las sugeta a solos los maridos
De una religion misma; no diversa.
No menos agraviado, y resentido
Deja el Conde a Tarif con su discurso,
I teme disgustosos resultados
Dela pasion de un barbaro ofendido,
Que en èl despierta el arrepentimiento
Amargo dela entrega delas plazas,
Con el poder en mano de oprimirle.
De esta amarga congoja compelido,
Buelve a ver a Florinda, a quien refiere
Su agravio con Tarif. Ella agitada
I sin consuelo, da quejas al cielo
Por el funesto don dela hermosura,
Causa de sus mayores desventuras;
I en su abatido corazon, resuelve
Sin confiar al padre su designio,
Preferir una muerte violenta
Al amor de Tarif; y dar con ella
Fin a una vida tan aborrecible,

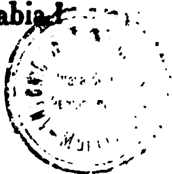
Por otra parte el Conde no dudaba
De exponer su existencia a qualquier riesgo
Por salvar a Florinda, y en su mente
Iba buscando medios, y expedientes,
Para eximirla de una violencia;
I su misma congoja le sugiere
Un apartado hiermo, que existia
Al pie del monte Atlante; celebrada
Mansion en otro tiempo delos huertos
Delas nimfas Hesperides, velados
Por el dragon, en guarda delos frutos
De oro puro, pendientes de sus ramas.
Mas hallabase entonces convertido,
El tiempo, que no muda! En monasterio
De pios, y devotos cenobitas,
Que despreciados los mundanos bienes,
I los vanos placeres dela tierra,
Por los del cielo, alli llevar solian
En su retiro, vida penitente.
Alli confia el angustiado Conde
Hallar seguro asilo, y eximirse
De todas las pesquisas, que intentase
Hacer Tarif contra ellos; y a Florinda
Propone este expediente: el que abrazado
Por ella, alli resuelve refugiarse.
Tomadas pues sus justas precauciones

Secretamente al hiermo se encaminan,
Abandonando la cindad de Tingis.
Jnformado Tarif de aquella fuga
Clandestina del Conde, y de Florinda,
Viendo burlada su pasion, furioso
Embia a todas partes mensageros
Para alcanzarles, pero en vano. A tiempo
Llegan ellos, sin riesgo a refugiarse.
Con piadoso agazajo les acogen
Aquellos religiosos. Alli el Conde
Determina esperar la deseada
Llegada del Califе, que era el solo
Que contener podia los trasportes
De su gefe Tarif en sus amores.
En aquel hiermo pues, que el desengaño
Del mundo, y de sus ciegas vanidades
Erigio a la virtud, y penitencia,
Oyendo acaso el Conde proferido
El nombre de Beltrando, le sorpende,
I en duda queda, si era aquel Beltrando
A quien tuvo a Florinda prometida
En casamiento, quando el Rei Rodrigo
Le hizo pasar en Africa, y en ella
Solo esperaba el oportuno tiempo
Para verificarlo. Porque estraños
Caminos, y accidentes el destino

Conduce a los mortales a sus fines!
Curioso el Conde, sosegar no puede
Ansioso de salir de aquella duda;
I asegurado que era aquel Beltrando,
Que èl dejò distinguido con honores
En un ilustre empleo dela Corte
Ia prometido esposo a su Florinda,
No acaba de salir dela sorpresa,
I dela admiracion, que le causaba
Una resolucion tan increible
De haverse èl consagrado en aquel hiermo
A vida tan austera, y penitente.
Su impaciente deseo le abre el paso
A la celda habitada por el mismo,
I penetrando en ella le sorprende,
En humilde postura, en que bañaba
Con llanto compungido, y mui devoto
Los pies del Dios clavado en un madero,
Teniendòlo cruzado entre sus brazos.
Le reconoce el Conde, y admurado
Exclama, o Dios! Que es esto? Aqui Beltrando?
Que estraña novedad, inconcevible,
Os trajo acà a este hiermo? Por ventura
Os despojò de vuestro ilustre empleo
En que estar os creia toda via,
En gracia de aquel torpe soberano?

O bien os condenò a fatal destierro?
Pues suele la mudanza de fortuna
Enagenar al corazon del hombre,
Que humillado por ella, y abatido,
Busca alivio a sus penas, y pesares,
I no pudiendo hallarlo en los honores
De que se vè privado, ni en los bienes
Jnciertos de este suelo, se asegura
De encontrarlo en los solos celestiales.
Buelto apenas en si Beltrando, absorto
Como se hallaba, en su extasi devoto,
Al Conde reconoce con sorpresa,
I le dice; No ha sido, amado Conde,
Como lo sospechais, desgracia alguna,
Ni disfavor de enojo soberano
El que me indujo a retirarme en este
Sagrado asilo, mas el accidente,
Que crei eternamente deplorable
Para mi, y para vos. (Lo dirè? Cielos!
Mas no conviene). No, dejad que quede
Para siempre, en mi pecho sepultado.
Pudiera abrir de nuevo a pesar mio,
Nuestras comunes llagas. Como nuestras?
El Conde le replica: no os entiendo.
Aviva mucho mas vuestro silencio
Mis curiosos deseos. No, Beltrando:

Explicaos os ruego. De que llaga
Quercis hablar? Pone esta nueva instancia
Del Conde don Julian, en gran contraste
Los devotos afectos de Beltrando
No sin remordimientos interiores:
Pero vencen al cabo los deseos
Del Condo don Julian, a quien Beltrando
Dice asi; A pesar mio, haceros devo
Una costosa confesion. Mas puesto
Que lo quereis; Oidme. De mi dicha
Era obgeto Florinda; como lo era
De mi mas tierno afecto, y esperanza.
Desde el primer instante, que en la corte
Arrebatò su singular belleza
La admiracion, de quantos la creian
No hija vuestra, mas un celestial genio.
Vos mela prometisteis en esposa.
Vuestra partida al Africa, se opuso,
O dio lugar para que el desenfreno
Del Rei en sus pasiones, abusando
De su torpe poder... Al oir esto
El Conde enfurecido, se abandona
A todos los transportes dela rabia,
A que le incita aquel fatal recuerdo;
E interrumpe el discurso de Beltrando
Exclamando con pasos agitados



Mordiendo el pañizuelo; O monstruo o rabia!
O memoria infernal, que despedaza
Mi corazon! Apenas esto dicho,
Cae el Conde en deliquio sobre el lecho
De Beltrando, que acude consternado
A sostenerle, y llama ayuda a gritos.
Rompen estos al rigido silencio
De aquel sagrado claustro, que a Florinda,
Como muger, estabale vedado
Profanar con sus huellas, y su aspecto,
I guardaba el lindar, donde esperaba
La buelta de su padre. Mas oyendo
Aquellos gritos, nada la contiene,
Atropella con todos los respetos,
I penetra en la celda de Beltrando.
La sosiega la vista de su padre,
Que bolvia en si entonces del deliquio,
I se arroja en sus brazos. La recibe
Su padre en ellos, prorrumpiendo en llanto
Con que su infeliz suerte deploraba.
Beltrando al verla entrar en su demora
Religiosa, se arredra, y queda hierto
De admiracion, y de sorpresa, lejos
De imaginarse, que pudiera hallarse
En aquel sacro claustro; y le parece
A primer vista ser alguna diosa,

Que se le aparecia. Mas caido
Aquel prestigio de sus ojos, siente
La profunda impresion, que hace en su pecho
Palpitante, la vista de Florinda,
Que le arrebata el corazon, y mente,
Sin permiterle oir las santas voces
De aquella austeridad, que profesaba,
I que le reprochaba su flaqueza.
Su vista delos rayos, que brillaban
En los divinos ojos de Florinda
Se fija absorta ellos, y se aleja
De todos los obgetos penitentes,
Que asombraban la celda. La pobreza
Que antes le parecia preferible
A todos los tesoros dela tierra,
Le humilla, y le entistece. Le congoja
La estrechez dela celda; y se averguenza
De aquellos rigorosos instrumentos,
Con que la austeridad, y penitencia,
Se arman contra los vicios, y pasiones.
La vista de Florinda, y delas rosas
Que adornaben sus sienes, embeodan
Su transtornada mente, y sus sentidos;
I en su enagenamiento le parece
Ver al Dios Himeneo, que con risa
Hechicera, mostrandole las flores

I el rostro de Florinda con el dedo,
Le digese; Que estraño desvario
Te encaminò a este hiermo, tetro albergue
De ridiculas penas, y aflicciones
Como si ellas las sendas hallanasen
Para llevar las almas a los cielos.
No es esta austera condicion de estado,
Que la natura destinò a los hombres,
Autora de su ser, y su existencia.
Sin mi, sin mis altares, y mis ritus,
I secretos misterios, pereciera
El humano linage. Sacro culto,
Tambien me rinde la Virtud. Ni pocas
Son las ofrendas, y los sacrificios
Que del amor, de rosas coronado,
Recibo en mis altares. No se doman
Con latigo, y espuela, las pasiones,
Como bestias de carga. Ni fue siempre
La austera privacion delos sentidos
De santidad del alma cierto indicio.
La torpeza tal vez, y la sobervia
De trage humilde y cinico se abrigan.
A Florinda te deves, prometida
Le tuviste tu mano, y te la pide.
Al alma enagenada de Beltrando
Parecio le tuviese el Himeneo

Este discurso grato, y seducente,
Que como aliento ponzoñoso, acaba
De enflaquecer en èl los sentimientos,
Que antes alimentaba.. No era estraño
Para Florinda el rostro, y la presencia
De aquel ilustre joven, que en la corte
Vio en trage mui deverso, del anstero
Que entonces le cubria; y como el padre
En su partida àl Africa, oportuno
No creyò prevenirla del enlace,
Que tenia a Beltrando prometido,
Conocerle del todo no podia.
Mas ya sereno el padre del deliquio
Que havia padecido, al ver que su hija
A Beltrando miraba como estraño,
Le proporciona su conocimiento,
Dirigiendo a Beltrando la palabra,
I diciendo; dichoso vos, Beltrando,
Dichoso vos, que adotrinado a tiempo
Por la virtud, avasallar pudisteis
Las pasiones, que mudan a los hombres
En fieras mas temibles, que los tigres,
Que pueblan a esas selvas, y abrazasteis
La santidad de una tranquila vida,
En este sacro, y venerable asilo,
Preferido por vos a lo honores,

Que hollasteis con desprecio, por los bienes
Eternos, y seguros en el cielo.
Beltrando, a quien la vista deliciosa
De Florinda, tenia embelesado,
I casi suelto delas ataduras,
Con que, con flaca mano le tenia
La severa virtud aprisionado,
Cebado ora en las gracias, y hermosura
De aquella ilustre, y singular doncella,
Queda hierto, y confuso del discurso
Del Conde, tan opuesto a los afectos
Del amor, que Florinda suscitado
Havia ya en su pecho, y que las vascas
De los remordimientos interiores
En èl dispierta, con las alabanzas
Que daba al instituto religioso,
Que abrazar deseaba, y al que atado
No se havia con votos todavia.
Mas escusar queriendo la mudanza
De sus afectos, asi al Conde dice;
Conde, los sentimientos, que la vista
De Florinda suscitò en mi, sabiendo,
Que era vuestra hija, y mi adorable esposa,
Segun me la teniais prometida,
Quise manifestaroslos poco antes
De oir vuestro discurso, en que ensalzasteis

La vida religiosa, cuyo estado
Por desesperacion abrazar quise;
Mas esta ora me obliga a declararlos
En la presencia de Florinda. Obgeto
Ella era de mi amor, como lo ha sido
Dela resolucion deserperada,
En que me veis, a pesar mio. Es ella
La sola en este suelo, la que ahora
Me induce a desprenderme delos lazos
A que sometí el cuello por su causa;
Su singular belleza no dejaba
Otra obcion a mi amor, que el de ser mia,
O bien de sepultarme para siempre
En un remoto claustro, que borrase
De mi perdida dicha la memoria.
Lo crei asi, despues que el Rei... O fiero,
I funesto recuerdo! Trastornado
Mi corazon de aquel fatal ultrage,
I del dolor mi espiritu abatido,
Me representan como ahorrecibles
Todos los vanos bienes de esta vida,
I a despreciar me inducen los honores,
I las riquezas, que sin el consorcio
De este adorable obgeto, no podia
Disfrutarlas mi amor; y para colmo
De mi enagenamiento, me sugieren

Alejarme del mundo, y retirarme
A este remoto hiermo, en que creia
Olvidar a Florinda para siempre
Mas el amor, rebelde a los consejos
Dela virtud, y a las austeridades
De un devoto instituto, a pesar mio,
Armado dela efigie de Florinda,
Me la representaba a la memoria,
Con mas vivos colores, y atractivos,
Que ofuscaban las maximas mas sacras,
I arrebataban mi alma distraida,
A su celestial seno. Su presencia
Acaba de triunfar dela flaqueza
De mi rendido corazon, ageno
De una resolucion desesperada.
Recobrar ella puede los derechos
A que me tiene atado todavia,
Nuestra anterior promesa, amado Conde.
Este que no esperaba este discurso
En boca de Beltrando, consagrado
A religiosa vida, aunque iniciado,
Solo en ella; por eso no dejaba
De oirlo con placer en su sorpresa;
No menos que Florinda, por su parte,
A quien se dirigia; y que sensible
A tantas pruevas del amor intenso.

De aquel ilustre joven, esperaba
Lo aprovase su padre. Este no tarda
A mostrar a Beltrando el sumo gozo,
I la satisfaccion, que le causaban
Aquellos no esperados sentimientos
En boca de un devoto penitente,
Diciendole, Beltrando, la sorpresa,
En que me tiene vuestra no esperada
Declaracion, no impide, que me preste
Al singular consuelo, que me infunde.
Si alabè vuestro estado religioso,
En preferencia, al de los que en el siglo
Contraen los casados, segui en ello
La comun opinion, que deslumbrada
De la apariencia de una santa vida,
Que se supone esenta de cuidados,
I de amargos pesares, y disgustos,
A que se ven sugetos los mundanos,
La cree preferible a la del siglo.
Pero puesto, que os trajo en este hiermo
La desesperacion, solo inducida
Del fiero sentimiento, a que rendioos
Vuestro amor por la perdida, creida,
I por la privacion de mi Florinda,
No retrato, Beltrando, mi palabra,
Que ya os la adjudicò, ni creo, que ella,

Sabiendo vuestro ilustre nacimiento,
I singulares prendas, y riqueza,
Dejarà de poner el colmo entero
Con su consentimiento a mis deseos.
Florinda, oyendo al padre conformarse
Con la declaracion, de aquel amable,
I noble joven, dice; Complacerme
Con vuestra voluntad, devo yo, padre,
Aunque de ella la mia disentiera.
Quanto mas, mereciendo de mi afecto
Este señor, y sus amables prendas,
No menos que las pruevas evidentes
Que me acaba de dar con su discurso,
De amor tan singular, que yo me ofrezca
A que dispongais, padre, de mi mano,
I dela gratitud, afectuosa,
Que deverè a su amor toda mi vida.
Transportado Beltrando del consuelo,
I alborozo indecible, que le infunden
Aquellas expresiones de Florinda,
Se abalanza, con impetu amoroso,
I se apodera de su tersa mano,
En que imprime sus labios, y la baña
Del llanto del amor mas tierno, y puro.
El Conde complacido, dice entonces;
Ia que la suerte, por tan impensados

Caminos, y accidentes, nos condujo
A este sagrado hiermo, en donde el cielo,
Sin duda, os destinaba a un otro estado
Tan diferente, ya no nos conviene
Esta austera demora, cuya entrada
Ora solo lo advierto, proibida,
Os estaba, Florinda; como agena
De vuestro sexo, vamonos pues luego,
I ponga fin vuestro dichoso enlace
A tantas desventuras, y pesares,
Que a mi paterno amor despedazaron.

Canto 12.°

Resoluto Beltrando a coronarse
En el florido altar del Himeneo,
No quiso egecutarlo, sin dar parte
De su resolucion, al buen prelado,
Que con devoto, afecto, y santo zelo,
Le recibio en su claustro, y le dio en guarda
Dela virtud, y santidad, que el mismo
Con fervor profesaba. Se llamaba
Gesaldo, aquel prelado respetable
A quien Beltrando con respeto humilde
Se presenta, y le dice; Os sera estraño,
Venerable Gesaldo, que dejado

El mundo, sus honores, y placeres
Para abrazar vuestro instituto, ahora
Venga a daros, apenas ensayado,
Prueba de una inconstancia, reprensible
Talvez a vuestros santos sentimientos.
En los otros el hombre desaprueva
La opinion, que èl no sigue. Mas no todos
Profesar pueden una misma vida,
Mucho mas si repugna a sus afectos.
Son pocos los que apuran sin fastidio
Un vaso de amargura, bien que deva
Acarrearles la salud. Engaña
A muchos su flaqueza: y si no es firme,
Ni acostumbrado el ombro a grave carga,
Dà con ella en el suelo. Deveis a esto
Atribuir si mi flaqueza cede
Al rigor de una vida penitente,
Que a profesar me indujo, no el deseo
De mayor perfecion, ni el aliciente
Dela virtud, ni el cielo, sino sola
Mi desesperacion. Crei perdida
Para mi, para siempre una hermosura,
En la que idolatraba, y yo creia
Poder solo borrarla en este hiermo.
Me engañe; pues la imagen adorable
Dela ilustre doncella, conducida

Talvez por mi destino, contrastaba
Con todos mis esfuerzos, sin dejarme
Paz ni sosiego alguno. Su presencia
Al fin triunfò de mi, y hele rendido
Mi corazon; el que de aqui con ella,
Llevarà donde quiera me encamine
Mí destino propicio, o bien adverso,
La eterna obligacion, y justo aprecio
Que devo a la acogida generosa
Dela hospitalidad, con que me honrasteis.
Oido este discurso, asi le dice
El prelado Gesaldo; Hijo, no puedo
Oponerme a un deseo independiente
De estatutos, de leyes, y de ritus
A que no ós obligasteis toda via.
Dura es siempre la vida religiosa,
Como lo deve ser, la del que deve
Contrastar con los vicios, y pasiones,
Rebeldes siempre a la virtud, que tienta
Sojuzgarlas con rigidos apremios.
Hicisteis ya la prueva, esta es el toque
De vuestra libre voluntad, y fuerzas;
Si estas no corresponden a la vista
Del desengaño delos bienes vanos,
Que apetecen los hombres en el suelo,
Puedo solo, Beltrando, aconsejaros,

A no perder de vista los consejos
Dela virtud, que puede preservaros,
En vuestro nuevo estado, delos males,
I adversos accidentes, que los vicios,
I el turbulento trato delos hombres,
Suscitan en el mundo. Quiera el cielo
Dar oido a mis suplicas, y aparte
De vos aquel fatal presentimiento,
Que concibe mi mente, a pesar mio,
Sin saber explicarlo; y sea solo
Efecto del temor de quien bien ama.
Esto dicho, le abraza con ternura,
I se despide. Parte, lleno todo
Beltrando del contento, que le infunde
El amor, que impaciente le esperaba,
Para poner el colmo a sus anhelos
En el celestial seno de Florinda.
Creia el Conde don Julian, que lejos
Del comercio, y del trato delos hombres,
Le huviese deparado la fortuna,
Un asilo seguro en aquel hiermo,
Contra las pretensiones, y pesquisas
Del furioso Tarif, desesperado
Por su fuga de Tingis con Florinda;
Mientras el corazon del Conde, lleno
Dela satisfaccion, y del consuelo

De haver tambien salvado de otro ultrage
El honor de Florinda, jubilaba
Por el feliz encuentro en aquel hiermo
Del ilustre Beltrando, y de su enlace
Dichoso con Florinda. Mas la suerte,
Que trata los consuelos delos hombres,
Como el viento a las hojas por otoño,
Quando de ellas los arboles despoja,
Le estaba amenazando la desgracia,
I mayor desventura, que Gesaldo
A Beltrando indicò en su despedida.
Mas quien cree a un pronostico funesto
En el colmo mayor de sus delicias?
Gozabanlas entonces los esposos
En aquel apacible, y quieto asilo
De su felicidad, donde esperaban,
Para bolver a Tingis, la llegada
Del glorioso Calife, que enfrenàra
La pasion de Tarif con su presencia.
Sabian, que llevado ya el Calife
De su ambicion, se havia encaminado
Con su egercito inmenso por el suelo
Cireneo, sin que los arenales
Dela Libia preñados de serpientes,
De aspides, y de dipsas, y cerastas
Pudiesen contenerle. Un otro obgeto,

A mas dela conquista de la España,
Al celo dela gloria de Mahoma
Conducia al Sultan por aquel suelo,
Camino dela Libia. Respetaban
Mil siglos al oraculo famoso
De Jupiter Amon, y al sacro bosque,
Portento de natura, que en el centro
De un vasto mar de arenas abrazadas,
Conservaba perpetuos sus verdores,
I acrecentaba el cnlto, y el concepto
Dela divinidad, que en torvo aspècto
De cornudo carnero, pronunciaba
Oraculos no menos celebrados,
Que los de Delfos. Este Dios, y templo
Era el obgeto, que llevaba en mira
De incendiar el Calife, lleno todo
Del espiritu sacro de Mahoma,
Que otro Dios, y otro culto no sufria
Quedase en piè, que aquel, que como nuncio
Del cielo, a establecer vino en la tierra,
Con su sangriento, y victorioso alfange.
Musa dime los pueblos, diferentes
En trages, lenguas, ritus, y costumbres
Que a su imperiosa voz juntò el Calife
En la ruina, y destruccion de España.
Entre tantas enseñas, y estandartes

Sobresalia lo bicorne luna
Ante cuyos temibles resplandores
Sus humilladas frentes inclinaba
Aquella muchedumbre de naciones
Al musulman imperio sugetadas.
Entre ellas se contaban los Bactrianos,
Los Armenos, y Persas, los Asirios,
Los Fenicios, los Lidios, y los Medos,
Ni se eximieron del severo imperio
Del Calife los ultimos Egipcios,
Los que adoran al Ganges, en sus fuentes,
Los que beven al Tigris, y cultivan
Las fertiles riberas del Enfrates.
No era inferior el numero de requas
De cebras, de camellos, y jumentos,
Que abastecer devian tantas gentes
De sustento, y bevida en los desiertos,
I secos arenales dela Libia,
Que dejaban al Nilo casi exhausto.
Con esta inmensa multitud de pueblos
I animales, pasado ya el desierto
I arenal cireneo, y superados
Infinitos desastres; el Califa
Asienta su real entorno al templo
De Jupiter Amon, enriquecido
De devotas ofrendas de mil pueblos,

Que de remotas partes dela tierra
Iban alli a ofrecer de sus tesoros
Los piadosos tributos. Como obgetos
Dela superstición, e idolatria,
El Califе abolirlos determina
Con el bosque, y el templo. En esto emplea
Cien mil barbaros brazos, que la llama
Jntolerante les aplican. Esta
En el bosque se ceba, y se dilata,
I levanta un incendio interminable,
Que a los ojos presenta del Califе
Un devoto espectaculo, que el mismo
Contempla desde lejos, asentado
Sobre su alto elefante, y lo acompaña
Con devotas plegarias a Mahoma.
Parecio que el esperitu terrible
Del Profeta acceptase aquella ofrenda;
Pues apenas en vastos torbellinos
El humo ya cebado del incendio
En los troncos, y ramas dela selva
Ocupò la admospera; formò en ella
Una inmensa nubada, que cubria
De lobreguez terrible todo el cielo:
Rasgò luego un relampo con trueno
El seno de aquel velo de tinieblas
I deja abierto en èl por largo trecho,

Un luminoso circulo, que ocupa
La gigantesca imagen de Mahoma.
Dos rodelas de fuego parecian
Sus encendidos ojos, a manera
De hierro caldeado, que chispea,
Batido en el ayunque, sus carrillos
Hinchados, despedian por la boca
Un torrente de fuego, sobre el templo
De Jupiter Amon, que en un momento,
En cenizas redujo aquel sagrario
Que mil siglos havian respetado.
Mas que no acaba, y no consume el tiempo
Por manos delos hombres? Vio el Egipto,
Cuna de mil deidades, destruidos
Sus templos, y sus cultos mas antiguos
Hechados al olvido. Enmudecieron
Isis, y Osiris, ni dio mas ladridos
El Dios Anubis. Asentò sobre ellos
Su brazo destructor el fiero zelo
Del arabe Profeta, y en cenizas
Los redujo, sin que nos quede de ellos
Rastro de sus efigies, y sus cultos.
Su aparicion, en forma de gigante,
De terror sacro, y religioso espanto,
Cubrio los corazones de la inmensa
Muchedumbre de pueblos, que seguian

A su sacro estandarte, y al aspecto
Terrible de su forma gigantesca
Cosieron en la tierra sus semblantes.
No menos penetrado de su vista
El Meramamolin, en el transporte
Dela satisfaccion, que le infundia
Su divino Profeta, acia el inclina
Su turbantada frente, y con respeto
Desde el gran Elefante, asi le dice;
O sangre de mi sangre te venero;
Heredero qual soi del vasto imperio
I del precioso solio, cimentado
Sobre eternas columnas de diamante,
Siento en mi el mismo zelo, con que en polvo
Redugiste a eso templo, y ese bosque,
En que ocultaba su profana frente
La Idolatria, que en mil varias formas,
Extendio su dominio a todo el suelo.
Levantare sobre ella las mezquitas
Consagradas al culto verdadero,
Del Dios, que te eligio, para que fueras
Nuncio del cielo, y luz de los creyentes.
Extenderè la gloria de tu nombre
Sobre toda la tierra. Tu mis pasos
Dirige, y el camino dela Libia
Inaceesible a todos los vivientes

A mi egercito hallana. Asiento sea
De mi victoria el trono dela España.
Dijo asi Ulit; y la terrible sombra
De Mahoma fijando en el sus ojos,
Desaparece, y deja despejado
El cielo de los negros torbellinos
Del humo del incendio. Al terror, que antes,
Ante el acatamiento del espectro
Tenia anonadada aquella inmensa
Muchedumbre de pueblos diferentes,
Sucede el alborozo y maravilla
Dela veneracion, que la presencia
De una deidad aparecida, infunde.
I con gran algazara de tan varios,
I barbaros accentos, manifiestan
El gozo, y el aliento, con que emprenden
El camino espantoso dela Libia,
Arido, estéril, seco horrido, hiermo,
Sin sombra, sin verdor, sin gota de agua
Que repele de si todo viviente.
I qual si fuera un monstruo interminable,
Abrir sus secas fauces parecia
De par en par, para tragar aquella
Muchedumbre de gentes, y animales,
En su abrasado seno, sin asilo,
I sin abrigo alguno, en que pudiesen

Tomar algun descanso, o defenderse
Delos ardientes soles, que sobre ellos
Desplomaban sus rayos, y encendian
Las arenas, que hollaban, y abrasaban
Sus fatigadas plantas. Ni otro obgeto,
Presentaba a sus ojos, que un imenso
Occeano de arenas, que a perderse
Jba en el orizonte con el cielo.
Sobre su indiana fiera, circundado
El Calife de Ulemas, y ministros
De su corte, seguia a tantos pueblos
En su pausada, y trabajosa marcha
Negandoles la noche aquel descanso
Que les robaba el dia amanecido.
Crecia el desaliento, y desconsuelo,
Deviendo luchar todos con el suelo
Instable, y movedizo, que atascaba
Las huellas de sus plantas, que asaltaba
Ora la horrible dipsa, ora el cerasta,
Que les daba la muerte, preferible
A tantas penas, y trabajos juntos.
No era menor el riesgo, que corrian,
De verse todos ellos sepultados
Bajo la misma arena, que pisaban,
Levantada en horribles torbellinos,
Por los furiosos vientos, que la vista

Robabanles, al paso, que cubrian
Sus rebentados miembros, dela areña,
Cuya llanura en montes trasformada
Obstaculos mayores oponia,
Y trabajos mayores a su marcha,
Sin esperanza de llegar al cabo,
De tan funesto, y proceloso vado.
Semivivos los mas, y extenuados
De fuerzas, y de aliento, preferian
A tan duros trabajos, y congojas
El estremo descanso dela muerte.
No se eximia sobre su elefante
El califе de angustias, que aunque ciegue
La ambicion los feroces corazones
De los conquistadores inhumanos,
Y los empedernezca, sin embargo
La gran falta de gente, y animales,
Y de sus mismos elefantes muertos
De hambre, de sed, de abrumo, y de ponzoña
Arredraban sus miras ambiciosas.
Mas el hombre a la fin que no supera?
Asi aquella forzada muchedumbre
De pueblos infelices, que sembrada
Dejaba de cadaveres la Libia,
No pereciò por eso toda entera.
Mas semejante a una aburrida chusma

De marineros, que en su borrascoso,
I trabajado rumbo, no descubre,
Que mar, y cielo, si se les presenta
La deseada tierra, la saluda
Con repetidos gritos de alborozo,
Como termino ansiado de sus penas,
I sufridos trabajos; asi aquella
Muchedumbre de pueblos, abrumados
De tantos males, luego que a los ojos
Seles presenta la elevada cumbre
Del numidico Alfar, con alta grita
De indecible alborozo, lo saludan,
I con mayores ansias apechugan
Contra el esteril, y arenoso suelo,
Que el fin de sus trabajos les promete.
Previenen la llegada del Califa
Muza, Tarif con troges, y refrescos,
De que necesitaba tanta gente,
La que entra en la Numidia, semejante
A una nubada inmensa de langostas,
Que desplomandose sobre los campos,
Devoran sus cosechas, sin que rastro
Degen en ellos de verdor. Reciben
Con pompa, y aparato soberano
Al Sultan sus dos gefes, y le entregan
Los reinos conquistados, que antes fueron

De Boco, de Jugurta, y Masinisa,
A que añaden las plazas tingitanas
Que entregò el conde don Julian. Alaba
I agradece el Calife sus servicios.
Pero llegado a la ciudad de Tingis,
Hecha menos al Conde, a quien desea
Agradecer su entrega. No sabiendo
Tarif su paradero, solo puede
Informar al Calife de su ausencia
Clandestina de Tingis, con Florinda.
Muestra el Sultan deseos de su hallazgo
I para complacerle se renuevan
Desvelos, y pesquizas. Mas la fama,
Impaciente, qual suele, de ganarse
Las agenas albricias, llegar hace
Al oido del Conde los deseos
Del Miramamolin, y confiado,
Que su augusta presencia contuviera
La pasion de Tarif, se pone luego
En camino de Tingis, con Florinda,
I su esposo Beltrando. Ya llegados
Todos tres se presentan al Calife,
El que atonito queda, y deslumbrado
Dela rara hermosura de Florinda,
Qual la fama la havia pregonado.
Les recibe el Calife con agrado,

I al Conde manifiesta el grato aprecio,
Que conservaba, a su preciosa entrega,
Diciendole con rostro mui afable;
Seguro delos nobles sentimientos
Que dan alma a tu esfuerzo, y valentia,
Quiero llamarte a parte, Conde ilustre,
Dela gloria, que deve grangearme
La conquista de España. En ella, el cargo
De general confio a la venganza
De tu honor ultrajado, que a mis ojos
Te exime dela tacha ignominiosa,
Qualquiera, que esta sea, que te imponga
Tu patria resentida, por la entrega
Delas llaves del Reino, merecida
Por su Rei disoluto, y si la llevas,
Sera como las manchas, que no ofuscan
Al resplandor del sol. Recibe el Conde
Con respeto el discurso del Califa,
I le muestra sus gratos sentimientos,
Con que de èl se despide. Sorprendido
Entretanto el Califa dela vista
Celestial de Florinda, que en èl borra
Todas las hermosuras, que el oriente
Tributò a sus placeres asta entonces,
Concibe los ardientes incentivos,
Que le infunden sus gracias, y hermosura,

Y anhela poseerla. Mas contiene
A sus vivos anhelos el recuerdo
Del Conde don Julian, de quien ès hija,
I de quien desdigeran los embites,
Quales quiera, que fuesen, los que hacerle
Pudiera un soberano. Congojado
Su amoroso deseo, contenido
De su discreta reflexion, quisiera
Hallar un expediente, que pudiese
Conciliar a sus ansias amorosas
Con el decoro, y el honor del Conde,
I con los de Florinda; y no encontrando
Otro medio mas proprio, y decoroso,
Que el de pedirla por esposa al padre,
Abraza este partido; y da el encargo
A Tarif de pedirsela. Abismado
Queda Tarif de tal encargo, y hierta
Su pasion por Florinda, cuya vista
Havia renovado sns lisonjas.
Mas sufocarlas deve a su despecho,
I obedecer al orden del Calife;
I aunque llevado de celosa rabia,
Al conde se presenta, y le declara
El supremo deseo del Calife.
Queda el Conde aturdido, y consternado,
De tan estraña novedad, ni sabe

Que contestacion dar a tal mensage.
Que le dira? Que tiene contraido
Florinda un sacro enlace con Beltrando
Que disolver la lei no le permite?
Que ella aborrece a la otomana secta,
Y a todo Musulman a par del aspid?
Al fin se escusa con Tarif, diciendo;
Que aunque era padre de Florinda, dada
La tenia a Beltrando en casamiento.
Ni disponer podia de su mano,
De que otro era ya dueño. Oye con ojos
Encendidos de rabia de sus celos
La respuesta Tarif, del mismo Conde,
Y al Sultan sela lleva. La recibe
El Calife con ceño amoinado,
Como si lei suprema ser deviese
Su voluntad manifestada; y quiere
Levantar a Florinda al grado excelso
Del talamo imperial, creyendo en ello
Otorgarle el honor mas eminente,
A que pueda aspirar mortal alguna.
Pero Florinda, oyendo de su padre
La pretension estraña del Calife,
Alzando al cielo sus brillantes ojos
Exelama asi; O Supremo, y adorable
Autor delo criado! Si devia

Ser para mi fatal en tanto grado
El don dela hermosura, que ser suele
Idolatrada delos hombres todos
Sobre los demas bienes dela tierra,
Qual egemplo de triste desengaño,
A nuestro sexo, devé ser la mia
Expuesta siempre a tan funestos males
Que sufri, no agotados toda via?
I quando parecia haver saciado
La suerte en mi su saña, en mi primera,
Desventura, exponiendo mi inocencia
I mi honor al oprobrio, que borrado
Tenia en parte un adorable esposo,
Otra mayor desgracia me amenaza,
Si ese Calife aborrecible intenta
Arrancarme del seno de Beltrando;
Para tenerme envilecida esclava,
Victima de un amor abominable;
No lo permitais cielos! Pues si estàme
Una suerte tan negra destinada,
La prevendrè con voluntaria muerte,
Que prefiero mil veces a tal vida
Privada para siempre de mi esposo.
No sin llanto a sus ojos asomado,
Oye el padre y Beltrando la protesta
Que profirio Florinda en su presencia.

Pero como expresion del sentimiento,
Qoe no suele cumplirse, solo atienden
A consolarla, y confortarla, y buscan
Escusas, y razones, solas armas,
Que pueden oponer a la suprema
Voluntad del Calife, a fin desista
De tan odiosa pretension. En vano
Hace llegar el Conde sus escusas
Al oido de Ulit. Sin hacer caso
De razon, sometida a sus antojos,
Quiere sea Florinda declarada,
A pesar de ella, esposa del Califé,
Sultana, y compañera de su trono,
I talamo imperial. Ès la primera
Florinda a recibir a los Ulemas
Que le traen la nueva, acompañada
Del precioso turbante, y ricos dones
Que lo ofrecen por parte del Califo
Dandole sus sumisos parabienes.
Florinda al verse sola, conociendo
Inevitable su desgracia, arroja
Toda vana lisonja, y ya resuelta
Al sacrificio de su infeliz vida,
Con despechosa indignacion deshecha
El precioso turbante con los dones
I a la pasion se niega del Calife,

Diciendo a los Ulemas; id; llevadle
Esos dones, a quien me los embia;
I decidle, que yo no naci esclava
De su pasion, por mas, que Rei de Reyes
Se intitule. Reciben los Ulemas
Esta fiera respuesta con asombro,
I se despiden. Ya partidos, llega
El Conde consternado con Beltrando
Ambos a dos sugierenle pretextos
Para evitar la indignacion, y enojo
Del Calife, por ella provocado,
Con aquel manifiesto desacato
De negarse a sus dones, y persona
Sin templarlo a lo menos con escusas
Sumisas, y con ruegos reverentes.
Mas resuelta Florinda, qual lo estaba
A poner fin a su funesta vida,
Disimula con serio, y frio aspecto
Su determinacion; pues bien veia,
Que iba perder su inapreciable dicha
En su union con Beltrando. Importunada
Finalmente la misma delos ruegos,
I del llanto del padre, y de su esposo,
Asi empezò a decirles; Sosegaos
Remedio, y fin suelen tener lo males;
I lo tendran los vuestros, y los mios.

Entre estos, el que mas en este instante,
Mi corazon sensible despedaza
Es, Beltrando mi amor, a extrema prueva
Puesto por el Calife: pues si devo
Ser su esposa, segun èl lo pretende
Sin escuchar razon, ni lei, ni fuero,
Os pierdo para siempre, sin remedio,
Y si como lo devo, y me sugiere
Mi corazon en luto, os antepongo
A todos los honores, y a la gloria,
Contenta, y satisfecha de ser vuestra,
Vamos sin duda a perecer entrambos.
Medio no queda: en vuestro arbitrio pongo
Esta fatal obcion. Aconsejadme.
Devo entregarme a los brutales brazos
De un musulman? De otro marido, aunque este
Domine a todo el suelo? Abdicar devo
La fè, la lei, el culto de mis padres,
I abrazar una secta aborrecible?
Podrè verme privada para siempre
De vos, Beltrando, de quien reconozco
Mi mayor dicha, la que sin vos pierdo?
No, no. La muerte sola dividirme
Podra de vos, Beltrando, antes que un otro
Abuse de mi honor, de mi recato,
I de mi honestidad, a pesar mio.

Apenas esto dicho, en un momento,
Rapidamente saca de su seno
El puñal que llevaba prevenido
Para este intento, con el que llegando
A herir su corazon, fenece, y cae
En el suelo sin vida, sin dar tiempo
Al padre, y a Beltrando, que tenian
Empañados de lagrimas los ojos
Para impedirle el ademan; y solo
El desplomo del cuerpo les advierte
De su funesto trance, con la sangre
Que vertia la herida. Horrorizado,
I sufocado del dolor el padre,
En el asiento cae, abandonado
De fuerzas, y sentidos. Mas Beltrando
Sin prorrumpir en quejas, y lamentos
Arrebatado de su amor, se arroja
En el suelo junto a ella, y arrancando
El puñal dela herida, selo clava
En el seno, diciendo; alma divina,
Espera, que te alcance, y que te abrace
Esta mia. Sin ti, como podia
Sobrevivirte, tu infeliz esposo? . . .
Las vascas dela muerte, no le dejan
Expresar sus lamentos, en que expira
Abrazado con ella. Los primeros,

Que el acaso conduce a ser testigos
Del horrible espectaculo, reculan
De terror compasivo, al ver tendidos
En el suelo enchargados en su sangre
Al uno, y otro esposo, y sin sentidos
Al Conde don Julian en el asiento.
A las voces, y gritos lamentables
Dela agitada fama, acude el pueblo
Consternado, y sus ojos compasivos
No acaba de saciar en la hermosura
Del rostro de Florinda, bien que muerta.
O dichas deleznables de este mundo!
Tarde, o presto la muerte las acaba.
Avisado el Califa dela muerte
Aciaga, y voluntaria de Florinda,
Dejar no puede en su resentimiento,
De admirar la nobleza, y fortalezà
Del alma, que animaba a una hermosura
Tan rara, y sin igual; y como a esposa
Ia declarada suya, en su respeto,
Mandò cubrir de rico luto el solio,
Y erigirle un sepulcro sumptuoso
Digno de su grandeza, que guardase
De tan rara hermosura la memoria.

Canto 13.°

Aunque no prometia el Rei Rodrigo
Poder salir de aquel fatal letargo,
En que casi privado dela mente
Le tenia el antiguo vaticinio,
Verificado en el fatal hallazgo
Dela pintura, que encerraba el templo,
Sin embargo el esmero dela Reina,
I sobre todo, la victoria insigne
Que obtuvo don Pelayo dela hueste
Sarracena, bolvieron a ponerle
En las manos, las riendas del gobierno,
Dejando a don Pelayo todo el cargo
Dela iminente guerra, tan temible,
Que hacia inevitable la llegada
Del Calife a las playas Tingitanas;
Esta buelve a cubrir de nuevo espanto
Los pueblos españoles, asombrados
Del egercito inmenso, que consigo
El Calife traia; y temerosos
Del fatal vaticinio, que tenia
Consternadas sus tristes fantasias,
Esperar les hacia el solo amparo,
Y defensa del cielo, que invocaban
Con continuas plegarias en los templos,

Implorando con votos la victoria
Dela barbara hueste, que a sus vidas,
A su honor, a sus bienes, y a su culto,
El incendio, y estrago amenazaba.
No menos temeroso don Pelayo
Dela gran muchedumbre delos pueblos,
Que el Califе traia del Oriente,
I delos que esperaba dela Siria,
Se vio forzado a convocar los pueblos
Delos estados godos, en defensa
Del reino amenazado. A su llamada
Dejan los Equirenzas; y Bancasdas
Las faldas Pereneas, con los Ubios,
Que conduce el Señor delas Andurias
Tristan Silva, a quien une sus vanderas
El Conde Tentamaro. Por enseña
Lleva un oso, aterrado por el mismo
Brazo, a brazo en la caza. Les seguia
El esforzado Ansalda, que llevaba
Asoldados los fuertes Jaquetanos
Los Abaudas, e Itursios montañeses.
Apresuran tras estos su llegada
Los Galogodos, que las faldas pueblan
Transpirencas, y aquitanos campos,
Que el Rodano, y Sequana fertilizan,
Jlva de real sangre les conduce

Descendiente de Vamba, cuyas canas
Bajo dorado morrion, su esfuerso,
I militar talento condecoran.
Dejan gustosos sus paternos lares,
Los que las vegas de Gerunda riegan,
I los llanos de Ampurias, que el Teraso
Fertiliza, y Sigeris. Con ellos
Unense los Olonios, y manresios
Con los Tarragonenses, distinguidos
Con las gorras que llevan encarnadas
I calzado de cañamo zurcido,
Armados todos van a la ligera,
Veloces, como gamos en el curso.
Precedenles los fuertes Celtiberos,
Alavios, Situbenses, y Meursios
Cuyo géfe es Tentrando; van armados
De espadas, y de dagas, celebradas
Por su temple, que deven a las aguas
Del pausado Xalon. Entre ellos, muchos
Jactan la descendencia de Numancia
Otros tambien aquella de Sagunto.
Mas sus degenerados sentimientos
Con la perdida libertad, desmienten
Su gloriosa jactancia. Mas preciados
Dela fertilidad de sus campiñas,
Que el Sucaris, y el Lauris enriquecen,

Se distinguen los Astiges, y Turios.
Los ilbrenses, y Lirios, los Vilenos,
Los Salàres, los Jàtivos, y Musios
Monteras romas llevan por sombreros,
I cubren sus cinturas, y sus muzlos,
Con anchos, y disueltos zaraguelles.
Sus pies abriga su notivo esparto,
I llevan a la guerra por trompetas
Agudas chirimias. Mas el Ebro
Resonar oye parches militares
Lo largo de sus fertiles riberas,
Que dejan los Isurios, y los Nasias,
Los Riogenses, lo Visurios, y Audas;
Que conduce Ildebrando, descendiente
Del Rei Recesuinto. Desdichada
Ademira, la buelta en vano esperas
De tu querido esposo prometido;
Asombra un triste aguero a su penacho,
Mientras se arranca de tus tersos brazos
Para esperar en ellos mejor suerte,
Que aquella, que le amaga su destino.
De su invicta nobleza presumidos
Los Astures, y Cantabros descienden
De sus nevados montes, con abarcas,
I casquetes de cuero que les cubren
Sus desgreñadas sienes; van armados

De lanzas, y broqueles, con estoques.
Ni los Suevivandalos Galesios
Quedan atràs. El Conde Amalarico,
Que los capitanea, junta de ellos
Un numerso egercito compuesto
De varias armas, trages, y lenguage.
El iminente riesgo dela patria
Los llama a todos; y los que mas tienen
Que perder, mas dispuestos y mas prontos,
Se muestran, y se prestan al peligro.
El Tajo vè tambien en sus riberas
Armarse los Bastenios, y Bagastas,
Los Selverios, y Talgas montesinos
Oye el Durio los sones militares,
Que llaman a la guerra a los Fesenios,
A los valientes Ceudas, y Equilenses,
Bajo los estandartes diferentes
De Ardemio, de Ardemiro, y Gudemaro,
Ufanos de su nombre lusitano.
Ni mezcla de otros pueblos españoles
En sus vandas admiten. Distinguirse
Quieren delos demas en la batalla;
Ni godos quieren ser, aunque sugetos
A la dominacion del cetro godo.
Mientras se apercibia asi la España
En su propria defensa, y acudian

Los pueblos delas partes mas remotas
Para formar egercito, bastante
Que oponer a las tropas del Calife.
Este surta la armada de la Siria,
Que esperaba con ánsia, se dispone
Para pasar a España, y conquistarla.
A este fin da el encargo a sus dos gefes
Muza, y Tarif, para que le precedan
Con mil naves, y el nervio de sus tropas
Para que viesen de ocupar un sitio
Donde asentar pudiesen sus reales,
I esperar su llegada. Se dispone
El embarco. La mar queda asombrada
De tanta vela, que dirige el rumbo
Acia las costas dela España, y llegan
A ponerse a la capa. Alli dividen
Los dos gefes sus tropas agarenas,
Para hacer mas seguro el desembarco
En dos opuestos sitios, con intento
De dividir las fuerzas delos Godos.
Consigue de contado ganar Muza
El puerto Ilicitano, y rechazadas
Las fuerzas, que los Godos le presentan,
Asienta, y fortifica sus reales
En los vecinos montes. Por su parte
Tienta Tarif un falso desembarco

En la ensenada herculea, a donde llama
Las fuerzas delos Godos; mientras logra
Con parte de otras suyas ganar tierra
Al pie del monte Calpe, y se apodera
Dela ciudad de Ipona, a quien dar quiso
Su nombre, que corserva toda via,
Llamandola Tarif. Asegurado
El Miramamolin de estos sucesos
Resuelve pasar luego, y embarcarse
Con la caballeria. Prevenido
El Conde don Julian por el Califa
De su resolucion, quiere dar antes
Su postrer despedida a las cenizas
De su amada Florinda, cuya tumba
Regaba cada dia de su llanto,
Con que desahogaba el sentimiento
Indeleble, que a vista de su muerte
Violenta privòle de sentidos,
Pero despues, que a fuerza de remedios
Pudo bolver en si, su dolor mismo
En desesperacion degenerado
A privarse le incita dela vida
A egemplo de Florinda, mas al tiempo
De empuñar el acero, la memoria
Del ultrage del Rei en èl aviva
La rabia, y el furor que le recuerdan

Que dejaba invengada con su muerte
A su amada Florinda. Este recuerdo
Le da una sofrenada, que le impide
La accion, y le contiene; pero luego
Arrojando el acero con despecho,
Dirigele la voz, con que le dice;
Jnstrumento de muerte, era consejo
Cebarte en mis entrañas, y en mi sangre
Sin vengarla? No, no; perezca el torpe
Ultrajador de mi nobleza, y nombre
Lo jurè; No hara vano al juramento
Mi anticipada muerte. Mientras vivo
Mi rencor alimente a esta Esperanza.
I sin añadir mas alza del suelo
El arrojado acero, y con el corre
A renovar su fiero juramento
Sobre la tumba de Florinda. Apenas
Su mano asienta en ella, que la tumba
Se estremece, y al Conde deja hierto.
Se deja ver tras ella de repente
La Furia Alecto, acompañada de otras,
Crinadas todas ellas de serpientes,
Con teas encendidas en las manos,
Con que señalan al sepulcro, y dicen
Vèngala, y esto dicho; de repente
Desaparecen. Queda consternado

El Conde de su vista, y dirigiendo
La palabra a Florinda; No lo dudes
Le dice: alma adorada. O bien mi sangre
Derramarè gustoso en la demanda
O bien la del tirano, borrar deve,
La mancha de tu honor amancillado.
Besa, esto dicho, con dolor la tumba,
I se desprende de ella con suspiros
De rabia despechosa, con que parte,
Y acia las naves se encamina, prontas
Para entregar las velas al solano,
Cuyo soplo les era favorable.
Tenia ya dispuestas el Calife
Mas de mil otras naves, encargadas
De llevar lo restānte delas tropas
Con la cavalleria. Le recibe
La capitana con solemne pompa,
Acompañado de sus sacerdotes,
I principales gefes dela armada,
Con quienes alza su plegaria al cielo
Para que el mar y vientos allanasen
El paso a la victoria, que segnia
Sus estandartes. Hecha esta plegaria,
Da luego la señal dela partida.
Recibenla con algazara alegre
Todos aquellos pueblos, asoldados

A la ambicion de un hombre solo, y zarpan.
Hinche las velas el propicio viento,
Que las naves engolfa, y que gemian
Bajo el inquieto peso delos brutos,
Que asustaban la mar con sus relinchos.
Atraidas de aquellos nuevos ecos
Las deidades marinas, y tritones
Asombrados de tanta muchedumbre
De naves, y animales, los seguian
De lejos asustadas, y curiosas
Viendo sulcar su liquido elemento
Los atrevidos hijos dela tierra.
Mas no tarda a robarles esta vista
El viento favorable, que frizaba
Las olas apacibles, y que entrega
Toda la armada filizmente al puerto,
Al que su rumbo dirigia. Corre
Obsequioso Tarif a prosternarse
Ante el acatamiento del Calife,
Que con pompa solemne desembarca.
Mas asentado apenas su pie en tierra,
Parecio que la España con sus montes
Se extremeciera, como si al impulso
De soteraneos vientos se moviese;
Acaso presintiendo la ruina,
Que Ulit le amenazaba. Ya al aviso

Del grande movimiento dela armada
Del Miramamolin, junto tenia
Don Pelayo su egercito, formado
De todos los guerreros dela España,
Que una vasta extension cubrian de ella,
Esperando a que parte dirigiera
Su ataque el enemigo. Asegurado
Que sus fuerzas havian dividido
Muza, y Tarif, y que los dos tenian
Ocupadas las costas por dos partes,
En otras dos su egercito divide,
Para hacer frente al enemigo. Havia
Salido el Rei de su enagenamiento;
Pero inclinado siempre a los placeres,
Y a los divertimientos, olvidado
Del fatal vaticinio, a ellos se entrega,
Sin cuidarse ya mas dela venganza
Del Conde don Julian, ni del peligro
Terrible, a que tenia aquella expuestos
Su trono, y sus estados. Parecia
Que el Destino indignado, le cegaba
Para obrar sin concierto en su ruina.
Pues aunque ya tenia el enemigo
Ocupadas las costas de su reino,
Hacia alarde de menospreciarle,
Como si el menosprecio grangearle

Deviese la victoria. I como si esta
Inclinase a la parte dela pompa,
I dela ostentacion dela grandeza,
A vista del peligro, se ocupaba
En adornar de oro y marfil, la biga
Con que queria entrar en la batalla,
Cortejado de toda la nobleza,
Que aporfia ostentaba en sus adornos
La riqueza que la condecoraba.
I que antes parecia una pomposa
Comitiva de Justa, y de torneo,
Que aguerrida falange, que seguia
A su monarca en el mayor peligro,
Que amenazaba a su corona, y trono.
Al engreido fasto, al lujo ufano
Acompañaba en mesas, y combites
La profusion, amiga de regalos,
De placeres, y vanos regocijos,
Agenos del estruendo belicoso.
Llega en esto la nueva no esperada
Dela llegada del Calife al campo,
I de haverse ya Muza apoderado
Del puerto ilicitano. Esto le obliga
A embiar luego egercito, que enfrene
Los intentos de Muza, y que le impida
Jnternarse en èl reino. Da este encargo

Al imberbe don Sancho su sobrino,
Inexperto en las armas, y en el mando;
Mientras èl con su egercito mas fuerte,
I superior en numero, acia el campo,
Donde el Calife atrincheraba el suyo,
Asienta su real en las riberas
Del rio Guadalete. Alli dispone
Su egercito en batalla; El ala derecha
Confiar quiere a su materno tio
Valadimiro, y la siniestra a Opas,
El arzobispo, hermano de Vitiza,
Ageno por su sacro ministerio,
De aquel encargo militar. El centro
Se lo reserva para si, y olvida
Del todo a don Pelayo, que se hallaba
Alli en el campo, y que salvado havia
El reino, tan poco antes invadido
Por Tarif, con victoria tan insigne.
Como pudo dejar de resentirse
De tan patente agravio don Pelayo?
Lleno de indignacion, y de despecho
Abandonar el campo determina
I Bolver a sus montes de Cantabria.
Ia tenia despuesta su partida,
Quando en la noche precedente al dia,
En que devia egecutarla, en sueños

Vè a Gundrico, que en el ademan mismo,
Con que le adotrinaba en su edad tierna,
Le decia; En que piensas, hijo ilustre
De Fàvila, y a donde te aconseja
Tu injusto sentimiento, te encamines?
Al campo del honor, y dela gloria
Quieres desamparar en el momento,
En que la patria, en su mayor peligro
Tu aliento, y brazo implora en su defensa?
Quegese, y se resienta de un agravio
El que mendiga gloria con las armas.
No el que con estas mereciò, que aquella
Coronase sus sienes. El despecho
Por un injusto olvido, es siempre indigno
De un alma grande; la que lo soporta
Con magnanimidad, si lo padece.
Resalta mas la gloria de un sonrojo,
Que sufre aquel, que menos le merece.
Jamas se venga el merito ofendido.
Lo venga mas aquel, que lo conoce.
Desaparece, apenas esto dicho,
La sombra de Gundrico, y don Pelayo,
En acto de abrazarla, se dispierta,
I hecha de ver ser sueño de su mente
La aparicion, que a su alma le recuerda
Los consejos, que aquel le dio en su infancia

I de ellos se aprovecha, sufocando
Su gran resentimiento; y en su tienda
Espera los sucesos venideros
A grado del Destino, que a las veces,
Aunque parezca opuesto a los intentos
Del corazon humano, los atiende.
Encerrado tenia ya el Calife
A su egercito inmenso en sus trincheras
Con la caballeria inumerable,
Ocupando el espacio, que mediabà
Entre Calpe, y el seno gaditano.
Casi igual extension llenaba el campo
Del egercito godo. En èl convoca
El Rei sus generales a consejo.
I les propone si le convèniera
Asaltar la trincheas enemigas,
Antes que en ellas se fortificara
El llegado Sultan, y que tentase
Presentarle batalla. No podia
Olvidar en tal lance el Rei Rodrigo
Llamar a don Pelayo a su consejo
Ni el tampoco se niega al llamamiento;
Mas se presenta en el, fortalecido
De los sabios consejos de Gundrico;
Y con noble llaneza, sin resabios
De algun resentimiento, ni disgusto,

Expone las razones, y motivos
Porque al reino, y al Rei interesaba,
Arriesgar un asalto a las trincheas
Del enemigo, antes que se internase
Con tanta gente barbara en el reino.
Siguen su parecer los demas gefes
El Rei lo aprueva, y sin querer, resarce
Con su veleidad acostumbrada,
El padecido agravio a don Pelayo,
Confiandole el mando delas tropas,
Que acometer devian las trancheras
En su extension inmensa. Todo el campo
Se pone en movimiento, y animado
De los sones de tantos instrumentos,
I mucho mas dela presencia ilustre
De don Pelayo, se encamina al campo
Del enemigo; el que en distancia viendo
El intento del Godo, cubrir manda
Las trincheas, de honderos, y flecheros,
Para impedir el acometimiento
Delas lanzas, y aceros enemigos.
Los Godos confiados en sus armas,
Con denuedo acometen las trincheas,
Pero nubes de dardos, y guijarros
Les rechazan, y oprimen, ni les dejan
Dar un paso adelante, sin que queden

Muertos, o heridos. Pero no desisten
Por eso de su empresa. Compelidos
Del egemplo, y la voz de don Pelayo
Arremeten de nuevo. Se suceden
A los muertos o heridos otros sanos
Que experimentan suerte semejante,
Sin que el broquel, o escudo, o la rodela
Que les defienden, les alivie el daño.
De frente, o de soslayo heridos quedan,
Quedando inoperosas en sus manos
Las armas ofensivas. Don Pelayo,
A vista de tan grande desventaja,
Sin poder acercarse a las trincheas,
Piensa poner al frente de las filas
De todos sus primeros batallones
Qantos havia armados en el campo
De viseras, y petos, que eludiendo
Los tiros delos dardos enemigos,
Llegasen a cerrar con los flecheros
I abrir el paso a los lanceros godos.
Tomado este expediente, se disponen
Los batallones con las armaduras
Toma las mismas armas don Pelayo,
I en persona al asalto les conduce.
Los flecheros sin uso de otras armas
Que sus flechas, inutiles de cerca,

Rechazados se ven sin resistencia
Mientras que resonaban, a manera
De granizo lanzado delas nubes,
Las piedras, y los dardos, disparados
En los petos, y escudos delos Godos.
Pueden estos asi sin tanto riesgo
I con mayor aliento apoderarse
De las trincheas, que cubiertas dejan
De muertos, y de heridos. Don Pelayo
Les siegue, y les sostiene con su egemplo;
I aunque los enemigos les oponen
Otras armas mortiferas de cerca,
Mantienen el comb.te con esfuerzo.
Avisado el Califè, que los Godos
Havian penetrado en los reales,
Carga sobre ellos sus mayores fuerzas
Bajo sus gefes respectivos, y arde
Dentro delos reales la batalla,
Combatiendo a pie firme, cara a cara,
I con estrago igual por ambas partes;
Quando Abdul Abensid, gefe esforzado,
Reconoce de cerca a don Pelayo,
Por gefe delos Godos, que cebado
En la matanza, el ademan no advierte
Del feroz Abensid, que en èl descarga
Su reluciente alfange. La celada

No puede resistir al fiero golpe,
I penetra el alfange asta los sesos,
I en el suelo, sin fuerzas, le derriba.
Los Godos, que a su lado combatian,
Muerto le creen: mientras que los unos
Le defienden, los otros se le llevan
Entre sus brazos, para poder darle
Honrosa sepultura. Sin su gefe
Los Godos desfallecen, y el pie ceden
Dejando las trincheas enemigas
Cubiertas de cadaveres. Sensible
El Rei Rodrigo a tan fatal desgracia
De don Pelayo, bien que diese indicios
De sufrir cura, manda conducirle
A la ciudad de Endebia, destinada
Por su salubridad, y por sus aguas,
Para cura de enfermos distinguidos.
Mas fue el Destino, el que se sirvio entonces
De aquella herida, al parecer aciaga,
Para salvarle, y conducirle al trono,
Que le tenia reservado; al tiempo
Que dejaba privado al Rei Rodrigo,
I a su reino, de aquel, que por su esfuerzo,
I militar talento, preservarle
Pudiera de su proxima ruina.
El Calife informado de aquel lance,

Por los cautivos, bien que no queria
Presentar la batalla por entonces,
Esperando del Africa otras tropas,
El acovardamiento, y la flaqueza,
De los soldados godos, y el hallarse
El Rei sin generales, y sin fuerzas
Iguales a las suyas, aguerridas,
I la consternacion de todo el reino,
Arriesgar le aconsejan la batalla.
Ni pasar deja la iminente noche
Sin tomar las devidas precauciones
Para asaltar el campo delos Godos,
En el siguiente dia. Discurria
Por entre el campo godo, en lento curso
El rio Guadalete. Levantada
Junto a èl tenia su pomposa tienda
El Rei Rodrigo, donde entregò al sueño
Las congojas, y afanes, que sentia
Por la reciente perdida, y la falta
De don Pelayo, que le renovaban
La memoria fatal del vaticinio,
I el hallazgo del lienzo; quando al tiempo
De ausentarse la noche, acompañada
Delas nocturnas aves, y del triste
Silencio, que cedia al nuevo dia
El escuro Emisferio, se aparece

Al Rei adormecido, el Dios del rio,
Coronado de adelfas, apoyando
Su diestra a una alta caña, revestida
De larguicorvas hojas, que con rostro
Fruncido le decia; Como? Duermes
Rei desgraciado en el fatal momento,
En qne te està amagando el enemigo
La muerte, y la ruina de tu reino?
Sus; levantate, y huye. No te queda
Momento, que perder. Huye, te digo,
I retira tu egercito a los montes,
En donde lo pertreches, y asegures
Tu defensa, sin exponer tu trono,
I tu vida al azar de una batalla,
Contra tantos feroces enemigos.
Mira alli al Conde don Julian, que anhela,
Centelleando de furor sus ojos,
El momento fatal de su venganza,
Que lavar quiere en tu vertida sangre
El padecido ultrage. Ja dispierta
Con el alfange en mano, sus feroces
Batallones Tarif; y por el campo
Discurre Almanazar, y el negro Zama
Exortando los suyos al combate
Y sobre su elefante, el gran Calife
Señala con el dedo a la victoria

Tu trono estremecido, y tu corona.
Mas ah! se opone tu fatal destino
A mis tardos consejos, y cansado
El mismo de tus torpes desafueros
A tu fatal ruina te abandona.

Canto 14.°

Dispierto el Rei Rodrigo en sobresalto
Del soñado discurso, sale a fuera
De su tienda en congoja. Alboreaba
El dia, en el momento, en que recibe
El aviso fatal de disponerse
El enemigo egercito en batalla.
El viento conducia a sus oidos
El eco delos barbaros lilies,
I roncos atabales, que a lo lejos
Espantaban la noche fugitiva
Del renaciente albor dela mañana.
Oprimido de angustia el Rei Rodrigo
Presiente su ruina inevitable;
I semejante al que sobrecogido
Del susto, que le infunde de repente
La vista del ladron, que le acomete
Ni sabe huir, ni defenderse sabe;
Mas deja despojarse, abandonado

Al funesto accidente, que le toca.
No de otro modo el Rei enagenado,
Inoperoso queda sin consejo,
Abandonado a su funesta suerte.
Viendo la mayor parte delos gefes,
Del egercito godo, disponerse
Fuera ya del real el enemigo
En orden de batalla, mientras ellos
Se hallaban en el suyo sin concierto,
Al Rei recurren con instancia, al tiempo
Que èl se hallaba con Opas, consultando
El padecido sueño: y a quien menos
Devia consultar, que al enemigo
Mayor de su corona, y de su trono?
Mas como conocer al que encubria,
Con el sagrado manto, su venganza,
I la disimulaba con el velo
De sus ilustres infulas, odiando
Al destructor de toda la familia
De su hermano Vitiza? Consultado,
Opas, exhorta él Rei a la batalla,
Teniendo ya dispuesta de antemano
La trahicion tramada con el Conde,
Padre infeliz dela infeliz Florinda.
Ja sobre el orizonte el sol nacido
Mostraba al suelo su entendido rostro,



Que cubierto de niebla, parecía
Rehusar ser testigo del estrago
Que amenazaba la enemiga hueste
Al egercito godo, y a los pueblos
Expuestos a su saña victoriosa.
El Calife su egercito dispone
En tres vastas columnas, que la vista
Abarcar no pudiera desde un monte
En su larga extension. En la del medio
Iba el sentado sobre su elefante
Todo resplandeciente con las joyas,
Que adornaban su manto, y su turbante,
Que ofuscaban la vista. Era el caudillo
Tarif dela columna dela diestra
De la siniestra Abdelazar. Cerraba
Las tres columnas la caballeria
Por uno, otro lado. La mandaban
El Conde don Julian a la derecha,
Grado, al que bien que infiel, quiso elevarle
El Miramamolin, en recompensa
De su entrega; y ditòle en muchas tierras.
Almansor a la izquerda. El estandarte
Crinado de Mahoma, precedia
Al Calife de cerca. El Rei Rodrigo
Tenia ya su egercito dispuesto
Precipitosamente, reccelando

Le sorprendiera la enemiga hueste
En su campo en desorden. Dio a Ildebrando
El ala, que mandaba don Pelayo:
Profanaba a su sacro ministerio
Opas en la siniestra, rodeado
Delas insignias de su sacro culto,
Opuestas a las lunas agarenas.
Haciase visible el Rei Rodrigo,
Sobre su biga de marfil, y de oro,
Rodeado de toda la nobleza
Que le seguia con lucidos trages,
I preciosos adornos. Ja de cerca
Las dos huestes reciben las señales
De cerrar la batalla. Lleva el viento
Asta el Abila, y Calpe el alarido
De tantos combatientes. Los dos montes
De susto se estremecen; y cubierto
Enteramente el sol de espeso velo,
Niega su resplandor a la matanza,
En que se ceban las opuestas huestes
Sin que el rostro feroz del enemigo,
Les hiciese ceder, sino la muerte,
El puesto, que ocupaban en sus filas.
Seguia asi el estrago, combatiendo,
Pie con pie, cuerpo a cuerpo, cara a cara,
En el inmenso espacio, que las frentes

Del uno, y otro campo presentaban,
Sin que los semivivos, o los muertos,
Caidos en el suelo contuviesen
A los que les seguian, y sobre ellos
Vengaban sus heridas, o sus muertes,
I que a su turno, heridos, o bien muertos
Su puesto a otros cedian. Los lamentos
Las quejas, los denuestos, y las voces,
Conque se provocaban, confundidos
Con el estruendo de tan varios sones,
Que al combate animaban, aturdian
Al cielo, y tierra. Viendo el Rei Rodrigo
Travada la batalla, que el esfuerzo,
Y valor delos suyos sostenia,
En su animo abatido fomentaba
Las esperanzas de obtener victoria.
Por su parte el Calife, al ver la fuerte
Resistencia, que el Godo le oponia,
Yba a dar orden para que rompiese
Su gran caballeria al hostil centro,
Quando le llega aviso, que dos Godos
Embiados por Opas, descaban
Hablar al Conde don Julian. Curioso
De saber el Calife la embajada,
Que le traian los dos godos, quiere
Le entere el Conde don Julian, que dice;

Hacerle saber Opas, estar pronto,
El cuerpo, que el mandaba, a retirarse
A unos vecinos cerros. Se aprovecha
Del aviso el Calife, y al instante
Manda salir a su caballeria
Para que si a la goda superaba,
Acometiese por la espalda al campo
Del Rei Rodrigo. Parten como rayos
Los caballos Masiles, y Numidas,
Los Arebes, los Persas, y Alabares,
A cuyo choque resistir no pueden
Los caballos regidos por los Godos,
Mas restablecer pueden el combate,
Disueltos los primeros batallones,
Aterrados del impetu del choque
Dela caballeria de los Persas,
Y Numidas infrenes. Se hace entonces
Genaral la batalla, en los dos centros.
El espanto, el terror, y la agonia.
Palida precursora dela muerte,
La desesperacion, ef furor ciego,
La fiereza, la rabia, y la venganza,
Como aves de rapiña, discurrian
Sobre aquel campo inmenso. Deseoso
De ver verificado el Dios del rio
Su fatal vaticinio, a su ribera

Asomase; pero pasmado el mismo
A vista dela sangre, derramada,
Que a regueros su curso acrecentaba,
Retrocedio espantado, y por camino
Diverso acià la mar llevò su curso.
Avisado en su biga el Rei Rodrigo
Dela trahicion de Opas; y advirtiendo
El desfallecimiento de su tropa
Apremiada, y vencida pos las fuerzas
Del sarraceno egercito, no duda
Ver cumplido el funesto vaticinio,
I pretende eludirlo con la fuga,
A que le instaba el Conde Turismundo;
Mas obstaba el decreto delos Hados,
Que cerradas teniale las sendas,
I el feroz Almansor, que derrotada,
I puesta en fuga la caballeria
Acometia por la espalda al centro.
Desconcertado el Rei Rodrigo entonces
Abandona su biga, y a caballo
De su triste nobleza acompañado
Tuerce el camino, y huye. Pero viene
A dar luego en las vandas de Numidas
De Arabes, y Masilos, que mandaba
El Conde don Julian, el que avisado
Dela fuga del Rei, por todas vias

Tienta cerrarle el paso. Lo defiende,
I sostenie el combate la nobleza,
Que le seguia. Mas entre ella al Conde
Abren antes el paso los Masilos,
Con sus alfanges, asta que ya cerca,
Intima al Rei su rendimiento, al tiempo
Que uno de los lanceros, le traspasa
El pecho con la lanza, y le derriba
Del caballo. Al ver èl al Rei caido
Le dice el Conde don Julian; Creiais
Quedase impune vuestro torpe ultrage?
Pero solo podia vuestra sangre
Borrarle enteramente. Esto me basta,
Quedo vengado ya. Teñia el Conde
En la sangre del Rei, esto diciendo,
Su vengativo alfange. Mas el Conde
Turismundo, presente a sus palabras,
Dicele; mas no basta esa tu sangre,
Para borrar tu traicion a España,
De quien fuiste el tizon. No le permiten
Decir mas los Masilos, que le matan.
Tiende entonces su buelo la victoria
Para ceñir las sienes del Calife
De otro nuevo esplendor, y Rei de Reyes
Su vencedor egercito le aclama.
O gloria de la España! O nombre iluste

Delos Godos! Hallasteis en los campos
Del Guadalete vuestra fatal tumba!
Avisado con tiempo don Pelayo
Dela funestra destruccion, y estrago
Del egercito godo, y dela muerte
Del Rei Rodrigo, cede a las instancias
De los que le conducen en sus brazos
Para salvarle, no le permitiendo
Hacerlo de por si su grave herida.
Asi quiso el destino preservarle
De hallarse en la batalla; para hacerle
Cabeza de una nueva dinastia,
En sus cantabros montes, que el escollo
Devian ser dela fatal pujanza
Dela victoria barbara, y asilo
Delas reliquias dela nacion goda,
De sus altares, y sagrado culto.
Entre tanto el Calife, dado apenas
Descanso a sus soldados victoriosos;
Seguir les manda el sonoroso buelo
Dela victoria, que les precedia;
Sucios del polvo, del sudor, y sangre
Dela batalla, que a sus rostros fieros
Comparecer hacia mas horribles.
El terror, y el espanto les preceden;
E inundan las ciudades, y los pueblos,

Semejantes a un rio caudaloso,
Que engrosado de lluvias, y de nieves
Supera sus riberas, y cubriendo
Las llanuras en ellas arrebata
Selvas, mieses, ganados, y pastores
Sin dejar rastro de labor reciente
Ni de cultivo, o techos derribados,
Que deja sumergidos en sus aguas;
Tal la terrible hueste sarracena
Se esparce por los pueblos, y ciudades
Sin hallar quien les haga resistencia
A su furor, y vencedora saña.
Los pueblos fugitivos sin amparo,
Entre los alaridos, y lamentos
Dela consternacion, que los acosa
Van en busca de asilos sin hallarlos,
Seguidos de sus hijos, y mugeres.
I de tardos ancianos, que si evitan,
El hierro de Tarif, en el de Muza,
Vencedor de don Sancho, y de sus tropa
Derrotada, en los campos ilicenses,
Van a dar sin efugio. Degollados
Se ven los sacerdotes en los templos,
Violadas las virgines sagradas,
Los altares al suelo derribados;
Profanados los ricos santuarios,

Las despojadas aras, en pesebres
De barbaros caballos convertidas.
Las desoladas madres, arrancados
De sus brazos, y senos ven sus hijos
Para entregarlos al cruel cuchillo.
Arrastradas a torpes sacrificios
De su pudor, y virginal decoro,
Por feroces soldados, la doncellas
En vano imploran el materno auxilio,
Forzadas a saciar los apetitos
De brutales soldados, y a servirles
De esclavas atrailladas a sus lechos
Ni les vale la edad, ni la inocencia
A los niños privados de sus padres
Ni a los viejos el peso de sus años.
Los que escapan del hierro ensangrentado,
Someter deven al pesado yugo,
Sus esclavas cervices; prestar deven
Sus espaldas al latigo imperioso
De un inhumano dueño, que los trata
Como brutos de carga, sometidos
A vil esclavitud, despues que vieron
Sus techos incendiados, y pasadas
Sus haciendas a manos vencedoras.
En tan horrible, y luctuoso estado
La España embuelta en todos los horrores

Dela conquista barbara, arrojada
De su brillante solió, destrozado
Su real manto, y a sus pies tendido
Su gimiente leon, herido a muerte;
Arrancado su cetro de sus manos,
Y de sus sienes la real corona,
I encorvado su cuello, bajo el peso
Dela servil cadena, en duelo, y llanto
Sumergida; sus ojos alzò al cielo,
No pudiendo sus brazos, sugetados
Al arabe cadena, y asi dice;
Veis cielos a qué estado deplorable
Me redujo el destino. La señora
Del mas augusto solio de Occidente
Convertida en esclava deplorable.
Mi magestad, mi trono, y mi grandeza
En oprobrio, y desdoro convertidos,
Jncendiados mis templos, fugitivos
Sus sacerdotes; las ciudades hiermas,
Los pueblos degollados; violadas
Las doncellas; y en dura servidumbre
Forzadas a servir à la lujuria
De feroces soldados: las provincias
Devastadas, los pueblos saqueados,
Toda mi antigua gloria escurecida,
Sin que pueda esperar en tantos males

Amparo, ni consuelo para siempre
Sino me lo depara, vuestra sola
Clemencia, y compasion enternecida,
Del llanto, y del dolor, con que lo imploro.
Apenas esto dicho, dilatarse
Sobre los montes cantabros, repara
Un vivo resplandor, al de una aurora
Boreal semejante; y un letrero
En medio, que decia; *De aquì espera*
Tu redemcion. Por mas, que ella embaida
De tan gloriosa vista, que alagaba
Sus esperanzas, y alivaba en parte
Sus penas, en tan fiera desventura,
Comprender el sentido no sabia
Del letrero fatidico; y en vano,
Oprimida de barbaras naciones,
Hallar podia, quien lo declarase.
Mas luego, que la fama, divulgada
Entre los mismos barbaros, decia
Haver salido salvo don Pelayo
Del enemigo hierro, y que en su seno
Haviale acogido la Condabria,
No dudò mas del venturoso anuncio,
Que le indicaba el cielo, la esperanza
Le avivò del recobro de sus reinos.
De su corona, y trono, distruida

La barbara pujanza. De estas mismas
Alegres voces dela fama, todos
Los que gemian bajo el duro yugo
Dela esclavitud arabe, ponian
Los ojos de sus miseras lisonjas
En los Cantabros montes, como asilo
De su preciosa libertad, y vidas.
Los caducos ancianos, arrastraban
Acià el sus tardos pasos, abrazados
Con sus dioses penates, que salvaron
Del incendio, y ruina de sus techos
Acia èl las tristes madres, encorvadas
Bajo el ajobo de sus tiernos hijos,
Desvalidos, sus ansias dirigian,
Entre llorosas tropas de varones
Que salvaban sus vidas, despojados
De todos sus haberes. Ni postreros
Iban los sacerdotes fugitivos.
Que llevaban en andas las efigies
De sus deidades, y utensilios sacros
Delos templos, y altares destruidos.
Jubilar entretanto parecian
La Cantabria, sus montes, y sus rios,
Ufanos de la gloria, que ceñia
De resplandor sus enriscadas cumbres
Esentas del imperio, y duro yugo

Del cautiverio barbaro, Los rios
Corrian a la mar, alborozados
Pareciendo jactar con su murmullo
De sus claros raudales la limpieza,
No enturbiada, con sangre derramada
Por el acero vencedor. No menos
Exultaban las selvas, y campiñas
Que no sintieron la sonantes uñas
De agarenos caballos, ni los llantes
I quejas de sus nimfas violadas,
I arrastradas a torpe servidumbre.
En la ruina universal de España,
Abatido su trono, y destruida
La goda monarquia; En don Pelayo
Pone sus ojos la Cantabria, llenos
Del resplandor de su virtud, y gloria,
I como a su señor, le erige el trono,
Que el destino le tuvo reservado,
Como merecedor, y solo digno
De restaurar la ibera monarquia

